Reglas de oro
para vivir en abundancia

EL HOMBRE MÁS RICO DE BABILONIA

George S. Clason

Adaptación por: Hyen Uk Chu

EL HOMBRE MÁS RICO DE BABILONIA

George S. Clason

Adaptación de: Hyen Uk Chu

Título: El Hombre Más Rico De Babilonia

Autor: George S. Clason

Adaptación: Hyen Uk Chu

© 2017, Hyen Uk Chu

1ª edición

Todos los Derechos Reservados.

Prólogo

Hay libros que cambian la vida, que se convierten en tu faro cuando no hay luz, en tu religión cuando no hay dios, en tu compañía cuando te rodea la soledad, en tu bastón cuando nadie te apoya y en tu maestro cuando nadie, o muy pocos, te han abierto las puertas del conocimiento.

Para otros, en cambio, los libros son la vía para mantener vivos los recuerdos. Me llega a la memoria el caso del expresidente sudafricano Nelson Mandela, quien durante su largo cautiverio encontró en la literatura la mejor forma para retratar sus años en prisión y dejar un testimonio de sus luchas.

Precisamente, los libros sirven para eso: para abrirte los ojos cuando los poderosos o los ambiciosos quieren hacerte creer que el conocimiento solo es para unos pocos porque saben que si te lo comparten puedes llegar a superarlos e, incluso, ser mucho mejor que ellos. A los libros es imposible callarlos, no se pueden condenar al silencio.

Eso fue lo que sentí cuando leí por primera vez *El hombre más rico de Babilonia,* un libro que llegó a mis manos cuando pasaba por duros momentos debido a una quiebra y me ayudó a salir adelante gracias a sus consejos prácticos que son lo que uno necesita cuando el suelo que lo sostiene parece diluirse.

Si te soy honesto, también me pregunté si no hubiera sido mejor para el propio autor conservar su filosofía para sí mismo, en vez de propagar unas enseñanzas que iban a ayudar a los demás a tener una mejor calidad de vida y, en el mejor de lo casos, a llegar a ser tan ricos como siempre habían querido.

Sin embargo, luego comprendí que detrás de manejar el dinero se esconden muchas otras cosas, y no solo su valor como tal, como el propósito que te mueve tanto a conseguirlo como a gastarlo, la forma como lo obtienes, la manera como lo cuidas y, en general, esa visión general que tienes acerca de él.

Entonces empecé a mirar al dinero de otra forma y hallé en *El hombre más rico de Babilonia* un maestro que me dio consejos prácticos cuando muchas obras de su tipo, o que dicen serlo, te sugieren que hagas planes que es imposible llevar a cabo en ciertos países o con ciertos niveles de ingresos. Sinceramente, te entiendo si esos consejos te han desanimado.

Pero este libro no. Este libro, escrito originalmente por George S. Clason, es diferente porque es un manual de vida que puedes aplicar sin importar tus circunstancias y obtener resultados realmente efectivos. Créeme, yo habría podido no superar mi crisis, pero este libro me alentó a salir adelante.

¿Sabes por qué? Porque no se trata de un libro para doctores de la Universidad

de Harvard, sino un libro hecho para ti, para personas como tú, que retoma principios de la economía que siempre han estado ahí, desde épocas remotas, y los pone a tu alcance para que logres tu libertad financiera.

El libro no te habla en términos complejos que tal vez no comprenderías, menos cuando tienes que pensar en cómo conseguir el dinero para comprar el desayuno de mañana. Por el contrario, desentraña esos principios de la economía y los presenta de una forma tan sencilla que cualquier niño podría entenderlos.

Por ejemplo, te sugiere que ahorres el 10% de tus ingresos, que controles tus gastos, que inviertas para obtener retornos y luego reinvertir, que concibas a cada centavo ahorrado como un esclavo que debe trabajar para ti, que inviertas con precaución y que aumentes tu capacidad de generar ingresos.

¿Te parecen descabellados esos consejos? No, ¿verdad? Si estuviéramos en un salón y le pidiera alzar la mano a todos los que recibieron esta información en la primaria, sé que realmente muy pocos lo harían. Bueno, en el libro encuentras esa información que te negaron en el colegio o la escuela.

Cuando el libro llegó a mis manos a mí tampoco me pareció que los consejos que encontré ahí estuvieran fuera de contexto. Por el contrario, me ayudaron a salir adelante y, desde entonces, he tratado de interiorizarlos. Ahora puedo decir que parte de mi éxito se debe a ellos.

Por eso, sinceramente, no quisiera dejarlos guardados en un cajón. Esos secretos ya estuvieron ahí suficiente tiempo y creo que esta era en la que vivimos es la época propicia para que empiecen a circular como no lo habían hecho antes en beneficio de ti, tu familia y todos los que te rodean.

Eso me motivó a hacer una adaptación de esas enseñanzas a lo que vivimos hoy para que tú también puedas beneficiarte de ellas y convertirte en el hombre más rico de Babilonia. Tienes todo el potencial para lograrlo y yo solo espero que este libro sea un escalón de ese camino que están construyendo hacia el éxito.

Pero, como lo digo siempre, ese camino no solo tiene que ver con el dinero y las finanzas. De hecho, está compuesto por retos de diversos tipos que debes superar para que, al final, esas finanzas que tanto quieres cuidar empiecen a funcionar de la manera correcta y, sobre todo, lo hagan siempre a tu favor.

Teniendo en cuenta lo anterior, en este libro encontrarás información sobre los deseos, las emociones, la mentalidad, las finanzas, la fortuna y todos los obstáculos que puedes encontrar en su búsqueda. También hallarás las claves para superarlos y alcanzar, de una vez por todas, esas metas con las que tanto sueñas.

Este libro es para ti. Ojalá lo disfrutes. Espero que a ti también te cambie la

vida.

Hyen Uk Chu

TABLA DE CONTENIDOS

Capítulo I. El hombre que deseaba oro
Capítulo II. El hombre más rico de Babilonia
Capítulo III. Las siete formas de llenar una bolsa vacía
Capítulo IV. la fortuna
Capítulo V. Las cinco leyes del oro
Capítulo VI. El prestamista de oro de Babilonia
Capítulo VII. Las murallas de Babilonia
capítulo VIII. El tratante de camellos de Babilonia
Capítulo IX. Las tablillas de barro de Babilonia
Capítulo X. El babilonio más favorecido por la suerte
Capítulo XI. Un resumen histórico de Babilonia

CAPÍTULO I. EL HOMBRE QUE DESEABA ORO

Bansir, el fabricante de carros de la ciudad de Babilonia, se sentía muy desanimado mientras contemplaba su modesta casa y su taller, en el que tenía un carro sin acabar, sentado en el muro que rodeaba su propiedad y con cara triste y afligida

Cada cierto tiempo salía a la puerta su mujer y lo miraba de tal forma que no hacía falta que le recordara con palabras que debería estar acabando el carro, ya que casi no les quedaba comida y la única manera de seguir comiendo era que Basir, en lugar de estar ahí sentado, estuviese clavando, tallando, puliendo y pintando el carro, para después extender el cuero sobre las ruedas y prepararlo para ser entregado al rico cliente y que éste le pagara.

Sin embargo, el cuerpo grande y musculoso de Basir, permanecía inmóvil, apoyado en la pared mientras su mente daba vueltas lentamente a un asunto al que no encontraba solución.

El cálido sol tropical, tan típico del valle del Éufrates, caía sobre él sin piedad haciendo que las gotas de sudor abundaran en su frente y se deslizaran hasta su velludo pecho.

Su casa estaba en la parte trasera del palacio real, pared con pared de los muros que rodeaban sus terrazas y muy cerca de allí, se divisaba sobre el azul del cielo la torre pintada del Templo de Bel.

A la sombra de tanta riqueza vivían Basir y su mujer en su modesta casa, junto a muchas otras claro, pero mucho menos limpias y cuidadas que la suya.

Así era Babilonia, una mezcla de cegadora riqueza y de terrible pobreza en el interior de sus murallas y sin orden alguno.

Mientras Bansir seguía en sus pensamientos, en su mundo de preocupación y tristeza, a sus espaldas, los ruidosos carros de los ricos empujaban y hacían tambalearse tanto a los comerciantes que llevaban sandalias como a los mendigos descalzos.

Incluso los ricos estaban obligados a meter los pies en los desagües para dejar paso a las largas filas de esclavos y portadores de agua al servicio del rey. Cada esclavo llevaba una pesada piel de cabra llena de agua que vertía en los jardines colgantes.

Bansir estaba tan absorto en su problema que era incapaz de prestar atención al ajetreo de la ciudad, hasta que el sonido familiar de una lira le sacó de su ensoñación.

Se dio la vuelta y vio el rostro expresivo y sonriente de Kobi el músico, su mejor amigo.

– Que los dioses te bendigan con gran generosidad, mi buen amigo – dijo Kobi a modo de saludo. Pero me parece que son tan generosos que ya no tienes

ninguna necesidad de trabajar. Me alegro de que tengas esa suerte, es más, me gustaría compartirla contigo. Te ruego que me prestes dos shekeles de tu bolsa, que debe estar bien llena puesto que no estás trabajando en tu taller, hasta después del festín de los nobles de esta noche. No los perderás, te aseguro que te los devolveré.

Bansir respondió tristemente:

– Si tuviera dos shekeles no podría prestárselos a nadie, ni tan siquiera a ti, porque serían toda mi fortuna. Nadie presta toda su fortuna ni a su mejor amigo.

– ¿Qué? – Exclamó Kobi sorprendido– ¿Y entonces qué haces sentado en el muro? ¿por qué no acabas ese carro? ¿cómo sacias tu hambre? ¡No te reconozco, amigo mío! ¿dónde está tu energía desbordante? ¿qué es lo que te entristece? ¿acaso te ha causado Dios algún problema?

– Debe de ser un suplicio que me ha enviado Dios – comentó Bansir– . Verás, todo comenzó como un sueño sin sentido, en el que yo creía que era un hombre afortunado, ya que de mi cintura colgaba una bolsa repleta de pesadas monedas. Tenía shekeles que tiraba despreocupadamente a los mendigos y monedas de oro para comprarle útiles a mi mujer y todo lo que deseaba para mí. Incluso me podía permitir mirar confiadamente al futuro, ya que tenía monedas de oro para gastar con total libertad. En definitiva, me invadía un maravilloso sentimiento de satisfacción. Si me hubieras visto no habrías contemplado en mí al esforzado trabajador, ni en mi esposa a la mujer arrugada, tal y como puedes ver ahora. Sino que, en su lugar, te habrías encontrado con una mujer de rostro pletórico y eterna sonrisa de felicidad, como al comienzo de nuestro matrimonio.

– Un bello sueño, en efecto – comentó Kobi– pero ¿por qué sentimientos tan placenteros te han convertido en una estatua colocada sobre el muro?

– Porque en cuanto me he despertado y he recordado lo vacía que se encuentra mi bolsa, me ha invadido un sentimiento de rebeldía.

– Hablemos de ello. Como dicen los marinos, los dos remamos en la misma barca.

A lo que Bansir comenzó a decir:

– De jóvenes visitamos a los sacerdotes y aprendimos de su sabiduría. Cuando nos hicimos hombres, compartimos los mismos placeres. Una vez adultos, siempre hemos sido buenos amigos y estábamos satisfechos de nuestra suerte.

Éramos felices de trabajar largas horas y de gastar libremente nuestro salario.

Sabes, tan bien como yo, que ganamos mucho dinero en el pasado, sin embargo, sólo hemos podido gozar de la riqueza en sueños.

¿Somos acaso estúpidos borregos?

Vivimos en la ciudad más rica del mundo, la que los viajeros dicen que ninguna otra iguala y ante nosotros se extiende muchísima riqueza, pero no poseemos nada de ella.

Fíjate, querido Kobi, que tras haber pasado la mitad de tu vida trabajando arduamente, tienes la bolsa vacía y me preguntas si te puedo prestar una suma tan insignificante como dos shekeles hasta después del festín de los nobles de esta noche.

¿Y qué te respondo a eso, que aquí tienes mi bolsa y que comparto contigo su contenido?

No, admito que mi bolsa está tan vacía como la tuya.

¿Qué es lo que no funciona?

¿Por qué no podemos conseguir más plata y más oro de lo necesario para poder comer y vestirnos?

Consideremos a nuestros hijos. ¿No están siguiendo el mismo camino que sus padres?

¿También ellos con sus familias y sus hijos con las suyas tendrán que vivir entre los acaparadores de oro y se tendrán que contentar con beber leche de cabra y alimentarse de caldo claro?

– ¡Qué extraño! Durante todos estos años que nos conocemos nunca habías hablado así, -replicó Kobi intrigado.

– Durante todos estos años, jamás había pensado así.

He estado trabajando de sol a sol haciendo los mejores y más bonitos carros que puede fabricar un hombre, esperando que un día Dios reconocería mis buenas obras y me daría una gran prosperidad, algo que jamás ha hecho y que ahora me doy cuenta de que nunca hará.

Por eso estoy triste, porque deseo ser rico, poseer tierras y ganado, lucir bellas ropas y llenar mi bolsa de dinero. Y para ello, estoy dispuesto a trabajar con todas mis fuerzas, la mayor habilidad de mis manos y toda la destreza de mi cabeza, pero deseo ver mis esfuerzos recompensados.

Te vuelvo a preguntar Kobi, ¿qué nos ocurre? ¿por qué no tenemos nuestra parte de las cosas buenas y abundantes como los que poseen el oro?

– ¡Ay, si conociera la respuesta! – Respondió Kobi– . No creas que estoy más satisfecho que tú, porque me gasto rápidamente todo el dinero que gano con mi lira. De hecho, muchas veces he de planificar y hacer cálculos para que mi familia no pase hambre.

¿Sabes? Deseo tener una lira lo suficientemente grande como para hacer resonar la grandiosa música que me viene a la mente, una música tan suave que ni el mismo rey habría oído nunca nada parecido.

– Deberías tener una lira así, porque no hay nadie en la ciudad de Babilonia que pueda hacerla sonar mejor que tú.

Eres el único que puedes hacerla cantar tan melodiosamente que, no solo el rey, sino el mismísimo Dios quedarían maravillados. Pero ¿cómo podrías conseguirla si somos tan pobres como los esclavos del rey?

¡Escucha la campana! ¡Ya vienen! – Dijo Bansir señalando una larga columna

de hombres medio desnudos que venían del río, sudando y sufriendo por una estrecha calle en columna de a cinco y encorvados bajo la pesada piel de cabra llena de agua.

– El hombre que los guía es hermoso – Kobi indicó al hombre que tocaba la campana y andaba al frente de todos sin carga– . En su país es fácil encontrar a hombres hermosos.

– Hay varios rostros bellos en la fila – dijo Bansir– tanto como los nuestros. Hombres altos y rubios del norte, hombres negros y risueños del sur y pequeños y morenos de los países vecinos. Todos caminan juntos desde el río a los jardines y de los jardines al río, todos los días del año y sin esperar ninguna felicidad. Duermen sobre lechos de paja y comen gachas. ¡Me dan mucha pena esos pobres animales, Kobi!

– A mí también me dan pena. Pero me recuerdan que no estamos mucho mejor que ellos, aunque nos llamemos libres.

– Es cierto, Kobi, pero no quiero pensar en seguir viviendo como esclavos año tras año y trabajar, trabajar y trabajar… ¡Sin llegar a nada!

– ¿No deberíamos intentar averiguar cómo consiguieron los ricos su oro y hacer como ellos? -Preguntó Kobi.

– Tal vez haya un secreto que podamos aprender… ¡Debemos encontrar a los que lo conocen! -Respondió Bansir pensativo.

– Hoy mismo -añadió Kobi- me he cruzado con nuestro viejo amigo Arkad, que se paseaba en su carro dorado y ni me ha mirado, algo que algunos de los de su clase creen tener derecho a hacer. En lugar de eso, ha hecho una señal con la mano para que los espectadores pudieran verle saludar y conceder el favor de una sonrisa amable a "Kobi el músico".

– Sí, dicen que es el hombre más rico de toda Babilonia – dijo Bansir.

– Tan rico, dicen, que el rey recurre a su oro para asuntos del tesoro – contestó Kobi.

– Tan rico – comentó Bansir– que si me lo encontrara de noche estaría tentado de vaciarle la bolsa.

– ¡Eso es absurdo! – Replicó Kobi– . La fortuna de un hombre no está en la bolsa que lleva consigo, ya que una bolsa bien repleta se vacía con rapidez si no hay una fuente de oro para alimentarla. Arkad tiene unos ingresos que mantienen su bolsa llena, gaste como gaste su dinero.

– ¡Los ingresos, eso es lo importante! – Dijo Bansir– . Deseo tener una renta que continúe alimentando mi bolsa, tanto si me quedo sentado en el muro de mi casa como si viajo a lejanos países. Arkad debe saber cómo un hombre puede asegurarse una renta. ¿Crees que será capaz de explicárselo a alguien con una mente tan torpe como la mía?

– Creo que se lo enseñó a su hijo Nomasir – respondió Kobi– . Este fue a Nínive y, según dicen en la posada, se convirtió en uno de los hombres más ricos de la ciudad sin la ayuda de su padre.

– Kobi, lo que acabas de decir ha hecho nacer en mí una luminosa idea – un nuevo brillo apareció en los ojos de Bansir– . Nada cuesta pedir un sabio consejo a un buen amigo y Arkad siempre ha sido un amigo. No importa que nuestras bolsas estén tan vacías como el nido del halcón del año anterior. No nos detengamos por eso. No nos inquietemos por no poseer oro en medio de la abundancia. Deseamos ser ricos. ¡Ven! Vamos a ver a Arkad y le preguntaremos cómo conseguir ganancias por nosotros mismos.

– Hablas poseído por una auténtica inspiración, Bansir. Traes a mi mente una nueva visión de las cosas y me haces consciente de por qué nunca hemos logrado nuestra parte de riqueza… ¡Porque jamás la hemos buscado activamente!

Tú has trabajado con paciencia para construir los carros más sólidos de Babilonia, has concentrado en ello todos tus esfuerzos y lo has conseguido. Yo me he esforzado en convertirme en un hábil músico y lo he logrado.

Fíjate que en todo lo que nos hemos propuesto triunfar, hemos triunfado y Dios está contento de dejarnos continuar así. Pero ahora, por fin vemos una luz tan brillante como el amanecer que nos ordena aprender más para hacernos más prósperos. Ten por seguro que, con un nuevo entendimiento, encontraremos la manera de cumplir nuestros deseos.

– ¡Vayamos hoy a ver a Arkad! – Dijo Bansir– . Pidamos a los amigos de nuestra infancia que tampoco han triunfado que se unan a nosotros y que compartan con nosotros esa sabiduría.

– Eres un amigo considerado Bansir. Por eso tienes tantas amistades. Haremos como dices. Vayamos a buscarlos y llevémoslos con nosotros.

CAPÍTULO II. EL HOMBRE MÁS RICO DE BABILONIA

Arkad era un hombre muy rico que vivía en la antigua Babilonia y que era admirado en todo el mundo por su inmensa fortuna y por ser una persona enormemente generosa.

Daba a los pobres, era espléndido con su familia, gastaba mucho en sí mismo… Y aun así, su fortuna se acrecentaba cada año, muchísimo más de lo que podía gastar.

Un día, unos amigos de la infancia lo fueron a ver y le dijeron:

–Arkad, eres más afortunado que nosotros y no solo eso, sino que has logrado convertirte en el hombre más rico de Babilonia mientras que nosotros todavía luchamos por subsistir.

Tú puedes llevar las más bellas ropas y deleitar tu paladar con los más raros manjares, mientras que nosotros nos hemos de conformar con vestir a nuestras familias de forma mínimamente decente y alimentarlas como podemos.

Sin embargo, hubo un tiempo en el que fuimos iguales. Estudiamos con el mismo maestro y jugamos a los mismos juegos y no nos superabas ni en los juegos ni en los estudios.

Además, durante esos años no fuiste mejor ciudadano que nosotros y por lo que podemos juzgar, no has trabajado más duro ni más arduamente que nosotros.

Dinos Arkad, ¿por qué entonces te elige a ti la suerte caprichosa para que goces de todas las cosas buenas de la vida y a nosotros, que tenemos los mismos méritos, nos ignora?

–Si no habéis conseguido con qué vivir de manera sencilla desde aquellos años de nuestra juventud –los reprendió Arkad– es que habéis olvidado aprender las reglas que permiten acceder a la riqueza o puede ser también que no las hayáis observado.

"La Fortuna Caprichosa", como vosotros la llamáis, es una diosa malvada que no favorece siempre a las mismas personas. Al contrario, suele llevar a la ruina a casi todos los hombres sobre los que ha hecho llover oro sin que hicieran ningún esfuerzo, ya que les hace actuar de manera desordenada y los convierte en derrochadores irreflexivos que gastan todo lo que ganan, dejándoles apetitos y deseos tan grandes que no puedan saciarlos.

En cambio, hay otros a los que también favorece, que se vuelven avaros y atesoran sus bienes por miedo a gastarlos, pues saben que no son capaces de reponerlos. Además, temen ser asaltados por los ladrones y se condenan con su actitud a vivir una vida vacía, solitaria y miserable.

También existen otros que usan el oro que han ganado sin esfuerzo, lo hacen rendir y además continúan siendo hombres felices y ciudadanos satisfechos. Sin

embargo, estos últimos son poco numerosos. Sólo los conozco de oídas.

Si mis palabras os han sembrado algún tipo de duda, pensad en los hombres que han heredado fortunas repentinamente y decidme si esto que os digo no es cierto.

Sus amigos pensaron que estas palabras eran ciertas, pues sabían de varios casos de hombres que habían heredado fortunas. Aun así, esta explicación no les dejó satisfechos y le pidieron que les explicara cómo se había convertido en un hombre tan próspero.

–En mi juventud –continuó Arkad– miré a mi alrededor, observé todas las cosas que me podían dar felicidad y satisfacción y me di cuenta de que la riqueza aumentaba el poder de esos bienes.

Tuve claro que la riqueza es un poder que hace posibles muchas cosas.

Permite amueblar una casa con los mejores y más bellos muebles, navegar por mares lejanos, degustar finos manjares de exóticos países, comprar los adornos del orfebre y del joyero, incluso, permite construir grandiosos templos para los dioses.

Permite todas esas cosas y otras muchas que nos aportan placer a los sentidos y satisfacción al alma.

Cuando comprendí todo eso, me prometí a mí mismo que yo obtendría mi parte de las cosas buenas de la vida. Que no sería uno de esos que se mantienen al margen, mirando de manera envidiosa cómo otros gozan de su fortuna.

Me hice la firme promesa de que jamás me conformaría con ropas menos caras que sólo fueran respetables, ni me contentaría con la vida mediocre de un pobre hombre. Al contrario, me marqué el objetivo de estar invitado al banquete de las buenas cosas.

Yo soy, como bien sabéis, hijo de un humilde comerciante y miembro de una familia numerosa, por lo tanto, la esperanza de heredar no cabía en mi cabeza y, como habéis dicho antes, tampoco estaba especialmente dotado de fuerza o de sabiduría, así que llegué a la conclusión de que, si quería obtener lo que deseaba, necesitaría dedicar tiempo y estudio.

En cuanto al tiempo, todos los hombres lo tenemos en abundancia, incluso vosotros, que habéis dejado pasar el tiempo necesario para enriqueceros y sin embargo, admitís que no tenéis otros bienes que mostrar que vuestras buenas familias, de las que tenéis buenos motivos para estar orgullosos.

En lo que concierne al estudio, recordé lo que nos enseñó nuestro sabio profesor acerca de que consta de dos niveles: las cosas que ya hemos aprendido y sabemos y la formación que nos muestra cómo descubrir las que no sabemos.

Así fue como me decidí a buscar qué había que hacer para acumular riquezas y cuando lo encontré, me vi en la obligación de hacerlo y hacerlo bien.

¿O acaso no es sabio querer aprovechar la vida mientras nos ilumina el sol, ya que la desgracia pronto se abatirá sobre nosotros en el momento que partamos

hacia la negrura del mundo espiritual?

Así fue como encontré un puesto de escriba en la sala de archivos en la que, durante largas jornadas diarias, trabajaba sobre las tablillas de barro, semana tras semana, mes tras mes. Sin embargo, a pesar de mi esfuerzo, no lograba que me quedara nada de lo que ganaba porque la comida, el vestir, lo que correspondía a los dioses y otras cosas de las que ya no me acuerdo, absorbían por completo todos mis beneficios. Pero aun así continuaba decidido a lograr mi propósito.

Y un día, Algamish el prestamista vino de visita a casa del señor de la ciudad y encargó una copia de la novena ley.

Se dirigió a mí y me dijo: *"La tengo que tener en mi poder dentro de dos días y si el trabajo está hecho a tiempo, te daré dos monedas de cobre".*

Vista la recompensa extra, trabajé muy duro, pero la ley era larga y cuando Algamish volvió, no había terminado el trabajo todavía.

Se enfadó tanto, que si hubiera sido su esclavo me habría pegado. Pero como yo sabía que mi amo no lo habría permitido, no tuve miedo y le pregunté:

"Algamish, sois un hombre rico. Decidme cómo puedo hacerme rico y trabajaré toda la noche escribiendo en las tablillas para que cuando el sol se levante, la ley esté ya grabada".

Él me sonrió y respondió: *"Eres un joven astuto, acepto el trato".*

Pasé toda la noche escribiendo y aunque me dolía la espalda y me dolía la cabeza por el mal olor que desprendía la lámpara, continué escribiendo hasta que casi ya no podía ni ver. Eso sí, cuando él regresó al amanecer, las tablillas estaban terminadas.

"Ahora cumple tu promesa" –le dije.

"Tú has hecho tu parte del trato, hijo mío", –me dijo bondadosamente– por lo tanto, yo estoy dispuesto a cumplir la mía. Como me estoy volviendo viejo y a las lenguas viejas les gusta hablar, te diré lo que deseas saber porque además, cuando un joven se dirige a un viejo para recibir un consejo, bebe de la fuente de la sabiduría que da la experiencia.

No son pocas las veces en que vosotros los jóvenes creéis que los viejos sólo conocemos la sabiduría de los tiempos pasados y es por eso, por lo que no lográis sacar ningún provecho de ella.

Pero recuerda esto siempre hijo, el sol que brilla ahora es el mismo que brillaba cuando nació tu padre y el mismo que brillará cuando muera el último de tus nietos".

Y dicho esto, continuó:

"Las ideas de los jóvenes son luces resplandecientes que brillan como los meteoros que iluminan el cielo fugazmente, pero la sabiduría del anciano es como las estrellas que lucen siempre de la misma manera y hacen que los marinos puedan confiar en ellas."

"Si quieres captar la verdad de lo que te voy a decir, debes retener muy bien en

tu mente lo que estoy a punto de revelarte, de lo contrario, habrás trabajado en vano durante toda la noche."

Entonces me miró fijamente y me dijo en voz baja, pero firme:

"Encontré el camino de la riqueza cuando decidí que me tenía que pertenecer una parte de todo lo que ganaba y lo mismo será para ti."

Después, me atravesó con su mirada, se dio la vuelta y no añadió nada más.

"¿Eso es todo?", le pregunté.

"¡Fue suficiente para convertir a un pastor en prestamista de oro!", respondió.

A lo que repliqué: *"Pero puedo conservar todo lo que gano, ¿no?"*

"En absoluto", respondió.

"¿No pagas al zapatero? ¿No pagas al sastre? ¿no pagas por la comida? ¿acaso puedes vivir en Babilonia sin gastar nada? ¿qué te queda de todo lo que ganaste durante el año pasado?

¡Idiota!

Pagas a todo el mundo menos a ti. Trabajas para los demás, así que te daría lo mismo que ser un esclavo y trabajar para tu dueño, que te daría lo que necesitas para comer y vestir."

Dime, si guardaras la décima parte de lo que ganas en un año, ¿cuánto tendrías en diez años?"

Mis conocimientos de cálculo me permitieron responder: *"Tanto dinero como gano en un año".*

Él replicó:

"Mmmm, eso que dices es una verdad a medias. Cada moneda de oro que ahorras debe ser un esclavo que trabaja para ti y cada una de las pequeñas monedas que te proporcionará ésta, engendrará otras que también trabajarán para ti. ¡Si te quieres hacer rico, tus ahorros te deben rendir y estos rendimientos rendirte a su vez! Todo esto te ayudará a conseguir esa abundancia que ansías con tanta avidez.

Sé que ahora mismo estás pensando que te pago mal por la larga noche de trabajo, pero no es así. En verdad te estoy pagando mil veces más, tan solo hace falta que captes la verdad de lo que te acabo de decir.

Ten en cuenta que una parte de lo que ganas es tuyo y lo puedes conservar y esta parte, nunca debe ser menos de una décima parte, sea cual sea la cantidad que ganes. Aunque te parezca poco por ahora, no te apures, será mucho más cuando te lo puedas permitir.

Recuerda joven escriba, primero págate a ti y después no compres al zapatero o al sastre más de lo que puedas pagar con lo que te quede para que, de ese modo, tengas suficiente para la alimentación, la caridad y la devoción a los dioses.

La riqueza, como el árbol, nace de una semilla y esa semilla que hará crecer el

árbol de tu riqueza será la primera moneda que ahorres. Así que, no tienes tiempo que perder porque cuanto antes siembres tu semilla, antes crecerá el árbol y cuanto más fielmente riegues y abones tu árbol, antes te refrescarás, satisfecho, bajo su sombra."

Habiendo dicho esto, cogió sus tablillas y se fue.

Pensé mucho en lo que me había dicho y me pareció razonable. Así que decidí intentarlo y cada vez que me pagaban, de cada diez monedas de cobre guardaba una y aunque os parezca extraño, queridos amigos, no me faltaba más dinero que antes.

Pero no penséis que habituarme fue tarea fácil, a menudo estaba tentado de gastar mi tesoro, que empezaba a crecer, en comprar algunas de las buenas cosas, traídas por los camellos y los barcos del país de los fenicios, que mostraban los mercaderes. Por fortuna, logré retenerme.

Doce meses después de la visita de Algamish, este volvió y me dijo:

"Hijo mío, ¿te has pagado con la décima parte de lo que has ganado este año?"

Yo respondí orgulloso: *"Sí, maestro".*

"Bien, ¿y qué has hecho con ella?"

"Se la he dado a Azmur el fabricante de ladrillos porque me ha dicho que viajaría por mares lejanos y que compraría joyas raras a los fenicios en Tiro, para luego venderlas aquí a elevados precios y que compartiríamos las ganancias"

"Se aprende a golpes" Gruñó. "¿Cómo has podido confiar en un fabricante de ladrillos sobre una cuestión de joyas? ¿acaso irías a ver al panadero por un asunto de las estrellas? Seguro que si pensaras un poco irías a ver a un astrónomo.

Amigo mío, has perdido tus ahorros y con ello, has cortado tu árbol de la riqueza de raíz.

Pero no te preocupes, ahora ya conoces cómo plantar otro, así que hazlo de inmediato y la próxima vez, si quieres un consejo sobre joyas, ve a ver a un joyero y si quieres saber la verdad sobre los corderos ve a ver al pastor.

Los consejos se dan gratuitamente, pero toma tan solo los buenos. Quien pide consejo sobre sus ahorros a alguien que no es entendido en la materia, pagará con su economía el precio de los consejos falsos."

Y tras decir esto, se fue.

Por desgracia, pasó como él había pronosticado, pues los fenicios resultaron ser unos canallas y habían vendido a Azmur trozos de vidrio que parecían piedras preciosas pero que no tenían ningún valor.

Como ya me había acostumbrado y no me era difícil, volví a ahorrar una moneda de cobre de cada diez que ganaba, tal y como me había indicado Algamish.

Doce meses más tarde, Algamish volvió a la sala de los escribas, se dirigió a mí

y me preguntó:

"¿Qué progresos has realizado desde la última vez que te vi?"

A lo que respondí:

"Me he pagado regularmente y he confiado mis ahorros a Ager, el fabricante de escudos, para que compre bronce y cada cuatro meses me paga los intereses."

"Muy bien. ¿Y qué haces con esos intereses?" –Me dijo Algamish.

"Me doy un gran festín con miel, buen vino y pastel de especias. También me he comprado una túnica escarlata. Y algún día me compraré un asno joven para poderme pasear."

Al oír eso, Algamish soltó una sonora carcajada y me dijo:

"Si te comes los beneficios de tus ahorros, ¿cómo quieres que trabajen para ti? ¿cómo pueden producir estos beneficios, a su vez, más beneficios que trabajen para ti? Procura hacerte primero con un ejército de esclavos de oro y después ya podrás gozar de los banquetes sin preocuparte."

No lo volví a ver en dos años y para cuando regresó, tenía el rostro cubierto de arrugas y los ojos hundidos, señal inequívoca de que se estaba haciendo viejo. Me dijo:

"¿Ya eres rico, tal y como soñabas Arkad?"

A lo que le respondí: *"No, todavía no poseo todo lo que deseo. Tan solo cuento con una parte que me está dando unos beneficios que se están multiplicando."*

"¿Y todavía pides consejo a los fabricantes de ladrillos?" –Me volvió a preguntar.

"Suelen dar muy buenos consejos con respecto a la manera de fabricar ladrillos" –repliqué.

Algamish continuó: *"Arkad, has aprendido bien la lección. Primero aprendiste a vivir con menos de lo que ganabas, después aprendiste a pedir consejo a hombres que fueran competentes y que quisieran compartir la experiencia adquirida y finalmente has aprendido a hacer que tu dinero trabaje para ti.*

Has aprendido por ti mismo la manera de conseguir dinero, conservarlo y usarlo convenientemente, así que me doy cuenta de que eres muy competente y estás preparado para asumir un puesto de responsabilidad.

Verás, me hago viejo y como mis hijos sólo piensan en gastar y nunca en ganar, mis negocios son muy grandes y tengo miedo de no poderme encargar bien de ellos, te quiero ofrecer ir a Nipur y encargarte de las tierras que poseo allí. En otras palabras, te haré mi socio y compartiremos los beneficios."

Así que fui a Nipur a encargarme de aquellos negocios tan importantes y como mi ambición no tenía límites y había aprendido las tres reglas de gestión de la riqueza, aumenté enormemente el valor de sus bienes. Así que, cuando el espíritu de Algamish se fue al mundo de las tinieblas, tuve derecho a una parte de sus propiedades, tal y como había convenido conmigo conforme a la ley.

Cuando Arkad acabó de contar su historia, uno de los amigos dijo:

–Tuviste una enorme suerte al lograr que Algamish te hiciera su heredero.

–No, lo que realmente tuve fue la gran suerte de querer prosperar antes de encontrarlo. ¿O acaso no estuve poniendo a prueba mi determinación durante cuatro años al guardar la décima parte de lo que ganaba? ¿dirías que tiene suerte el pescador que pasa largos años estudiando el comportamiento de los peces y consigue atraparlos gracias a un cambio del viento, tirando sus redes justo en el momento preciso? La oportunidad es una diosa arrogante que no pierde el tiempo en satisfacer a los que no están preparados.

–Te admiro. Realmente hiciste una prueba de enorme voluntad continuar actuando de la misma manera tras haber perdido todos los ahorros de tu primer año –exclamó otro.

–¿Voluntad? –Replicó Arkad–. ¡Qué absurdo! ¿De verdad pensáis que la voluntad da al hombre la fuerza necesaria para levantar un fardo que no puede transportar un camello o que no puede tirar un buey? La voluntad es únicamente la determinación inflexible de llevar a cabo lo que se ha impuesto.

Cuando yo me impongo un trabajo, lo acabo por muy pequeño que éste sea. Si no fuese así, jamás podría confiar en mí mismo para realizar trabajos más importantes.

Es por ello que, si me propongo que cada vez que pase por el puente que lleva a la ciudad cogeré una piedra y la tiraré al río y que haré esto durante cien días seguidos, podéis tener la absoluta certeza de que lo haré y si el séptimo día paso por allí y no me acuerdo, no pensaré en pasar al día siguiente y tirar dos piedras, porque es lo mismo. En vez de eso, daré la vuelta y tiraré la piedra al río.

El vigésimo día no pensaré que todo esto es inútil, ni me preguntaré de qué sirve tirar una piedra al río cada día si podría tirar un puñado de piedras y habría acabado de una. No, ni lo diré ni lo haré, porque cuando me impongo un trabajo lo hago. Por ello, procuro no comenzar trabajos difíciles o imposibles, ya que me gusta tener tiempo libre.

Entonces, otro de los amigos elevó la voz.

–Si lo que dices es cierto y razonable, tal y como has dicho, todos los hombres podrían hacerlo y entonces no habría suficiente riqueza para todo el mundo.

–Cada vez que los hombres gastan sus energías aumenta la riqueza –respondió Arkad–. Si un hombre rico se construye un nuevo palacio, no se pierde el oro con el que paga, sino que el fabricante de ladrillos tiene una parte, el trabajador otra y el artista la suya. Es decir, todos los que trabajan en la construcción del palacio reciben una parte de ese oro. Además, cuando el palacio está terminado tiene el valor de lo que ha costado, ¿verdad? Y por supuesto que esto hace que el terreno sobre el que está construido adquiera mucho más valor. La riqueza, amigos míos, crece de manera mágica y no existe ningún hombre que pueda predecir su límite. ¿Acaso no han levantado los fenicios grandes ciudades en áridas costas gracias a las riquezas traídas por sus barcos mercantes?

–¿Qué nos aconsejas para hacernos ricos nosotros también?, –preguntó uno de

los amigos–. Ya sabes que los años han ido pasando y ya no somos jóvenes ni tenemos dinero que ahorrar.

–Que pongáis en práctica los sabios principios de Algamish y penséis que habéis de conservar una parte de todo lo que ganáis porque os pertenece y revierte en vosotros.

Pensadlo cuando os levantéis, al mediodía, por la tarde, a cada hora de cada día. Repetidlo hasta que estas palabras resalten como letras de fuego en el cielo. Impregnaos de esta idea, llenaos de este pensamiento y tomad la porción que os parezca prudente de lo que ganáis, pero procurad que no sea menos de la décima parte y conservadla.

Después, deberéis organizar vuestros gastos en consecuencia. Pero lo primero es guardar esa parte y veréis cómo muy pronto conoceréis la agradable sensación de poseer un tesoro que tan solo os pertenece a vosotros y que a medida que aumenta, os estimulará y un nuevo placer de vivir os animará.

Cuanto mayores sean los esfuerzos que hagáis, más obtendréis y si vuestros beneficios crecen, aunque el porcentaje sea el mismo, vuestras ganancias serán mayores, ¿no?

Cuando lleguéis a este punto, debéis aprender a hacer trabajar vuestro oro para vosotros, hacedlo vuestro esclavo y después, que los hijos de ese esclavo y los hijos de sus hijos, también trabajen para vosotros.

Aseguraos una renta para el futuro, ya que no olvidéis nunca al mirar a los ancianos que vosotros también seréis uno de ellos, por ello, deberéis invertir vuestro patrimonio con la mayor prudencia para no perderlo.

Tened en cuenta que los intereses de los usureros son irresistibles cantos de sirena que atraen a los imprudentes hacia las rocas de la perdición y el remordimiento.

Vigilad que vuestra familia no pase necesidad si los dioses os llaman a su reino y para asegurarle esta protección, siempre podéis ir desembolsándoles pequeñas cantidades a intervalos regulares.

El hombre prudente no confía en recibir una gran suma de dinero si no la ha visto antes. Así que lo mejor que podéis hacer es consultar a los hombres sabios que manejan dinero todos los días y buscar su consejo para ahorraros el cometer errores como el que yo cometí al confiar mi dinero a Azmur, el fabricante de ladrillos. Creedme que es preferible obtener un pequeño interés seguro, antes que asumir un gran riesgo.

Aprovechad la vida mientras estáis en este mundo y no hagáis demasiadas economías. Si la décima parte de lo que ganáis es una cantidad razonable que podéis ahorrar, contentaos con esa porción.

Aparte de esto, vivid conforme a vuestros ingresos y no os volváis roñosos ni tengáis miedo de gastar. La vida es bella y está llena de cosas buenas que podéis y debéis disfrutar.

Tras decir esto, sus amigos le dieron las gracias y se fueron.

Algunos iban en silencio y pensativos porque, al carecer de imaginación, no podían comprender todo lo que les había contado Arkad.

Otros, sin embargo, sentían un enorme rencor al pensar que alguien tan rico había podido compartir su dinero con ellos para sacarlos del apuro y no lo había hecho.

Pero unos terceros, tenían un nuevo brillo en los ojos porque habían comprendido que Algamish había vuelto a la sala de los escribas para observar atentamente a un hombre que se estaba trazando un camino hacia la luz y una vez hubiera encontrado la luz, ya tendría una posición.

Sabían perfectamente que nadie podía ocupar ese lugar sin antes haber comprendido todo esto por sí mismo y sin estar dispuesto a aprovechar la ocasión cuando se le presentara.

Estos últimos fueron los que visitaron asiduamente a Arkad durante los años siguientes, quien los recibía con enorme alegría y les aconsejó con su sabiduría de modo gratuito, como hacen los hombres de larga experiencia.

Les ayudó a aprender a invertir sus ahorros para que les dieran un interés seguro y no los malgastaran en malas inversiones que no les habrían reportado ningún beneficio.

El día que tomaron conciencia de la verdad transmitida de Algamish a Arkad y de Arkad a ellos, marcó realmente un hito en sus vidas.

"Una parte de lo que ganáis revierte en vosotros, conservadla"

CAPÍTULO III. LAS SIETE FORMAS DE LLENAR UNA BOLSA VACÍA

Proclamación Real:

"Que todos los hombres posean riqueza, mi gente."

El Propósito del Rey:

"Babilonia, nuestra amada ciudad, es la más rica del mundo.

Posee indecibles cantidades de oro gracias a que unos cuantos ciudadanos acaudalados, al conocer las leyes de la fortuna, se han convertido en personas extremadamente ricas.

Mientras, el resto del pueblo, al desconocer estas leyes, permanecen en la pobreza. Por tanto, ordeno que todos mis leales súbditos aprendan estas leyes para que sean capaces de adquirir el oro y para ello, la sabiduría de los ricos deberá ser enseñada a mi gente.

Yo, el Rey, he decretado siete días para el estudio intensivo y devoto de las leyes de la riqueza. Es por ello que todos y cada uno de mis súbditos tienen la orden de buscar profesores que nombraré en todas y cada una de las zonas de la ciudad y que les compartirán equitativamente toda su sabiduría."

Sargón, Rey de Babilonia.

La gloria y grandeza de Babilonia persiste a través de los siglos.

Además, Babilonia ha mantenido la fabulosa reputación de haber sido y ser una de las ciudades más ricas del mundo y que cuenta con los más fabulosos tesoros.

Pero no siempre fue así.

Las riquezas de Babilonia son el resultado de la sabiduría de sus habitantes, que primero tuvieron que aprender la forma de hacerse ricos.

Cuando el buen rey Sargón, tras vencer a sus enemigos los elamitas, regresó a Babilonia, se encontró con una grave situación cuyas razones le explicó el canciller real:

– Su Majestad ha construido grandes canales de riego y grandes templos para Dios y esto ha traído a nuestro pueblo varios años de gran prosperidad. Pero ahora que las obras se han acabado, el pueblo parece no poder cubrir sus necesidades.

Los obreros no tienen trabajo, los clientes escasean para nuestros comerciantes, los agricultores no pueden vender sus productos… En definitiva, el pueblo no tiene oro suficiente para comprar comida.

– ¿Me pregunto dónde ha ido a parar todo el dinero que hemos gastado en esas mejoras? – Preguntó el rey.

– Mucho me temo que la mayor parte ha ido a parar a manos de unos pocos hombres muy ricos de nuestra ciudad – respondió el canciller– mientras que ha pasado entre los dedos de la mayoría de nuestras gentes, como si fuese leche de cabra pasando por el colador.

Ahora que la fuente de oro se ha secado y no surte más, gran parte de nuestros ciudadanos vuelven a no poseer nada.

– ¿Por qué pudieron conseguir todo el oro tan pocos hombres? – Preguntó el rey después de estar pensativo durante unos instantes.

– Porque saben cómo hacerlo – respondió el canciller– y me temo que no se puede condenar a un hombre porque logre el éxito y tampoco se le puede quitar el dinero que ha ganado honradamente, para dárselo a los que no han sido capaces de hacer lo mismo.

– ¿Y por qué no aprenden todos los hombres a hacer fortuna y volverse ricos?

– Vuestra pregunta contiene la respuesta Majestad. ¿Quién posee la mayor fortuna de Babilonia?

– Es cierto, mi buen canciller. Arkad es el hombre más rico de Babilonia. Hazle comparecer ante mí mañana.

Al día siguiente, tal y como había ordenado el rey, Arkad se presentó ante él, bien derecho y con la mente despierta a pesar de su edad avanzada.

– Dime Arkad, ¿poseías algo cuando empezaste?

– Sólo un gran deseo de riqueza Majestad. Aparte de eso, nada.

– Arkad – continuó el rey– nuestra ciudad atraviesa una situación muy delicada ya que sois muy pocos los hombres que conocéis la manera de adquirir riquezas y monopolizáis el dinero, mientras la gran mayoría de ciudadanos no sabe cómo actuar para conservar una parte del oro que recibe.

Arkad, tengo el deseo de que Babilonia sea la ciudad más rica del mundo y eso conlleva el hecho de que debe haber muchos hombres ricos. Tenemos que encontrar la manera de enseñar a toda la población a conseguir riquezas.

Dime, Arkad, ¿existe algún secreto para hacerlo que les pueda ser transmitido?

– Es una cuestión práctica, Majestad. Todo lo que sabe un hombre puede ser enseñado.

Al oír esto, los ojos del rey adquirieron un nuevo brillo.

– Arkad, has dicho justamente lo que deseaba oír. ¿Te ofrecerías como voluntario para llevar a cabo la gran y noble causa de enseñar tu ciencia a un grupo de maestros para que a su vez cada uno de ellos enseñara a otros hasta que hubiera un número suficiente de educadores dispuestos a instruir a todos los súbditos capacitados de mi reino?

– Soy vuestro humilde servidor – dijo Arkad con una reverencia– y por ello, compartiré gustoso toda la ciencia que poseo para hacer realidad el bienestar

de mis conciudadanos y la gloria de mi rey.

Decidle a vuestro canciller que organice una clase con cien hombres y yo les enseñaré las siete maneras gracias a las que mi fortuna ha florecido, a pesar de que al principio, la mía era la bolsa más vacía de toda Babilonia.

Dos semanas más tarde, en la gran sala del templo del Conocimiento del rey, estaban sentados en un semicírculo sobre las coloreadas alfombras las cien personas elegidas.

Arkad se sentó junto a un pequeño taburete en el que humeaba una lámpara sagrada que desprendía un olor extraño y agradable y cuando se levantó, uno de los estudiantes le susurró al oído a su vecino:

– Mira, el hombre más rico de Babilonia, no es diferente a nosotros.

– Como leal súbdito de nuestro rey – empezó Arkad– me encuentro ante vosotros para servirle, ya que me ha pedido que os transmita mi saber acumulado desde los tiempos en que yo era un joven pobre que tenía un ardiente deseo: poseer riquezas.

Encontré el modo de conseguirlas y es lo que ahora estoy a punto de revelaros.

Veréis, por extraño que parezca ahora, empecé de la manera más humilde ya que no tenía más dinero que vosotros, ni que la mayoría de los ciudadanos de Babilonia, para gozar plenamente de la vida.

El primer lugar donde guardé mis tesoros fue en una ajada bolsa a la que detestaba mirar, ya que estaba vacía y deseaba que estuviera abultada y llena, que el oro sonara en ella.

Por eso me esforcé por encontrar las maneras de llenar la bolsa y encontré siete.

Durante estos siete días, os explicaré estas siete maneras que recomiendo llevar a cabo a todos los hombres que quieran lograr dinero a espuertas. Y para ello, cada día os explicaré una, para que la asimiléis debidamente.

Os ruego que escuchéis atentamente la ciencia que os voy a comunicar y debatáis todas vuestras cuestiones conmigo y por supuesto, entre vosotros.

Debéis aprender estas lecciones a fondo para convertirlas en la semilla de una riqueza que hará florecer vuestra fortuna.

Cada uno de vosotros deberá comenzar a construir sabiamente su fortuna y una vez que seáis competentes, y sólo entonces, enseñaréis estas verdades a otros.

Las siete maneras sencillas de llenar vuestra bolsa que os voy a mostrar, no son otra cosa que el primer paso del camino que os llevará al templo de la riqueza.

Debéis tener claro que ningún hombre puede llegar a él si antes no pone firmemente sus pies en el primer escalón. Así que hoy nos dedicaremos a reflexionar sobre la primera manera.

La Primera Manera: Empezad A Llenar Vuestra Bolsa.

Arkad se dirigió a un hombre que lo escuchaba atentamente desde la segunda fila y le dijo:

– ¿A qué te dedicas mi buen amigo?

– Soy escriba – respondió el hombre– grabo documentos en tablillas de barro.

– Excelente. Has de saber que yo gané las primeras monedas haciendo el mismo trabajo, así que cuentas con las mismas oportunidades de amasar una fortuna que yo.

Después, le dijo a un hombre de rostro moreno que se encontraba más atrás:

– Por favor, ¿nos puedes compartir con qué trabajo te ganas el pan?

– Soy carnicero – respondió el hombre– . Compro cabras a los granjeros y después las sacrifico para vender su carne a las mujeres y la piel a los fabricantes de sandalias.

– Tienes un trabajo y un salario, por tanto, tienes las mismas armas que tuve yo para triunfar.

Arkad procedió a preguntar de la misma manera y uno por uno a todos los asistentes, cómo se ganaban la vida y cuando terminó les dijo:

– Ya veis, que hay infinidad de trabajos y oficios que os permiten ganar dinero y cada uno de ellos es un filón de oro del que obtener una parte para vuestra propia bolsa gracias a vuestro esfuerzo diario.

Entonces podemos decir que vuestra fortuna es un río de monedas de plata, que van a ser grandes o pequeñas según vuestra habilidad. ¿Cierto?

Todos los asistentes asintieron y Arkad continuó:

– Si todos y cada uno de vosotros estáis deseando acumular un tesoro propio, ¿no sería sensato que empezarais usando la fuente de riqueza que ya conocéis?

También todos estuvieron de acuerdo.

Arkad se volvió hacia un hombre humilde que era vendedor de huevos y le preguntó:

– Dime, ¿qué pasará si colocas todas las mañanas diez huevos en una de tus cestas y por la noche retiras nueve?

– Que al final, los huevos rebosarán y caerán fuera de la cesta.

– ¿Por qué crees que será así?

– Porque cada día pondré uno más de los que quito.

Arkad se volvió hacia toda la clase y sonriendo les preguntó:

– ¿Alguien de aquí que tiene la bolsa vacía?

Los hombres se miraron, rieron y sacudieron sus bolsas bromeando. Arkad continuó:

– Bien. El primer método para llenar vuestros bolsillos es hacer exactamente lo

que le he sugerido al vendedor de huevos. De cada diez monedas que ganéis y guardéis sólo retiraréis nueve para gastar.

Si lo hacéis de continuo, veréis cómo vuestra bolsa empezará a abultarse rápidamente y sentiréis una agradable sensación cuando notéis el peso de las monedas en su interior, lo cual os producirá, además, una enorme satisfacción personal.

No os burléis de lo que os estoy diciendo sólo porque os parezca simple. La verdad siempre es simple.

Ya os he dicho que os voy a contar cómo amasé mi fortuna y así fueron mis comienzos.

Yo también he tenido la bolsa vacía y la he maldecido porque no contenía nada con lo que pudiera satisfacer mis deseos. Pero cuando empecé a sacar sólo nueve de cada diez monedas que metía, empezó a abultarse y lo mismo le ocurrirá a la vuestra.

Os diré una extraña verdad cuyo principio desconozco, cuando empecé a gastar sólo las nueve décimas partes de lo que ganaba, me las arreglé igual de bien que cuando lo gastaba todo.

Por extraño que parezca, no tenía menos dinero que antes y no solo eso, con el tiempo obtenía dinero con más facilidad.

Esto seguramente es debido a que exista una ley de Dios, que hace que a los que no gastan todo lo que ganan y guardan un parte, les sea más fácil conseguir dinero, al igual que todos sabemos que el oro no va a parar a manos de quien tiene los bolsillos vacíos.

¿Qué deseáis con más fuerza, satisfacer los deseos de cada día: joyas, muebles, mejores ropas, más comida, cosas que desaparecen y olvidamos fácilmente o bienes sustanciales como el oro, las tierras, los rebaños, las mercancías o los beneficios de las inversiones?

Las monedas que tomáis de vuestra bolsa os darán las primeras cosas, mientras que las que no retiráis os proporcionarán los segundos bienes que os he enumerado.

Éste es, queridos estudiantes, el primer medio que he descubierto para llenar una bolsa vacía:

De cada diez monedas que ganéis, gastad sólo nueve.

Discutidlo entre vosotros y si alguno puede probar que no es cierto, que me lo diga mañana cuando nos volvamos a encontrar aquí.

La Segunda Manera: Controlad Vuestros Gastos

Al comenzar el segundo día, Arkad les dijo a los estudiantes:

– Algunos de vosotros me habéis preguntado: *"¿Cómo puede un hombre guardar la décima parte de lo que gana cuando ni las diez décimas partes son*

suficientes para cubrir sus necesidades más apremiantes?"

Y ahora os pregunto yo, ¿cuántos de vosotros teníais ayer una fortuna más bien escasa?

– Todos – respondió la clase.

– Y sin embargo, algunos ganáis mucho más que otros o tenéis familias más numerosas que alimentar que otros y en cambio, todas las bolsas estaban vacías por igual.

Con respecto a esto, os diré una verdad concerniente a los hombres y a sus hijos: si no hacemos algo para evitarlo, los gastos que llamamos "obligatorios" siempre crecen en proporción a nuestros ingresos.

No confundáis gastos obligatorios con deseos.

Todos vosotros, al igual que vuestras familias, tenéis muchos más deseos de los que podéis satisfacer y usáis vuestro dinero para satisfacerlos dentro de un límite y aún así, todavía os quedan muchos por cumplir.

Todas las personas tenemos más deseos de los que podemos realizar. ¿O acaso creéis que yo los puedo satisfacer todos gracias a mi riqueza?

Pues no, ésta es una idea falsa. Y no lo puedo hacer porque mi tiempo es limitado, mis fuerzas son limitadas, las distancias que puedo recorrer son limitadas.

Y lo mismo sucede con los alimentos que puedo comer o los placeres que puedo sentir.

¿Por qué os digo esto?

Para que comprendáis que, de la misma manera que las malas hierbas crecen en el campo cuando el labrador les deja un espacio, los deseos germinan libremente en el espíritu del hombre cada vez que hay una posibilidad de satisfacerlos.

Deseos tenemos muchos, pero pocos son los que pueden ser satisfechos.

Estudiad atentamente vuestros hábitos diarios de vida y descubriréis que la mayoría de las necesidades que tenéis consideradas como básicas, pueden ser reducidas o eliminadas.

Tenéis que apreciar al cien por cien el valor de cada moneda que gastéis y para ello, debéis escribir en una tablilla todas las cosas que os supongan gastos y después, elegid los que son obligatorios y los que están dentro de los límites de las nueve décimas partes de vuestros ingresos.

El resto debéis olvidarlo y considerarlo como parte de la multitud de deseos que deben quedar sin satisfacción. Debéis hacer esto sin ningún tipo de pesar.

Además, debéis establecer una lista de gastos obligatorios y no tocar bajo ningún concepto la décima parte destinada a engrosar vuestra bolsa. Es más, debéis hacer que esto sea vuestro gran deseo y que se vaya cumpliendo poco a poco.

Continuaréis, por tanto, trabajando según el presupuesto y ajustándolo según vuestras necesidades. El presupuesto se ha de convertir en vuestro instrumento principal a la hora de controlar los gastos de vuestra creciente fortuna.

Fue entonces, cuando uno de los estudiantes vestido con una túnica roja y dorada se levantó y dijo:

– Soy un hombre libre y creo que tengo el derecho de gozar de las cosas buenas de la vida. Así que me rebelo contra la esclavitud de tener un presupuesto que fije la cantidad exacta de lo que puedo gastar y en qué puedo hacerlo. Lo hago porque pienso que eso me impedirá gozar de muchos de los placeres de la vida y me hará sentir tan pequeño como un asno llevando un pesado fardo.

– ¿Quién decidirá entonces tu presupuesto amigo mío? – Replicó Arkad.

– Yo mismo lo haré.

– ¿De verdad piensas que si un asno decidiera su carga incluiría joyas, alfombras y pesados lingotes de oro? No lo creo. En su lugar pondría heno, grano y una piel llena de agua para soportar el calor y la sed durante su camino por el desierto.

El objetivo del presupuesto no es otro que ayudaros a aumentar vuestra fortuna, procuraros los bienes necesarios y satisfacer parte de los otros, en cierta medida.

El presupuesto os hará capaces de cumplir vuestros mayores deseos defendiéndolos y apartándolos de los caprichos banales y os mostrará los agujeros de vuestra bolsa para que así podáis taparlos y controlar vuestros gastos en función de las metas que definái s como más satisfactorias para vosotros.

Así pues, la segunda manera de conseguir dinero que descubrí fue presupuestar todos los gastos, de modo que siempre tengáis dinero para pagar los inevitables, vuestras distracciones y para satisfacer los deseos aceptables sin gastar más de nueve décimas partes de vuestros ingresos.

La Tercera Manera: Haced Que Vuestro Oro Fructifique

Así habló Arkad a su clase el tercer día:

– Supongamos que habéis acumulado una gran fortuna gracias a que habéis sido lo suficientemente disciplinados para reservar una décima parte de vuestras ganancias y que habéis controlado vuestros gastos al máximo para proteger vuestro creciente tesoro.

Ahora ha llegado el momento de que veamos de qué modo haréis aumentar vuestro tesoro.

El oro, cuando está guardado dentro de una bolsa, tan solo contenta al que lo posee y satisface el alma del avaro pero no produce nada de rentabilidad.

Esa parte de vuestras ganancias que conservéis no es más que el principio. Lo

que realmente amasará vuestras fortunas es lo que esas ganancias os produzcan después.

¿Cómo hacer que vuestro oro trabaje?

Luego os contaré cómo fue la primera vez que invertí mi dinero, pero ya os adelanto que tuve mala suerte y lo perdí todo.

La primera inversión provechosa que realicé fue hacerle un préstamo a un fabricante de escudos llamado Agar que, una vez al año compraba pesados cargamentos de bronce importados de mares lejanos y luego los utilizaba para fabricar armas.

Como carecía de capital suficiente para pagar a los mercaderes, su modo de actuar era pedírselo a los que tenían dinero de sobra y estos se lo prestaban porque conocían de primera mano que Agar era un hombre honrado y siempre devolvía los préstamos con intereses cuando vendía los escudos.

Yo lo que hacía cada vez que le prestaba dinero, era prestarle también el interés que me había pagado en el préstamo anterior. De esa forma, no sólo aumentaba el capital, sino también los intereses.

La verdad es que me satisfacía mucho ver cómo volvían a mi bolsa estas cantidades y además aumentadas.

La riqueza de un hombre no está en las monedas que transporta en su bolsa sino en la fortuna que amasa. En el arroyo que fluye continuamente y la va alimentando.

Estoy seguro de que lo que cualquiera de vosotros desea es tener una fuente de ingresos que siga produciendo, aunque estéis trabajando o de viaje.

He adquirido una fortuna tan grande que se dice de mí que soy muy rico y gracias a los préstamos que le hice a Agar, logré acumular mi primera experiencia en el arte de invertir de forma beneficiosa.

¿Qué hice después?

Aumentar mis préstamos e inversiones conforme crecía mi capital.

Cada vez tenía más fuentes alimentando el manantial de oro que fluía hacia mi bolsa y que utilizaba sabiamente como quisiera.

Así es como logré que mis humildes ganancias engendraran un montón de esclavos que trabajaban para mí al igual que sus hijos y los hijos de sus hijos y ganaban más y más oro que entraba sin cesar a mi bolsa, hasta reuní una fortuna considerable.

Como podréis observar en la siguiente historia, el oro se amasa rápidamente cuando produce ingresos importantes:

Había un granjero que llevó diez monedas de oro a un prestamista el día que nació su primer hijo y le pidió que las prestara hasta que el hijo tuviera veinte años.

El prestamista hizo lo que este le pidió y permitió que el interés fuese igual a un cuarto de la cantidad cada cuatro años.

El granjero le dijo que añadiera ese interés al capital porque había reservado el dinero enteramente para su hijo. Y así fue cómo, cuando el chico cumplió veinte años, el granjero acudió a casa del prestamista para preguntar sobre su dinero y el prestamista le explicó que las diez monedas de oro iniciales, ahora se habían convertido en treinta y una monedas gracias al interés que se ganaba de prestar la cantidad inicial más los intereses anteriores, la cantidad de partida se había acrecentado.

El granjero estaba muy contento y como su hijo no necesitaba el dinero, se lo dejó al prestamista.

Cuando el hijo tuvo cincuenta años, el padre ya había muerto y el prestamista le devolvió al hijo ciento sesenta y siete monedas, con lo cual, en cincuenta años el dinero se había multiplicado aproximadamente por diecisiete.

Ésta es la tercera manera de llenar la bolsa: hacer producir cada moneda para que ayude a hacer de estos ingresos, el manantial de la riqueza que alimenta constantemente vuestra fortuna.

La Cuarta Manera: Proteged Vuestros Tesoros De Cualquier Pérdida

El cuarto día, Arkad comenzó hablando a su clase así:

– La mala suerte no es más que un círculo brillante. Es por ello que el oro que contiene una bolsa debe guardarse herméticamente porque de lo contrario, desaparece.

Es muy bueno guardar las sumas pequeñas en lugar seguro y aprender a protegerlas antes de que Dios no confíe las más grandes.

Una vez que poseáis oro os veréis tentados de invertirlo en cualquier proyecto atractivo en muchas ocasiones e incluso, muchas veces serán vuestros propios amigos o familiares, impacientes y ansiosos de ganar mucho dinero y participar de las inversiones, quienes os meterán presión para hacerlo de manera urgente.

El primer principio de la inversión consiste en que aseguréis vuestro capital o de lo contrario correréis el riesgo de cegaros por las grandes ganancias y dejar de preocuparos por perderlo.

El mayor castigo de correr este riesgo es una posible pérdida, así que, antes de separaros de vuestro tesoro, debéis estudiar minuciosamente la situación y cercioraros de que podréis reclamarlo con toda seguridad.

No os dejéis arrastrar por los deseos de hacer fortuna rápidamente. Antes de prestar vuestro oro a cualquiera, aseguraos de que la persona a quien se lo prestáis os lo podrá devolver y goza de buena reputación. De lo contrario puede que le estéis regalando, sin saberlo, el tesoro que tanto os ha costado reunir.

Antes de invertir vuestro dinero debéis ser conscientes de los peligros que se os pueden presentar.

En mi primera inversión, confié todos mis ahorros de un año a Azmur, un

fabricante de ladrillos que iba a viajar a Tiro y que aceptó comprarme unas extrañas joyas fenicias que a su vuelta venderíamos y así nos repartiríamos los beneficios para hacer fortuna.

Por desgracia, los fenicios fueron unos canallas y le vendieron piezas de vidrio coloreado, con lo cual, perdí mi tesoro y eso, en aquel momento, fue una tragedia para mí.

Hoy, aquella experiencia me impediría confiar la compra de joyas a un fabricante de ladrillos. Así que os aconsejo, por experiencia propia, que no confiéis tanto en vuestra inteligencia y no expongáis vuestros tesoros a posibles trampas de inversión.

Es mejor confiar en los consejos de los expertos para llevar a cabo las cosas que queráis hacer para que vuestro dinero produzca. Estos consejos, aunque gratuitos, pueden adquirir rápidamente el mismo valor en oro que la cantidad que queráis invertir. En realidad, éste es su valor real si os salvan de las pérdidas.

ésta es la cuarta manera de incrementar vuestra bolsa y creedme que es de vital importancia para evitar que se vacíe una vez esté llena.

Proteged vuestro tesoro contra las pérdidas e invertid solamente donde vuestro capital esté seguro o donde podáis reclamarlo cuando lo deseéis y por supuesto, nunca dejéis de recibir el interés que os conviene.

Consultad a los hombres sabios, pedidles consejo a aquellos que tienen experiencia en la gestión rentable de los negocios y dejad que su sabiduría proteja vuestro tesoro de inversiones dudosas.

La Quinta Manera: Haced Que Vuestra Propiedad Sea Una Inversión Rentable

Al iniciar el quinto día, Arkad se dirigió a su clase y les dijo:

– Si un hombre reserva una novena parte de las ganancias que le permiten vivir y disfrutar de la vida y la convierte en una inversión rentable sin que esto le perjudique, su fortuna crecerá con mayor rapidez.

No son pocos los babilonios que tienen que criar y educar a sus familias en barrios de mala reputación donde los propietarios cobran alquileres muy altos por las habitaciones, las mujeres no tienen espacio para cultivar flores que alegren su corazón y los hijos solamente pueden jugar en los sucios senderos que allí abundan.

Todos somos conocedores de que la familia de un hombre no puede disfrutar plenamente de la vida si no cuenta con un terreno en el que los niños puedan jugar y que la mujer pueda cultivar, además de flores, sabrosas hierbas para perfumar y darle mayor sabor a la comida.

Un hombre que puede comer higos de sus árboles y racimos de uvas de sus viñas es un hombre con el corazón repleto de alegría, además de que, el hecho

de que su casa esté ubicada en un barrio que le enorgullezca, le infunde confianza y ánimo para terminar todas sus tareas.

Yo recomiendo que todos los hombres tengan un techo que los proteja, tanto a ellos como a los suyos, ya que cualquier hombre bien intencionado puede poseer una casa gracias a que nuestro rey ha ensanchado las murallas de Babilonia para que pudiéramos comprar muchas tierras inservibles, por una cantidad muy razonable.

Queridos estudiantes, los prestamistas ven con muy buenos ojos a los hombres que buscan casa y tierras para su familia, así que, si es con el fin de pagar al fabricante de ladrillos o al carpintero, no dudéis en pedir dinero prestado sin más dilación, eso sí, en la medida en que dispongáis de buena parte de la cantidad necesaria.

Después de haber construido la casa, le podréis pagar al prestamista regularmente tal y como hacéis con el propietario y en unos cuantos años habréis logrado devolver el préstamo al prestamista porque cada pago que efectuéis reducirá la deuda que tenéis con él.

Este hecho hará que os alegréis de tener una propiedad plenamente vuestra y vuestra mujer acudirá al río con más frecuencia para lavar vuestras ropas y os traerá una piel de cabra llena de agua para regar las plantas, además de que el único pago que deberéis realizar será el de los impuestos reales.

Tened claro que el hombre que posea casa propia será bendecido y el coste de su vida se reducirá mucho, de forma que pueda destinar gran parte de sus ganancias a los placeres y a satisfacer sus deseos.

Ésta es la quinta manera que descubrí para llenar la bolsa, poseer una casa propia.

La Sexta Manera: Asegurar Ingresos Para El Futuro

Lo primero que dijo Arkad a su clase el sexto día fue:

– El camino de la vida de todo hombre transcurre desde la infancia hasta la vejez y nadie puede desviarse a menos que reciba la llamada prematura de Dios.

Por esto declaro que el hombre debe prever unos ingresos adecuados para su vejez y preparar a su familia para que, cuando no esté con ellos, sigan viéndose reconfortados y puedan satisfacer sus necesidades.

Esta lección os enseñará a llenar la bolsa en aquellos momentos en los que ya no os sea tan fácil aprender.

Aquel hombre que, por medio de la comprensión de las leyes de la riqueza, logre obtener un excedente cada vez mayor debería considerar el pensar en su futuro próximo planificando algunos ingresos o ahorrando un dinero que le dure muchos años y del que disponer cuando sea el momento.

Existen distintas formas para que un hombre se guarde el dinero necesario para

su futuro.

Puede buscar un escondrijo donde enterrar un tesoro secreto. Pero no lo recomiendo porque puede convertirse en el botín de los mirones por muy bien que lo haya ocultado.

También puede comprar casas y tierras que, si las escoge correctamente en función de su utilidad y valor en un futuro, se revalorizarán acrecentando así sus beneficios a la hora de su venta, recompensándole según los objetivos que se haya fijado.

Otra opción es prestar una pequeña suma de dinero al prestamista e ir aumentándola regularmente, de manera que los intereses que el prestamista añada, contribuyan a aumentar su capital notoriamente.

Ausan, un fabricante de sandalias que conozco, me explicó no hace mucho tiempo que durante ocho años estuvo dándole al prestamista dos monedas cada semana y ahora, el prestamista le acaba de entregar un estado de cuentas que le ha alegrado mucho.

Su depósito sumado al interés de un cuarto de su valor cada cuatro años, le ha producido cuarenta monedas, así que le he animado a continuar, demostrándole que dentro de doce años obtendrá cuatro mil monedas con las que sobrevivirá el resto de sus días, con tan solo depositar dos monedas semanalmente.

Si una contribución regular produce resultados tan provechosos, no hay ningún hombre que se pueda permitir el no asegurarse un buen dinero para cubrir su vejez y la protección de su familia, sin importar lo prósperos que sean sus negocios e inversiones actuales.

Y aún diría más. Algún día habrá hombres que inventarán un plan para protegerse contra la muerte, en los que pagarán regularmente una cantidad mínima, haciendo que el importe total sea una suma importante que la familia recibirá cuando éste marche de este mundo.

Creo que esto es muy aconsejable y por eso lo recomiendo vehementemente aunque sé que actualmente no es posible, porque para funcionar correctamente tiene que continuar más allá de la vida de un hombre o de una asociación y tiene que ser tan estable como el trono real.

Pero aun así, pienso que algún día existirá un plan como éste y que se convertirá una gran bendición para muchos hombres ya que desde el primer pago, por pequeño que éste sea, permitirá que llegado el momento la familia del fallecido disponga de una cantidad razonable.

Como todo esto todavía está por llegar, tenemos que aprovecharnos de los medios y métodos con los que contamos actualmente para llevar a cabo nuestros propósitos. Por eso, siempre recomiendo a todos los hombres que acumulen, sensata y meditadamente, bienes para asegurarse su vejez. Pues no hay en este mundo mayor desgracia que un hombre incapaz de trabajar para ganarse la vida o una familia sin cabeza de familia.

Ésta es la sexta manera que encontré para llenarse la bolsa: preved los

ingresos necesarios para cubrir los días venideros y aseguraréis la protección de vuestra familia.

La Séptima Manera: Aumentad Vuestra Habilidad Para Adquirir Bienes

El séptimo y último día lo inició Arkad diciéndole a su clase:

– Queridos estudiantes, hoy quiero hablaros de una de las maneras más importantes para lograr amasar una fortuna.

Pero no os hablaré del oro sino de los hombres que estáis sentados frente a mí luciendo vistosas ropas. Sí, de vosotros.

Voy a hablaros de las cosas que suceden en la mente y la vida de los hombres que trabajan para o contra su éxito.

No hace mucho tiempo, me vino a ver un joven que andaba buscando a alguien que le prestara dinero.

Cuando le pregunté acerca de sus necesidades, empezó a quejarse de que sus ingresos eran totalmente insuficientes para cubrir sus gastos, a lo que le respondí que, en tal caso, era un cliente no deseado para cualquier prestamista ya que no podría devolver el préstamo recibido.

Le dije:

"Muchacho, tú lo que necesitas es ganar más dinero. Así que en lugar de ir buscando quien te preste un dinero que nunca vas a poder devolver, deberías mirar la manera de aumentar tus ingresos."

Él me respondió:

"He hecho todo lo que he podido. De hecho, he intentado hablar con mi patrón hasta seis veces durante dos meses para pedirle un aumento, pero no lo he logrado. ¡No puedo hacer más!"

Su simpleza me hizo reír, pero aun así comprobé que aquel muchacho tenía una gran voluntad de aumentar sus ganancias porque tenía un gran deseo, ganar más oro.

El deseo debe preceder a toda realización y tiene que ser fuerte y bien definido, ya que los deseos vagos tan solo son deseos débiles.

Mientras que el único deseo de ser rico carece de todo valor, un hombre que desea cinco monedas de oro se verá empujado a culminar urgentemente la acción que le lleve a cumplir ese deseo tangible y os aseguro que una vez que haya cumplido su deseo y guardado en lugar seguro cinco monedas de oro, encontrará el modo de obtener diez monedas, luego veinte y más tarde mil. Y así logrará pronto hacerse rico.

¿Por qué?

Porque fijarse un deseo pequeño pero bien definido, lo llevará a fijarse posteriormente otro más grande y luego otro todavía más grande y así es como se construyen las fortunas. Se empieza con cantidades pequeñas y se va

aumentando hasta llegar a cantidades más importantes. Así es como un hombre aprende y se hace más hábil.

Vuelvo a repetiros que vuestros deseos tienen que ser pequeños y bien definidos, porque si son demasiado numerosos, confusos o están por encima de vuestras capacidades, vuestro objetivo no se cumplirá.

De todos es sabido que a medida que un hombre se perfecciona en su oficio, su remuneración aumenta.

De hecho, cuando yo era un pobre escriba que grababa en la arcilla a cambio de unas cuantas monedas al día, observé que otros escribían más que yo y por lo tanto, cobraban más.

Fue entonces cuando decidí que nadie iba a superarme y no tardé mucho en descubrir el motivo de su gran éxito. Así fue como puse más interés en mi trabajo, me concentré más y fui más perseverante, hasta que pocos hombres pudieron grabar en un día más tablillas que yo.

Y cómo no, poco tiempo después obtuve mi recompensa sin tener la necesidad de ir a ver a mi patrón seis veces para pedirle un aumento.

Tened muy claro esto: cuantos más conocimientos adquiramos, más dinero ganaremos, es decir, si aprendéis mejor vuestro oficio seréis recompensados con creces.

Si sois artesanos intentad aprender los métodos y herramientas más perfeccionadas.

Si ejercéis el derecho o la medicina, podéis consultar e intercambiar opiniones con vuestros colegas.

Si vuestro oficio es el de mercader, buscad mercancías de mejor calidad que vender a bajo precio.

Los negocios de un hombre están en constante cambio y prosperan cuando intenta mejorar para ser más útil a sus superiores. Así que insto a todos los hombres a que, a menos que quieran ser dejados de lado, progresen continuamente.

Hay obligaciones que debe realizar un hombre que se respeta a sí mismo, para llenar su vida de experiencias gratificantes y son las siguientes:

Pagar sus deudas lo más rápidamente que le sea posible y no comprar cosas que no pueda pagar.

Cubrir las necesidades de su familia para ganarse el aprecio y el respeto de los suyos.

Hacer testamento para repartir sus bienes de manera justa y equitativa el día que Dios lo llame.

Ser compasivo y ayudar a los enfermos y los desafortunados.

Y cómo no, debe ser previsor y caritativo con aquellos a los que quiere.

Por lo tanto, la séptima y última manera que encontré de hacer fortuna consiste en estudiar e instruirse y actuar respetándoos a vosotros mismos, para que

adquiráis la suficiente confianza en vosotros mismos para poder realizar todos los deseos que tengáis.

Éstas son las siete maneras de hacer fortuna que recomiendo a todos aquellos que quieran ser ricos, y que han sido extraídas de mi larga y próspera experiencia de vida.

Queridos estudiantes, en la ciudad de Babilonia hay oro en abundancia para todos, mucho más de lo que soñéis poseer. Así que no os quedéis parados, avanzad y poned en práctica estas verdades que os harán prósperos y ricos, tal y como os corresponde por derecho.

Y no sólo eso, moveos y enseñad estas verdades a todos los súbditos honrados de su Majestad que quieren repartirse las grandes riquezas de nuestra amada ciudad.

CAPÍTULO IV. LA FORTUNA

"Si un hombre tiene suerte, es imposible predecir el tamaño de su riqueza. Si lo lanzan al Éufrates, saldrá con una perla en la mano."

Todas las personas desean tener suerte y ese deseo ha existido desde siempre en el corazón de los individuos.

No importa si vivieron hace cuatro mil años o en la actualidad, todos esperamos la gracia de la caprichosa diosa de la fortuna.

Lo que los habitantes de la antigua Babilonia querían saber y pusieron todo su empeño en descubrir, era si existía alguna manera de poder obtener su atención además de su generosidad. En otras palabras, si había algún modo de atraer la suerte.

Al ser clarividentes y grandes pensadores no es extraño que su ciudad se convirtiera en la más rica y poderosa de su tiempo.

En aquella época no existían las escuelas, pero sí que había entre los edificios rodeados de torres, un centro de aprendizaje muy práctico y tan importante como el palacio, los jardines colgantes y los templos de Dios.

Pero a pesar de que ejerciera una gran influencia en el pensamiento de aquel entonces, este lugar aparece muy poco, probablemente nada, en los libros de historia.

Me refiero al Templo del Conocimiento.

En él, se discutían asuntos de interés popular en asamblea abierta y profesores voluntarios explicaban la sabiduría del pasado y todos los hombres eran iguales. Es decir, el esclavo más insignificante podía rebatir las opiniones del príncipe del palacio real impunemente.

Arkad, hombre sabio y opulento con fama de ser el hombre más rico de Babilonia, era uno de los que frecuentaban el Templo del Conocimiento en el que existía una sala especial donde casi todas las tardes se reunía un gran número de hombres, viejos y jóvenes y discutían sobre temas interesantes.

Para verificar si sabían cómo atraer la suerte, vamos a escuchar lo que decían...

El sol acababa de ponerse a través de la bruma del polvoriento desierto, cuando Arkad se dirigió hacia su estrado habitual.

Unos cuarenta hombres esperaban tumbados en pequeñas alfombras colocadas sobre el suelo, su llegada.

– ¿Qué tema vamos a tratar esta tarde? – Preguntó Arkad.

Hubo una breve indecisión, hasta que un hombre alto, tejedor de profesión, se levantó como era costumbre y le dijo:

– Me gustaría escuchar vuestras opiniones sobre un asunto que temo que os pueda parecer ridículo, mis queridos amigos.

Apremiado por todos, continuó:

– Hoy he tenido suerte al encontrarme una bolsa que contenía unas monedas de oro. Así que me gustaría mucho seguir teniendo suerte y como creo que todos compartimos este deseo, sugiero que hablemos sobre cómo atraer la suerte para que podamos descubrir la forma de seducirla.

– Un tema realmente interesante – comentó Arkad– muy válido, sin duda. Algunos creen que la suerte sólo llega por casualidad, que puede caer sobre alguien por azar. Otros piensan que la creadora de la buena suerte es la benevolente diosa Ishtar, siempre deseosa de recompensar a sus elegidos con generosos presentes. ¿Qué decís? ¿Debemos intentar descubrir los medios de atraer la suerte y así ser nosotros los afortunados?

– ¡Sí, sí! – Dijeron los numerosos oyentes impacientes de saber más.

– Para empezar – prosiguió Arkad– escuchemos a todos los presentes que hayan tenido alguna experiencia parecida a la del tejedor, es decir, que hayan encontrado o recibido sin ningún tipo de esfuerzo por su parte, valiosos tesoros o joyas.

Hubo un momento de silencio en el que todos se miraron esperando la respuesta de alguien, pero nadie habló.

– ¿Nadie? – Dijo Arkad– entonces debe de ser extraordinariamente raro poder tener esa suerte. ¿Alguien quiere sugerir sobre cómo continuar nuestra investigación?

– Yo – contestó un hombre joven y bien vestido mientras se levantaba– . Cuando un hombre habla de suerte, lo normal es que piense en las salas de juego, ya que es en esos lugares donde encontramos a aquellos hombres que pretenden los favores de la diosa y esperan que los bendiga para recibir grandes cantidades de dinero.

– No pares – gritó alguien al ver que el joven volvía a sentarse– . Continúa tu historia y dinos si la diosa te ha ayudado alguna vez en las salas de juego para que llenes tu bolsa o por el contrario, ha permitido que el crupier recoja las monedas que tanto te ha costado ganar.

– No me importa admitir que ella no pareció darse cuenta de que yo estaba allí – contestó el joven sumándose a las risas de los demás– . ¿Y tú Arkad, la encontraste esperando que los dados rodasen a tu favor? Estamos deseosos de escucharte y aprender de ti.

– Un buen principio, sin duda – interrumpió Arkad– . Estamos aquí para examinar todos los aspectos de la cuestión, por lo tanto, ignorar las salas de juego sería como olvidar un instinto común en casi todos los hombres, la tentación de arriesgar una pequeña cantidad de dinero para conseguir mucho.

– Eso me recuerda también a las carreras de caballos – gritó uno de los asistentes– . Si la diosa frecuenta las salas de juego, no dejará de lado esas carreras, con carros dorados y caballos espumadores. Dios sinceramente Arkad,

¿ayer la diosa no te murmuró que apostaras a los caballos grises de Nínive? Yo estaba justo detrás de ti y no di crédito a mis oídos cuando te escuché apostar a los grises. Sabes muy bien que no existe ningún caballo en toda Asiria capaz de llegar a la meta antes que nuestras queridas yeguas en una carrera honesta.

¿Acaso la diosa te dijo al oído que apostaras a los grises porque en la última curva el caballo negro del interior tropezaría y molestaría a nuestras yeguas y provocando así que los grises ganaran la carrera y consiguieran una victoria inmerecida?

Arkad sonrió con indulgencia.

– ¿Por qué pensar que la diosa de la fortuna se interesaría por la apuesta de cualquiera de nosotros en una carrera de caballos? Yo la veo como una diosa de amor y dignidad a la que le gusta ayudar a los necesitados y recompensar a los que lo merecen y no la busco en las salas de juego, ni tampoco en las carreras, donde se pierde más oro del que se gana.

La busco en otros lugares donde las acciones de los hombres son más valerosas y merecen recibir una recompensa.

Veréis, tanto al cultivador como al honrado comerciante, como a los hombres de cualquier ocupación se les presentan ocasiones para sacar provecho después del esfuerzo y las transacciones realizadas.

Un hombre puede que no siempre reciba una recompensa, ya que su juicio puede que no sea el más adecuado o que el tiempo y el viento hagan fracasar sus esfuerzos. Pero si es persistente, tendrá mayores posibilidades de que el beneficio vaya hacia él.

Pero si un hombre arriesga en el juego – continuó Arkad– ocurre exactamente lo contrario, ya que el propietario de ese lugar es quien cuenta con más posibilidades de ganar. El juego está hecho para que el propietario que explota el negocio consiga beneficios, porque su comercio es obtener grandes beneficios de las monedas que apuestan los jugadores, poco conscientes de sus inciertas posibilidades y de que sus pérdidas continuadas garantizan los beneficios del propietario.

Por ejemplo, cuando se lanzan los dados, siempre apostamos sobre la parte que quedará a la vista. Si es la roja, el jefe de mesa nos paga cuatro veces lo que hemos apostado, pero si sale cualquiera de las otras cinco caras, perdemos nuestra apuesta. Por lo tanto, por cada dado lanzado tenemos cinco posibilidades de perder, mientras que el rojo paga cuatro por uno, por lo que tenemos cuatro posibilidades de ganar.

Esto equivale a que en una noche, el jefe de mesa guardará una moneda de cada cinco apostadas. ¿Cómo se puede esperar entonces ganar de otra forma que no sea ocasional, cuando las posibilidades están organizadas para que el jugador pierda la quinta parte de lo que juega?

– Pero hay hombres que ganan grandes sumas a veces – dijo uno de los asistentes.

– Así es, eso ocurre – continuó Arkad– . Me pregunto si el dinero ganado de

este modo aporta beneficios permanentes a los que se ven agraciados de esta manera por la fortuna.

De los muchos hombres de Babilonia que conozco y que han triunfado en los negocios, no puedo nombrar a uno solo que lo haya logrado recurriendo a esa fuente.

Vosotros, que esta tarde estáis reunidos aquí, conocéis a muchos ciudadanos ricos. ¿Qué os parece si cada uno dice lo que conoce, para determinar cuántos han conseguido su fortuna en las salas de juego?

Se hizo un largo silencio.

– ¿Eso incluye a los dueños de las casas de juego? – Preguntó uno de los presentes.

– Si no sois capaces de pensar en nadie más – respondió Arkad– ¿por qué no habláis de vosotros mismos? ¿hay alguien entre vosotros que gane regularmente en las apuestas y esté dudando en aconsejar a los demás invertir en esta fuente de beneficios?

Hubo risas, aunque también se oyó en la parte de atrás a algunos que refunfuñaban.

– Vaya, parece que no buscamos la suerte en estos lugares aunque sabemos que la diosa los frecuenta – continuó– . Exploremos pues otros lugares, ya que ni hemos sido capaces de encontrar sacos de monedas perdidos, ni tampoco hemos visto la diosa en las salas de juego. En cuanto al tema de las carreras, debo confesaros que a lo largo de mi vida, he perdido mucho más dinero del que he ganado.

Analicemos detalladamente nuestras profesiones y negocios.

Cuando hacemos un buen negocio, ¿por qué no lo consideramos como algo fortuito? ¿Por qué lo vemos como la justa recompensa a todos nuestros esfuerzos?

A veces pienso que ignoramos los regalos de la diosa que nos ayuda a pesar de que no apreciamos su generosidad.

¿Quién puede hablar del tema?

Un comerciante entrado en años se levantó alisando sus blancas vestimentas y dijo:

– Honorable Arkad, queridos amigos, con vuestro permiso quiero hacer una sugerencia. Si tal y como habéis dicho, atribuimos todos nuestros éxitos profesionales a nuestra habilidad y su aplicación, ¿por qué no considerar los éxitos que casi hemos tenido, pero que se nos han escapado, como eventos que habrían sido raros ejemplos de fortuna si se hubieran realizado y que al no haberse cumplido, no podemos considerarlos como recompensas justas? Probablemente aquí haya quien pueda contar este tipo de experiencias.

– Una reflexión sabia – comentó Arkad– . ¿Quién ha tenido la fortuna al alcance de su mano y la ha visto esfumarse de inmediato?

Entre las manos que se alzaron estaba la del comerciante y Arkad le hizo un

ademán para que hablara:

– Ya que has sido tú quien ha sugerido esta discusión, nos gustaría escucharte a ti primero.

– Con mucho gusto. Os quiero contar un hecho que viví y que servirá perfectamente para demostrar hasta qué punto puede acercarse la suerte a un hombre y cómo este puede dejar que se le escape de las manos.

Cuando era joven, recién casado y me empezaba a ganar bien la vida, vino a visitarme mi padre para decirme que le urgía hacer una inversión.

Al preguntarle de qué se trataba, me contó que el hijo de uno de sus mejores amigos había descubierto, no muy lejos de nuestra ciudad, una zona de tierra árida situada sobre el canal a la que el agua no llegaba y por ello, este chico había ideado un plan para comprar esta tierra y construir en ella tres grandes ruedas accionadas por bueyes para llevar agua y darle vida a aquel suelo infértil, para después dividir la tierra y vender las partes a los ciudadanos para hacer jardines.

El hijo del amigo de mi padre no contaba con el suficiente oro para llevar a cabo su idea ya que, aunque que ganaba un buen sueldo, su padre era un hombre que dirigía una gran familia con pocos medios y no le podía ayudar. Por eso, decidió buscar un grupo de doce personas con buenas ganancias que invirtieran la décima parte de sus beneficios en el negocio, hasta que la tierra estuviera lista para su venta.

Entonces, compartirían los beneficios de forma equitativa en función de la inversión que hubieran realizado.

– Hijo mío – me dijo mi padre– ahora eres joven y por eso deseo profundamente que empieces a hacer adquisiciones que te proporcionen un cierto bienestar y el respeto de los demás. Quiero que saques provecho de mis errores pasados.

– Me gustaría mucho, padre – contesté.

– En ese caso, te aconsejo que hagas lo que tenía que haber hecho a tu edad, guarda la décima parte de tus beneficios para reinvertirla. Con lo que, te proporcionarán, podrás acumular una gran suma de dinero antes de que tengas mi edad.

– Padre, usted habla con sabiduría y sabe perfectamente que deseo fervientemente poseer riquezas, pero no sé si hacer lo que me aconseja ya que gasto mis ganancias en muchas cosas y me queda mucho tiempo por delante ya que soy joven.

– Yo pensaba igual que tú cuando tenía tu edad, pero a estas alturas de mi vida todavía no he empezado a acumular bienes.

– Vivimos en una época diferente y le aseguro que no voy a cometer los mismos errores que usted.

– Hijo mío, estás ante una oportunidad única que puede hacerte rico. Por favor, no te demores más y ve mañana mismo a cerrar el trato con el hijo de mi

amigo e invierte en ese negocio el diez por ciento de lo que ganas. No lo pienses más, porque esta oportunidad que hoy tienes a tu alcance, pronto desaparecerá.

A pesar del consejo de mi padre, dudé porque mi mujer y yo habíamos decidido que compraríamos al menos una pieza para cada uno de las ricas piezas de ropa que acababan de traer los mercaderes del Este y si invirtiera la décima parte de mis ganancias en esa empresa, nos tendríamos que privar de esas vestimentas y otros placeres que deseábamos también.

En definitiva, no quise invertir y fue una mala idea, ya que la empresa resultó ser más fructífera de lo que se hubiera podido predecir.

Ésta es mi historia y muestra perfectamente cómo permití que la fortuna se me escapara.

– Gracias a esta historia podemos comprobar que la suerte le llega solamente al hombre que aprovecha la oportunidad – comentó un hombre del desierto de tez morena– . Siempre tiene que haber un primer momento para adquirir bienes por pequeños que estos sean.

Bien pueden ser unas monedas de oro o de plata que un hombre consiga de sus ganancias en su primera inversión o como yo, que poseo varios rebaños porque empecé a adquirir animales cuando era un niño.

Mi primera ganancia no fue muy grande, cambié un ternero por una moneda de plata, pero este gesto adquirió gran importancia para mí y simbolizó el principio de mi riqueza.

Toda la suerte que un hombre necesita comienza con su primera adquisición de bienes. Sin duda, este primer paso es el más importante, porque ven que ganan dinero a partir de su propia labor y esto hace que pasen a ser hombres que consiguen dividendos de su oro.

Por suerte, algunos aprovechan la ocasión cuando son jóvenes y por lo tanto, obtienen más éxito financiero que los que la aprovechan más tarde o que los hombres desafortunados que no la consiguen nunca.

Si nuestro amigo comerciante hubiera dado este primer paso de joven, cuando tuvo la ocasión ante él, ahora poseería grandes riquezas o si la suerte de nuestro amigo tejedor le hubiera hecho dar ese paso por aquel entonces, ese hubiera sido el primer paso de que su suerte fuera mucho mayor.

– Me gustaría hablar, si me permitís – dijo un extranjero levantándose– . Perdonad si no hablo muy bien vuestro idioma, ya que soy sirio, pero me gustaría calificar de algún modo al amigo comerciante. Quizá penséis que soy un tanto irrespetuoso al llamarlo así, pero desconozco cómo se dice en vuestro idioma y si lo digo en sirio, no me entenderéis. Por favor, ¿podéis decirme cómo calificáis a un hombre que tarda en cumplir las cosas que le convienen?

– Contemporizador – gritó uno de los asistentes.

– Eso es – afirmó el sirio agitando las manos de manera excitada– . No aprovecha la ocasión cuando se le presenta y en lugar de eso, espera y pone la excusa de que está muy ocupado.

¿Qué sucede?

Que la ocasión no espera a la gente tan lenta, porque piensa que un hombre que desea tener suerte debe reaccionar con rapidez, si no lo hace, sin duda que se trata de un gran contemporizador, tal y como lo es nuestro amigo comerciante.

El comerciante se levantó y saludó con naturalidad ante las risas de los asistentes.

– Extranjero, tienes todo mi respeto y admiración al entrar en nuestro centro y no dudar en decir la verdad.

Escuchemos otra historia. ¿Quién tiene otra experiencia que contarnos? – Preguntó Arkad.

– Yo – contestó un hombre de mediana edad que vestía con una túnica roja– . Soy comprador de animales, sobre todo camellos y caballos, aunque a veces también compro ovejas y cabras.

Mi historia está enfocada a mostraros cómo encontré la fortuna en el momento más inesperado y quizá eso fue lo que me hizo dejarla escapar. Pero no me anticipo, ya sacaréis vuestras propias conclusiones cuando termine de contárosla.

Una tarde, al regresar a la ciudad, después de diez días de agotador viaje en busca de camellos, me encontré con que las puertas de la ciudad estaban cerradas a cal y canto, lo cual me molestó bastante.

Durante el tiempo en que mis esclavos montaban la tienda donde íbamos a pasar la noche con escasa comida y agua, se acercó un viejo granjero que, como nosotros, se encontraba retenido en el exterior y me dijo: "parecéis ser comprador de ganado, si es así, me gustaría venderos el excelente rebaño de ovejas que traigo. Desgraciadamente, mi mujer está muy enferma y tengo que volver a mi hogar lo más rápidamente posible, así que si accedéis a comprarme las ovejas, mis esclavos y yo podremos hacer el viaje de vuelta sobre los camellos de inmediato y te estaré eternamente agradecido".

Como estaba tan oscuro, no pude ver su rebaño, pero a juzgar por los balidos que se oían, supuse que era grande.

Me alegré mucho de hacer aquel, ya que tras diez días buscando camellos, no había podido encontrar nada que me pudiera convencer y dado que me pidió un precio muy razonable debido a su ansiedad por volver a su hogar, acepté con la idea de que mis esclavos entraran en la ciudad con el rebaño y lo vendieran para conseguir así buenos beneficios.

Una vez cerrado el trato, ordené a mis esclavos que alumbraran el rebaño con antorchas para poder ver las cerca de novecientas ovejas que, según el granjero, lo componían.

La tarea de intentar contar con tan poca luz a tantas ovejas sedientas, cansadas y agitadas, se antojó casi imposible, así que le dije al granjero que las contaría a la luz del día y le pagaría una vez lo hubiera hecho.

El granjero me suplicó:

"Por favor, honorable señor, me conformo con que me paguéis las dos terceras partes del precio, pero ha de ser esta noche para que pueda ponerme en marcha de inmediato. Si queréis, os dejaré a mi esclavo más inteligente para que os ayude a contar las ovejas mañana por la mañana, os aseguro que es de fiar."

Yo, testarudo, rechacé pagarle esa noche y a la mañana siguiente, se abrieron las puertas de la ciudad antes de que me despertara y mientras dormía, cuatro compradores de rebaños se lanzaron impacientes a la búsqueda de ovejas y aceptaron de buen grado pagar casi el triple del precio que me había ofrecido el viejo granjero, porque la ciudad estaba sitiada y escaseaba la comida.

Sin duda, fue una oportunidad que dejé escapar.

– ¿Qué os sugiere esta extraordinaria historia? – Preguntó Arkad.

– Que cuando estamos convencidos de que nuestro negocio es bueno, lo debemos cerrar inmediatamente y protegernos tanto de nuestra propia debilidad como de cualquier hombre – sugirió un fabricante de sillas de montar– . Por desgracia, cuando tenemos razón solemos cambiar de idea con mayor facilidad que cuando nos equivocamos, que es cuando nos mostramos más testarudos.

Cuando tenemos razón, nuestra tendencia es empezar a vacilar hasta dejar escapar la ocasión.

Yo, sabiendo que la mejor de mis ideas siempre es la primera y que me cuesta llevar a cabo inmediatamente un negocio, he decidido que para protegerme de mi propia debilidad, una vez que lo tengo claro, doy un depósito al instante.

Esto, me impide arrepentirme más tarde de haber dejado escapar una buena oportunidad.

El sirio se puso de nuevo en pie y dijo:

– Todas estas historias se parecen por la misma razón, siempre se va la suerte, pero antes, siempre le trae al contemporizador un buen plan que le hace dudar en lugar de pensar que es una buena ocasión y reaccionar con rapidez. ¿Cómo pretenden tener éxito de este modo?

– Sabias palabras amigo – respondió el comprador.– Pero no es nada extraordinario que la suerte se haya alejado del contemporizador en las dos ocasiones, ya que todos los hombres acostumbramos a dejar las cosas para más tarde. Deseamos riquezas, pero cuando se nos presenta la ocasión, esa manía de contemporizar nos lleva a que retrasemos nuestra decisión, convirtiéndonos así en nuestro peor enemigo.

Cuando era más joven, como desconocía esa palabra que tanto le gusta a nuestro amigo sirio, pensaba que en los negocios ventajosos se perdía por falta de juicio. Más tarde, creí que era cuestión de cabezonería. Hasta que finalmente, reconozco que se trata de la mala costumbre que tenemos de retrasar la rápida decisión de tomar una acción necesaria y decisiva.

Cuando lo descubrí, comencé a detestar esta costumbre y decidí deshacerme de ella y trabajar para tener éxito.

– Gracias. Amigo comerciante, dado que no vistes ropajes propios de un hombre pobre y hablas como alguien que tiene éxito, decidnos, ¿sucumbís ante la terrible manía de contemporizar? – Preguntó el sirio.

– Yo también la he reconocido y conquistado al igual que nuestro amigo comprador – respondió el comerciante– ya que para mí siempre ha resultado ser un temible enemigo esperando al acecho, el momento propicio para sembrar la duda y desestabilizar así mis decisiones.

Esta historia que os he contado es uno de los muchos ejemplos que podría mostraros de cómo he desaprovechado buenas ocasiones.

Por suerte, una vez que se le reconoce, se puede controlar fácilmente al enemigo.

No conozco a ningún hombre que permite voluntariamente que le roben sus reservas de grano, ni que un enemigo le robe la clientela.

Yo logré vencer a la contemporización, el día que comprendí que era mi peor enemigo. Por eso animo a todos los hombres a que dominen su tendencia a contemporizar antes de pensar en compartir los ricos tesoros de Babilonia.

Arkad, de usted se dice que es el hombre más rico de Babilonia y según muchos, el más afortunado, ¿está de acuerdo conmigo en que, mientras no haya liquidado por completo su manía de contemporizar, no hay ningún hombre que pueda lograr el éxito completo?

Así es – admitió Arkad– . Durante mi ya longeva vida, he conocido a muchos hombres que han estudiado la ciencia y de los conocimientos que llevan al éxito en la vida y os puedo decir que absolutamente a todos se les han presentado buenas ocasiones que, aunque algunos las aprovecharon de inmediato, satisfaciendo así sus más profundos deseos, otros muchos dudaron y se echaron atrás.

Arkad se giró hacia el tejedor:

– Tú nos has sugerido un debate sobre la suerte, así que dinos lo que opinas al respecto.

– Yo pensaba que la suerte era algo deseable que llegaba a cualquier hombre sin realizar esfuerzo alguno. Pero ahora soy consciente de que no es así. Que para atraer a la suerte es preciso aprovechar de inmediato las ocasiones que se presentan. Por eso, desde hoy y en el futuro, he tomado la determinación de esforzarme para lograr sacar el máximo partido posible a todas y cada una de las ocasiones que se me presenten.

– Has entendido a la perfección las verdades a las que hemos llegado con esta discusión – respondió Arkad– . A menudo, la suerte llega en forma de oportunidad, pocas veces viene de otro modo. Si en lugar de actuar como lo hizo, hubiera aceptado la ocasión que la diosa le brindaba, nuestro amigo comerciante habría tenido mucha suerte.

Igualmente que nuestro amigo comprador habría podido aprovechar también su suerte si hubiera completado la compra del rebaño.

Con esta discusión estamos intentando descubrir los medios necesarios para que la suerte nos sonría y creo que vamos bien encaminados.

Hemos visto en las dos historias cómo la suerte toma la forma de oportunidad, lo cual es una gran verdad, ya que por muchas historias parecidas que contáramos, no cambiaría el discurso. Por lo tanto, la conclusión que podemos obtener es que la suerte puede sonreíros si aprovecháis las ocasiones que se os presentan.

Así es cómo lograréis atraer la atención de la buena diosa, siempre presurosa en ayudar a los que son de su agrado y os aseguro que, sobre todo, le gustan los hombres de acción.

La acción te conducirá hacia el éxito que deseas, porque a los hombres de acción les sonríe la diosa de la fortuna.

CAPÍTULO V. LAS CINCO LEYES DEL ORO

El viejo Kalabab preguntó a sus compañeros de tertulia:

– ¿Qué escogerías antes, un saco lleno de oro o una tablilla de arcilla donde estuvieran grabadas unas palabras llenas de sabiduría?

– Por supuesto que el oro -respondieron los veintisiete presentes al unísono. Kalabab, que ya sabía que la respuesta iba a ser esa, sonrió, alzó la mano y les dijo:

– Escuchad a lo lejos cómo aúllan y gimen de hambre los perros salvajes. Si ahora les dieseis comida, se pelearían y se pavonearían, sin preocuparse por el mañana.

Exactamente igual actúan los hombres. Cuando les das a escoger entre oro y sabiduría, ignoran la sabiduría, malgastan el oro y al día siguiente gimen porque ya no tienen oro.

El oro está reservado únicamente a aquellos que conocen y obedecen sus leyes.

Me habéis servido fielmente durante nuestro largo viaje, habéis cuidado perfectamente de mis camellos, habéis trabajado muy duro sin quejaros de las penurias que os ha hecho pasar el desierto e incluso, os habéis enfrentado con valentía a los ladrones que intentaron despojarme de mis bienes, por ello y en recompensa a todos vuestros esfuerzos, esta noche os voy a contar la historia de las cinco leyes del oro.

Puede que no os parezca mucho premio, pero si prestáis mucha atención a mis palabras, comprendéis su significado y las tenéis en cuenta en el futuro, sin duda alguna, poseeréis mucho oro.

Tras decir esto, Kalabab hizo una larguísima pausa, hasta que el jefe de la caravana la rompió diciendo:

– Por supuesto que la valoramos Kalabab, ten en cuenta que ya nos has contado varias historias interesantes que nos han hecho ver en ti la sabiduría que nos guiará cuando dejemos de servirte.

– Efectivamente, os he contado mis aventuras acaecidas en tierras lejanas, pero esta noche voy a hablaros de la sabiduría de Arkad, un hombre sabio y el más rico de Babilonia.

– Sí Kalabab, cuéntanos la historia por favor, estamos ansiosos por conocerla ya que hemos oído hablar mucho de Arkad – respondía el jefe de la caravana.

– Arkad era el hombre más acaudalado porque usaba el oro con más sabiduría de lo que nadie hizo anteriormente y por ello, esta noche voy a hablaros de su gran sabiduría, de la misma manera que lo hizo conmigo Nomasir, su hijo, hace muchos años en Nínive.

Era bien entrada la noche y mi maestro y yo nos encontrábamos en el palacio

de Nomasir, tras haberle mostrado los grandes rollos de suntuosas alfombras para que este hiciera su elección.

Nomasir quedó tan satisfecho que nos invitó a sentarnos con él a beber un exótico y perfumado vino que recalentaba el estómago y al que yo no estaba acostumbrado y mientras dábamos buena cuenta de nuestras copas, Nomasir nos contó la misma historia de la gran sabiduría de su padre, Arkad, que voy a contaros ahora.

Como sabéis, en Babilonia es costumbre que los hijos de los ricos vivan con sus padres hasta que reciben su herencia. Como Arkad no aprobaba esta costumbre, cuando Nomasir tuvo derecho a su herencia le dijo:

"Hijo mío, deseo que heredes mis bienes, pero antes me tienes que demostrar que eres capaz de administrarlos con sabiduría y para ello, quiero que recorras el mundo y me demuestres tu capacidad para conseguir oro y hacerte respetar por los hombres.

Pero no temas, no vas a comenzar siendo un joven pobre como lo era yo cuando empecé a amasar mi fortuna, como quiero que empieces con buen pie, te daré dos cosas que yo no tenía cuando empecé:

En primer lugar, te doy este saco de oro con el que vas a lograr construir las bases de tu éxito, siempre y cuando lo utilices con sabiduría.

Y en segundo lugar, te hago entrega de esta tablilla de arcilla donde están grabadas las cinco leyes del oro que te harán ser eficaz y seguro en tus acciones, pero solamente si las pones en práctica.

Si, cuando dentro de diez años vuelvas a casa, me demuestras tu valor en tus actos, heredarás mis bienes, en caso contrario, se los entregaré a los sacerdotes para que recen por mi alma y ganarme la consideración de Dios.

Así fue cómo Nomasir partió para vivir sus propias experiencias, con su saco de oro a buen recaudo y la tablilla cuidadosamente envuelta en seda, con la única compañía de su esclavo y los dos caballos que montaban.

Una vez pasaron los diez años, tal y como habían convenido, Nomasir regresó a casa de Arkad, que organizó un gran festín en su honor al que invitó a varios amigos y parientes.

Una vez terminada la cena, Arkad y su esposa, la madre de Nomasir, se acomodaron en sus asientos de la gran sala, impacientes por escucharle y la mujer de Nomasir y sus dos jóvenes hijos, amigos y otros miembros de la familia, se sentaron sobre las alfombras detrás de él.

Era de noche y las lámparas de aceite alumbraban débilmente la estancia, mientras los esclavos batían el aire con largas hojas de palma. Como podéis imaginaros, la escena tenía una enorme solemnidad y Nomasir procedió a darles cuenta de sus actos.

"Padre, me inclino ante vuestra sabiduría. Cuando me encontraba en el umbral de la edad adulta, hace diez años, me ordenasteis que partiera para convertirme en un hombre capaz de administrar tus bienes con sabiduría, en lugar de seguir siendo el simple candidato a vuestra fortuna.

Me disteis mucho oro y mucha de vuestra sabiduría, pero debo admitir que, muy a pesar mío, administré muy mal el oro que me habíais confiado y se me escurrió entre mis dedos a causa de mi inexperiencia."

Arkad sonrió y le dijo:

"Continúa, hijo mío, me interesa conocer hasta el más mínimo detalle".

"Con la esperanza de poder encontrar buenas oportunidades, decidí ir a Nínive porque era una ciudad próspera, por lo que me uní a una caravana en la que hice numerosos amigos.

En esa caravana también estaban dos hombres que poseían el caballo blanco más hermoso y tan rápido como el viento y que me contaron que acudían a Nínive porque allí había un hombre que poseía un caballo que jamás había sido superado en ninguna carrera.

Su propietario estaba dispuesto a apostar cualquier cantidad, por muy elevada que fuera, a que su caballo podía superar a cualquier otro caballo en toda Babilonia, pero lo que no sabía es que el caballo que poseían ellos era capaz de dejar al del hombre de Babilonia a la altura de un pobre asno, así que me ofrecieron la oportunidad de unirme a ellos en la apuesta y aquel proyecto me hizo emocionarme sin medida.

Nuestro caballo perdió y así fue como perdí gran parte de mi oro."

Arad, al escuchar esto, se rio. Nomasir, con un gesto de comprensión por la reacción espontánea de su padre, prosiguió:

"Un tiempo después descubrí que había sido víctima de un plan organizado por aquellos hombres que viajaban constantemente en busca de nuevas víctimas y que tenían por cómplice al hombre de Nínive con el que compartían las ganancias.

Fue entonces cuando comprendí que debía estarles agradecido porque caer en esta trampa, fue mi primera lección de desconfianza.

Pero muy pronto recibiría otra tan amarga o más que la primera.

En la caravana había un joven, hijo de padres ricos como yo, que se dirigía a Nínive para conseguir una situación aceptable y que al poco de llegar a la ciudad, me informó de la muerte de un rico mercader y que este hecho era muy favorable ya que había puesto a nuestro alcance su tienda, su valiosa mercancía y su clientela, por un precio muy razonable.

Me propuso ser socios a partes iguales, pero antes, él debía volver a Babilonia con el propósito de depositar su dinero en un lugar seguro y mientras tanto, me convenció para que comprara la mercancía con mi oro.

Al retrasarse su viaje a Babilonia me percaté de que resultó ser un comprador poco prudente y malgastador, así que me deshice de él, pero el negocio había empeorado y no contaba más que con unas pocas mercancías invendibles y ya no tenía más oro para comprar otras, por lo que tuve que malvender lo que quedaba a un israelita por un precio casi regalado.

Los días siguientes fueron muy amargos. Busqué trabajo sin resultado alguno,

ya que no contaba con ningún oficio ni profesión que me permitieran ganar dinero.

Me vi obligado a vender mis caballos, mi esclavo e incluso, mis ropas de recambio para poder comprar algo que comer y tener un lugar donde dormir, pero el hambre cada vez era más acuciante.

No sabes cuánto recordé vuestra confianza en mí durante aquellos días de miseria, padre y eso me dio fuerzas para cumplir el cometido que me habíais encomendado, convertirme en un hombre, y estaba decidido a conseguirlo sí o sí.

La madre de Nomasir, al oír esta confesión de su hijo, ocultó su rostro y lloró tiernamente, mientras su hijo proseguía con su historia:

En aquel momento me acordé de la tablilla que me habíais dado y en la que estaban grabadas las cinco leyes del oro. La leí con mucha atención y comprendí que si hubiera buscado la sabiduría primero, habría conservado todo mi oro.

Una vez fui consciente de ello, memoricé las leyes y decidí dejarme guiar por la sabiduría de la edad y no por una juventud inexperta, cuando la diosa de la fortuna me volviera a sonreír.

Seguramente, todos los que están aquí sentados se están preguntando cuáles son esas palabras de sabiduría que mi padre hizo grabar en la tablilla de arcilla que me dio hace diez años, así que si me lo permites, se las voy a leer para que obtengan beneficio de ellas."

Arkad asintió solemnemente y Nomasir comenzó a leer:

LAS CINCO LEYES DE ORO

I. El oro acude siempre en cantidades importantes y fácilmente al hombre que reserva como mínimo de una décima parte de sus ganancias para crear un bien en previsión de su futuro y el de su familia.

II. El oro trabaja con diligencia y de forma rentable para el poseedor que sabiamente le encuentra un uso provechoso. Esto hace que se multiplique como los rebaños en los campos.

III. El oro permanece bajo la protección del poseedor prudente que lo invierte siguiendo los consejos de hombres sabios.

IV. El oro escapa rápidamente del hombre que invierte sin ningún fin, en empresas que no le son familiares o que no aprueban aquellos que conocen la forma de utilizar el oro.

V. El oro huye de todo aquel que lo fuerza en ganancias imposibles y sigue el seductor consejo de defraudadores y estafadores debido a su propia inexperiencia y sus románticas intenciones de inversión.

Éstas son las cinco leyes del oro tal como mi padre las escribió y que, sin lugar a dudas, son mucho más valiosas que el mismo oro y esto, que parece una loca afirmación, queda demostrado con mi historia.

Ya os he hablado de la pobreza y desesperación en las que me veía por culpa de mi inexperiencia, sin embargo, y como no hay mal que cien años dure, mis desventuras terminaron cuando encontré el empleo de capataz de un grupo de esclavos en la construcción de la nueva muralla que iba a rodear la ciudad.

Al ser conocedor en aquel momento de la primera ley del oro, aproveché esta oportunidad y reservé una pieza de cobre de mis primeras ganancias, sumándole otra siempre que me era posible hasta que lograra conseguir una moneda de plata.

Era un proceso lento debido a que tenía que satisfacer mis necesidades y admito que gastaba con moderación, ya que tenía la más firme intención de ganar tanto oro como me habíais dado, antes de que transcurriesen los diez años.

Un día, el jefe de los esclavos, del cual me había hecho bastante amigo, me dijo:

"Veo que eres un joven ahorrador que no gasta a diestro y siniestro todo lo que gana, lo que me lleva a pensar que tienes oro reservado que no produce. ¿Es así?"

"Sí, le contesté. Mi mayor deseo es acumular oro para reemplazar así el que mi padre me dio y que por mi inexperiencia perdí."

"Es una ambición muy noble, pero veo que desconoces que todo ese oro que has ahorrado puede trabajar por ti y hacerte ganar todavía más oro."

"nada me gustaría más que ver cómo mi propio oro se multiplica por sí mismo, pero debido a que la experiencia de ver que todo el oro de mi padre ha desaparecido ha sido tan dura, tengo miedo de que me suceda ahora lo mismo con el mío."

"No temas y por favor te pido que confíes en mí, te quiero dar un provechoso consejo sobre cómo utilizar tu oro.

Verás, como bien sabes, en un año estará terminada la muralla que rodeará la ciudad y dado que las grandes puertas centrales destinadas a proteger la ciudad de los enemigos del rey van a ser de bronce y que en todo Nínive no hay metal suficiente para fabricarlas y ni el mismo rey ha pensado en cómo conseguirlo, tengo un plan:

Varios de nosotros vamos a reunir nuestro oro para enviar una caravana a las lejanas minas de cobre y de estaño con la misión de traer a Nínive el metal necesario para fabricar las puertas y así, cuando el rey ordene que se hagan las puertas, seremos los únicos capaces de proporcionar el metal necesario y podremos pedir un buen precio por él.

Puede que estés dudando del plan porque cabe la posibilidad de que el rey no nos compre, pero no te preocupes, está todo previsto. En ese hipotético y poco probable caso, siempre podremos revender el metal a un precio razonable."

"Debo deciros que ahora sí que reconocí una oportunidad en esta oferta y por lo tanto, decidí ser fiel a la tercera ley e invertí mis ahorros siguiendo el consejo de hombres sabios.

Por supuesto, no sufrí decepción alguna... El negocio fue un éxito y gracias a ello, mi cantidad de oro aumentó considerablemente.

Con el tiempo me aceptaron como miembro del mismo grupo de inversores para otras empresas y eso fue una gran noticia para mí, ya que aquellos hombres eran sabios a la hora de administrar provechosamente su oro debido a que estudiaban cuidadosamente todos los planes antes de ejecutarlos y evitaban arriesgar perder estancar su capital en inversiones que les permitieran recuperar el oro.

Acciones insensatas como la de la carrera de caballos y mi asociación poco rentable de las que fui protagonista por culpa de mi inexperiencia, no habrían merecido ni siquiera su consideración porque habrían detectado inmediatamente los peligros de esas empresas.

Gracias a mi asociación con aquellos hombres, aprendí a invertir mi oro para que me produjera beneficios sin ponerlo en riesgo en ningún momento y así logré que con el paso de los años, mi tesoro aumentara cada vez más deprisa, logrando recuperar lo que había perdido e incluso, ganando mucho más.

El oro no acude a aquel que no conoce las cinco leyes del oro y lo gasta rápidamente.

Pero en cambio, acude y trabaja como un fiel esclavo para aquel que sigue las cinco leyes, tal y como he podido comprobar a lo largo de todas mis desgracias, mis intentos y mis éxitos, en los que he puesto a prueba una y otra vez la sabiduría de las cinco leyes del oro y os puedo asegurar que éstas se han revelado justas en cada ocasión."

Nomasir dejó de hablar e hizo una señal a un esclavo que se encontraba al fondo de la sala para que trajese tres pesados sacos de cuero. Nomasir tomó uno de ellos y lo colocó frente a su padre diciéndole:

"Me habíais dado un saco de oro de Babilonia y yo os devuelvo un saco del mismo peso de oro de Nínive. Estaréis de acuerdo en que es un intercambio justo.

También me habíais dado una tablilla de arcilla con sabiduría grabada en ella y a cambio, os traigo estos dos sacos de oro.

Esto es para demostraros, padre, que considero que es infinitamente más valiosa vuestra sabiduría que vuestro oro. Sin sabiduría, los que poseen oro lo pierden rápidamente, pero gracias a la sabiduría, aquellos pueden conseguirlo de nuevo, tal y como demuestran estos tres sacos.

Es una gran satisfacción para mí poder estar frente a vos y deciros que he podido llegar a ser rico y respetado por los hombres gracias a vuestra sabiduría."

Arkad colocó su mano con gran afecto sobre la cabeza de Nomasir y le dijo:

"Has aprendido bien la lección y me considero un hombre muy afortunado por poderte confiar mi riqueza."

Kalabab terminó de contar la historia y callado, observó a sus oyentes con aire

crítico y tras una pausa les dijo:

– ¿Qué pensáis de la historia de Nomasir? ¿quién de entre todos vosotros se ve capacitado para acudir a su padre o a su suegro y contarle que ha administrado bien sus ingresos?

¿Qué pensarían de vosotros si les dijerais: "He viajado, aprendido, trabajado y ganado mucho pero tengo poco oro debido a que he gastado parte de él con sabiduría, otra parte alocadamente y también he perdido imprudentemente otra"?

¿Aún seguís pensando que la suerte es la responsable de que algunos hombres posean mucho oro y otros no? Si es así, os equivocáis porque los hombres tienen mucho oro cuando conocen y respetan las cinco leyes del oro.

Gracias al hecho de haberlas aprendido en mi juventud y por supuesto gracias a haberlas seguido, me he convertido en un mercader rico, no por una extraña magia.

Tened muy claro que la riqueza que rápidamente se adquiere, también desaparece rápidamente.

En cambio, la riqueza que permanece para proporcionar alegría y satisfacción a su poseedor, es la que aumenta de forma gradual porque proviene del conocimiento y la determinación.

El hombre prudente no le da importancia al hecho de adquirir bienes, ya que sabe que transportar esa carga con inteligencia año tras año, le permite llegar a su objetivo final.

Aquellos que respetan las cinco leyes del oro, siempre se ven recompensados ricamente.

Cada una de las cinco leyes es rica en significado y por si no habéis comprendido su sentido durante mi relato, voy a repetíroslas ahora porque me las sé de memoria, ya que cuando era joven me di cuenta de su valor y no paré hasta lograr memorizarlas.

La primera ley del oro

El oro acude siempre en cantidades importantes y fácilmente al hombre que reserva como mínimo de una décima parte de sus ganancias para crear un bien en previsión de su futuro y el de su familia por si llegara el caso de que Dios le volviera a llamar.

Esta ley dice que el oro acude libremente a un hombre así y os aseguro que es así, tal y como he podido confirmarlo a lo largo de mi propia vida. Cuanto más oro acumulo, más oro acude a mí rápidamente y en grandes cantidades.

Así mismo, tengo muy claro que todo el oro que ahorro me proporciona más y estas ganancias me proporcionan otras ganancias.

Si seguís esta ley, tened por seguro que, al igual que mi oro crece, también lo hará el vuestro.

Así funciona la primera ley.

La segunda ley del oro

El oro trabaja con diligencia y de forma rentable para el poseedor que sabiamente le encuentra un uso provechoso. Esto hace que se multiplique como los rebaños en los campos.

El oro es un trabajador voluntarioso que siempre está impaciente por multiplicarse cuando se presenta la oportunidad y tened por seguro que a todos los hombres que tienen oro reservado, se les presenta una oportunidad que aprovecharán para que, con los años, el oro se multiplique de manera sorprendente.

La tercera ley del oro

El oro permanece bajo la protección del poseedor prudente que lo invierte siguiendo los consejos de hombres sabios.

El oro se aferra al poseedor prudente y aunque sea despreocupado, si busca la opinión de hombres sabios en la forma de negociar con oro, aprenderá rápidamente a no arriesgar su tesoro, a preservarlo y lo verá aumentar con satisfacción.

La cuarta ley del oro

El oro escapa rápidamente del hombre que invierte sin ningún fin, en empresas que no le son familiares o que no aprueban aquellos que conocen la forma de utilizar el oro.

Para aquel que tiene oro pero es inexperto en los negocios, muchas inversiones parecen provechosas, pero estas inversiones comportan un riesgo y aquellos hombres sabios que las estudian, demuestran rápidamente que son muy poco rentables.

Así pues, aquel poseedor de oro inexperto que invierte en una empresa con la que no está familiarizado fiándose de su propio juicio, descubre a menudo que su juicio es incorrecto pagando su inexperiencia con parte de su oro.

Por lo tanto, memorizad siempre que el hombre sabio es aquel que invierte sus tesoros siguiendo los consejos de los hombres expertos en el arte de administrar el oro.

La quinta ley del oro

El oro huye de todo aquel que lo fuerza en ganancias imposibles y sigue el seductor consejo de defraudadores y estafadores debido a su propia inexperiencia y sus románticas intenciones de inversión.

El nuevo poseedor de oro siempre se topará con proposiciones extravagantes que le darán la impresión de que le proporcionarán poderes mágicos a su oro y lo harán capaz de conseguir ganancias imposibles.

Si se os presenta ese momento, desconfiad y escuchad a los hombres sabios que conocen bien las trampas que se esconden detrás de cada plan que propone lograr riqueza de forma repentina.

Tened siempre en mente a los hombres ricos de Nínive, que no se arriesgaban a perder su capital ni a estancarlo en inversiones no rentables e intentad seguir su ejemplo.

Aquí termina mi historia de las cinco leyes del oro y consideraos afortunados, pues al contárosla, os he revelado los secretos de mi propio éxito.

Sin embargo, no se trata de conocer secretos, sino de grandes verdades que todos los hombres deben aprender primero y seguir después, para escapar de la multitud que se preocupa todos los días por lograr su ración de pan.

Mañana, cuando entremos en Babilonia, cada uno de vosotros tendrá oro, el oro que os habéis ganado con vuestros fieles servicios y quiero que meditéis bien qué podréis decir de este oro dentro de diez años contando desde esta noche.

Algunos de vosotros utilizaréis una parte de ese oro para comenzar a acumular bienes, como Nomasir, y guiados por la sabiduría de Arkad, no me cabe la menor duda de que dentro de diez años seréis ricos y respetados por los hombres.

Nuestros actos sabios nos acompañan a lo largo de toda la vida para servirnos y ayudarnos, del mismo modo que nos persiguen nuestros actos imprudentes para atormentarnos.

Los primeros de los tormentos que nos persiguen son los recuerdos de oportunidades que se nos presentaron pero que no aprovechamos.

Los tesoros de Babilonia son tan importantes que ningún hombre es capaz de calcular su valor en piezas de oro y como los tesoros de todos los países, constituyen una recompensa que todos los años adquiere mayor valor.

Es esa rica recompensa la que espera a los hombres resueltos y decididos a conseguir la parte que merecen.

La fuerza de vuestros propios deseos tiene un poder mágico que debéis guiar gracias al conocimiento de las cinco leyes del oro.

Si hacéis esto, tendréis vuestra parte de los tesoros de Babilonia.

CAPÍTULO VI. EL PRESTAMISTA DE ORO DE BABILONIA

– ¡Cincuenta monedas de oro! – Decía el fabricante de lanzas de la vieja Babilonia mientras volvía caminando feliz por el camino real del palacio. La verdad es que nunca había llevado tanto oro en su bolsa de cuero.

El tintineo del oro en la bolsa que colgaba de su cinturón cada vez que daba un paso era la música más dulce que jamás había oído.

Le costaba creer en su buena suerte. ¡Cuánto poder había en esas piezas que tintineaban!

Con ellas podría obtener todo lo que quisiera: una casa enorme, tierras, un rebaño, camellos, caballos, carros...

Aquella noche, mientras caminaba hacia casa de su hermana, no podía pensar en otra cosa más que en esas pesadas y brillantes monedas que ahora eran suyas.

Días más tarde, Rodan entró perplejo en la tienda de Maton, prestamista de oro y mercader de joyas y de telas exóticas y sin prestar atención a los atractivos artículos, ingeniosamente dispuestos a ambos lados, cruzó la tienda en dirección a las habitaciones de la parte posterior.

Allí encontró a Maton tendido en una alfombra y saboreando la comida que le había servido su esclavo negro.

– Me gustaría pediros consejo porque no sé qué hacer.

Maton le sonrió y le saludó con afabilidad.

– ¿Qué necedad habrás cometido para pedir los favores del prestamista de oro? ¿Quizá mala suerte en el juego? ¿o te ha desplumado alguna mujer hábilmente? Desde que te conozco, nunca me has solicitado ayuda para resolver tus problemas.

No, no, nada de eso. He venido porque espero que me des un sabio consejo.

– Nadie viene a ver al prestamista de oro para pedir consejo. Mis oídos me están jugando una mala pasada.

– Oyen correctamente.

– ¿Cómo es posible, si Rodan, el fabricante de lanzas, es más astuto que nadie? – Por eso visita a Maton para pedirle consejo.

Hay muchos hombres que vienen a pedirme oro para pagar sus caprichos, pero no quieren mis consejos. Pero ¿quién mejor que el prestamista para aconsejar a los que acuden a él?

Cenarás conmigo esta noche, Rodan – continuó diciendo– .Hoy serás mi invitado.

¡Ando! – Ordenó a su esclavo negro– extiende una alfombra y trae mucha

comida y el mejor vino para que se complazca en beber mi amigo Rodan, el fabricante de lanzas, que ha venido para que le aconseje y por eso, hoy será mi invitado de honor.

Ahora, dime qué es lo que te preocupa.

– Se trata del regalo del rey.

– ¿Qué clase de regalo te ha hecho? ¿un regalo que te causa problemas?

– Le gustó mucho el diseño de las nuevas lanzas de la guardia real y me dio cincuenta monedas de oro y por eso ahora estoy tan apurado.

A cualquier hora del día me acosan las personas que quieren compartirlas conmigo.

– Es natural, muchos hombres que quieren tener más oro del que tienen y que aquellos que lo obtienen fácilmente, lo compartan con ellos. Pero ¿no eres lo bastante fuerte como para defenderte y decirles que no?

– Hay muchos días en los que puedo hacerlo pero otras veces es más fácil decir que sí. ¿Puede alguien negarse a compartir este dinero con su hermana?

– Seguramente no es porque tu hermana quiera privarte de la alegría de tu recompensa, sino por amor a su marido Araman, a quien desea ver convertido en un rico mercader.

– Cree que nunca ha tenido suerte y por eso quiere que le preste el oro, para que pueda convertirse en un próspero mercader y después devolverme el dinero con los beneficios.

– Amigo mío – prosiguió Maton– . Este asunto es muy interesante. El oro otorga a quien lo posee una gran responsabilidad, cambia su posición social frente a los demás y le despierta el temor a perderlo o a ser engañado.

Es cierto que produce sensación de poder y permite hacer el bien. Pero, en otras ocasiones, las buenas intenciones pueden causar problemas.

¿Has oído hablar alguna vez del granjero de Nínive que era capaz de entender el lenguaje de los animales?

Te la voy a contar para que aprendas que en el hecho de tomar prestado o de prestar, tal y como yo hago, hay algo más que el paso del oro de una mano a otra.

El granjero entendía lo que decían los animales entre ellos y todas las noches se paraba para escuchar lo que hablaban.

Una noche oyó que el buey se quejaba al asno por la dureza de su destino:

"Arrastro el arado desde la mañana hasta la noche sin importar que haga calor, que esté cansado o que la yunta me irrite el cuello. En cambio, tú eres una criatura hecha para el ocio. Te decoran con una manta de colores y no tienes tarea más que llevar a nuestro amo adonde desee ir y cuando no va a ninguna parte, descansas y paseas durante todo el día."

El asno, a pesar de sus peligrosos cascos, era bueno y como simpatizaba con el buey, le dijo:

"Amigo mío, trabajas demasiado y como quiero aliviar tu suerte, voy a contarte cómo tener un día de descanso. Cuando venga por la mañana a buscarte el esclavo para la labranza, tiéndete en el suelo y empieza a mugir sin cesar para que piense que estás enfermo y no puedes trabajar."

El buey siguió el consejo del asno a la mañana siguiente. El esclavo, al verlo, se dirigió a la granja y le dijo al granjero que el buey estaba enfermo y no podía arrastrar el arado.

– En este caso – dijo el granjero– unce al asno porque hay que labrar la tierra de todas maneras."

El asno que solamente había querido ayudar a su amigo, tuvo que hacer el trabajo del buey durante todo el día y cuando lo desengancharon del arado por la noche, tenía el corazón afligido, las piernas cansadas y le dolía el cuello porque la yunta se lo había irritado.

El granjero se acercó al corral para escuchar…

El buey dijo:

"Eres un buen amigo y gracias al sabio consejo que me diste, he disfrutado de un día de descanso."

"En cambio yo, replicó el asno, por ser un corazón compasivo, he empezado por ayudar a un amigo y he terminado haciendo tu trabajo. A partir de ahora, tú arrastrarás tu propio arado si quieres seguir vivo, porque he oído que el amo decía al esclavo que si todavía seguías enfermo, buscará al carnicero y espero que lo haga porque eres un compañero perezoso."

Nunca más se hablaron. Allí terminó su amistad.

Rodan, ¿cuál crees que es la moraleja de esta fábula?

– Es una buena fábula – respondió Rodan– pero no veo la moraleja.

– No pensaba que fueras a descubrirla. Pero hay una y es muy simple: ayuda a tu amigo de forma que luego no recaigan sus responsabilidades sobre ti.

– No se me había ocurrido esa sabia moraleja. Así es, no deseo cargar con las responsabilidades de mi hermana y su marido. Tú que prestas dinero a tanta gente, dime, ¿acaso los que te piden dinero no te lo devuelven?

Maton sonrió y dijo:

– ¿Acaso sería un buen préstamo si no me lo devolvieran? Un prestamista tiene que ser lo suficientemente listo para juzgar con precaución si el oro que presta será de utilidad para el que lo pide prestado y por supuesto, si después le será devuelto o se desperdiciará inútilmente dejando al que lo ha pedido con una deuda que nunca podrá devolver.

Voy a enseñarte las monedas que tengo en mi cofre y dejaré que te cuenten algunas historias.

Llevó a la habitación un cofre largo, cubierto con piel de cerdo roja y adornado con figuritas de bronce, lo dejó en el suelo y se agachó ante de él, puso las manos sobre la tapa y dijo:

– Exijo una garantía a cada persona a quien presto dinero y la dejo en este cofre hasta que me devuelven el dinero, es entonces y solo entonces, cuando se la devuelvo. Si no lo hacen, este depósito me recordará por siempre a aquel que me traicionó.

El cofre me demuestra que es más seguro prestar dinero a aquellos cuyas posesiones tienen más valor que el oro que desean que les preste.

Algunos tienen tierras, joyas, camellos u otros objetos que se pueden vender como pago del préstamo.

Otros me dan prendas que tienen más valor que el préstamo o prometen entregarme una parte de sus propiedades como pago, si no lo devuelven.

Gracias a esta clase de préstamos, me aseguro de que me devolverán el oro con intereses, ya que baso el préstamo en el valor de las propiedades.

Hay otras personas que piden dinero prestado y que pueden ganar dinero como tú, trabajan o sirven y se les paga.

Estos cuentan con ingresos, son honestos y no tienen mala suerte y por eso les presto, porque sé que pueden devolverme el oro que les presto y los intereses a los que tengo derecho.

Estos préstamos se basan en el esfuerzo humano.

Para los que no poseen propiedades ni tampoco ganan dinero, la vida es dura y siempre habrá gente que no podrá adaptarse. A esos, no les presto a menos que buenos amigos del que me ha pedido el dinero me garantizaran su devolución o de lo contrario, mi cofre podría reprocharme más tarde que les prestara aunque fuese menos de un céntimo,

Maton abrió la tapa y Rodan se acercó a mirar con curiosidad.

Había un collar de bronce y Maton tomó la joya y la acarició con cariño.

– Esta prenda siempre estará en mi cofre porque su propietario está muerto. La conservo cuidadosamente y me acuerdo mucho de él porque era un buen amigo. Hicimos muy buenos negocios juntos hasta que trajo a una deslumbrante mujer del Este con la que se casó y malgastó todo su oro para colmar todos sus deseos.

Cuando ya no le quedaba más oro, acudió a mí y le aconsejé. Le dije que le ayudaría una vez más a dirigir sus negocios y me juró que retomaría las riendas de sus asuntos. Pero eso no ocurrió.

Durante una pelea, aquella mujer le hundió un cuchillo en el corazón, del mismo modo que él le había desafiado a que hiciera.

– ¿Y ella...? – Preguntó Rodan.

– Sí, este collar era suyo.

Maton cogió una bella tela color escarlata del interior del cofre.

– Se lanzó al Éufrates presa de amargos remordimientos. Nunca me devolverán estos dos préstamos.

Rodan, el cofre te explica que los que son muy apasionados, constituyen un gran riesgo para el prestamista de oro.

Te voy a contar otra historia...

Maton buscó un anillo esculpido hecho con hueso de buey y le dijo a Rodan:

– Esta joya pertenece a un granjero que vio cómo los saltamontes devastaron sus cosechas y le ayudé a solucionar su situación que era tan grave que incluso, sus trabajadores no tenían nada que comer. Así que le presté el dinero y a la cosecha siguiente, me lo devolvió.

Más tarde, me volvió a visitar para decirme que un viajante le había hablado acerca de la existencia en unas tierras lejanas de unas extrañas cabras que tenían el pelo tan suave y fino que iban a permitir a sus mujeres tejer las alfombras más bellas que se hayan visto en Babilonia.

El problema es que no tenía dinero para hacerse con ese rebaño, así que le presté el oro necesario para el viaje y la compra de las cabras.

Ahora que ya tiene su rebaño y sus mujeres han empezado a tejer las alfombras, voy a comprarlas y el año que viene, sorprenderé a los amos de Babilonia con las alfombras más caras que jamás hayan podido comprar.

Sé que muy pronto le devolveré el anillo, ya que no deja de insistir en devolverme el dinero rápidamente.

– ¿De verdad que hay personas que piden dinero prestado para hacer esto? – Preguntó Rodan sorprendido.

– Así es, si me piden dinero para hacer negocios que les harán ganar más y lo intuyo, acepto prestárselo, pero si lo hacen para pagarse sus caprichos, debo ser prudente si quiero recobrar mi oro, así que te advierto que tú también lo seas.

– Cuéntame la historia de este brazalete de oro – pidió Rodan mientras lo tomaba con sus manos.

– Veo que te interesan las mujeres, ¿eh? – Bromeó Maton.

– Ten en cuenta que soy bastante más joven que tú – replicó Rodan.

– Está bien, te la contaré, pero creo que esta vez te imaginas una propietaria que no es lo que piensas. La propietaria es gorda y arrugada y habla muchísimo, pero dice muy poco, algo que me enoja muchísimo.

Cuando hace un tiempo tenía mucho dinero, tanto ella como su hijo eran buenos clientes, pero el tiempo les trajo desgracias y como quería hacer de su hijo un mercader, un día vino y me pidió dinero para que éste se pudiera asociar con el propietario de una caravana que trocaba en una ciudad lo que compraba en otra.

El hombre demostró ser un canalla y abandonó al pobre chico mientras dormía, en una ciudad lejana sin dinero y sin amigos. Puede que cuando sea adulto me devuelva el dinero, pero por ahora no recibo ningún interés por el préstamo, tan solo palabras vanas. Eso sí, no me preocupa porque las joyas valen lo mismo o más que el préstamo que les hice.

– ¿Y esta mujer te pidió consejo sobre este préstamo?

– Ni mucho menos. Como ya pensaba, aunque sólo era fruto de su imaginación, que su hijo era uno de los hombres poderosos y ricos de Babilonia y sugerirle que no estaba en lo cierto la hubiera enfurecido, aunque yo sabía que corría un gran riesgo porque su hijo era inexperto, como ella ofrecía la garantía, no pude negarle el préstamo.

A continuación, Maton comenzó a agitar un pedazo de cuerda anudado y dijo:

– Esto pertenece a Nebatur, el comerciante de camellos. Me trae este nudo siempre que compra un rebaño que cuesta más de lo que posee y necesita que le haga un préstamo según sus necesidades.

Como confío en su juicio, sé que puedo prestarle dinero tranquilamente, ya que es un comerciante muy listo, al igual que hago con otros mercaderes de Babilonia en los que también confío porque sé que su conducta es honrada.

Me gusta ayudarles porque forman un activo en nuestra ciudad y así contribuyo a mantener vivo el comercio y que Babilonia siga siendo próspera.

Maton tomó un escarabajo esculpido en una turquesa y lo lanzó al suelo con desprecio diciendo:

– ¿Ves este insecto de Egipto? Por lo visto, a su joven dueño no le importa que recupere mi oro porque cuando se lo reclamo siempre me responde: "si la desgracia se cierne sobre mí, ¿cómo voy a devolverte el dinero? ¡Ve a reclamarles a otros! Yo ahora poco puedo hacer."

Su despreocupación es lógica porque el objeto no le pertenece a él, sino a su padre, que aunque valeroso, no es rico y empeñó sus tierras y su rebaño para ayudarle en sus empresas.

Al principio el joven tuvo éxito, pero luego, por culpa de su inexperiencia empezó a estar muy ansioso por enriquecerse y todas sus tentativas se fueron al traste.

Los jóvenes son ambiciosos y no dudan en pedir imprudentemente dinero prestado para conseguir rápidamente la riqueza y las cosas deseables que aporta.

Al ser su primera experiencia, no comprenden que una deuda no devuelta es un agujero profundo de penas y lamentos, al que descendemos rápidamente y en el que nos debatimos en vano mucho tiempo.

Pero no desaconsejo que se preste dinero. Animo a que se haga con una finalidad buena. De hecho, mi primer gran éxito como mercader fue gracias a un dinero que me habían prestado.

¿Qué debe hacer un prestamista en un caso así en el que joven ha perdido la esperanza y no se esfuerza por devolver el dinero?

Realmente no quiero despojar a su padre de sus tierras y de su ganado. No se lo merece.

– Me has contado muchas historias interesantes pero sigues sin contestar a mi pregunta. ¿Debo prestar las cincuenta monedas de oro a mi hermana y a su

marido o no? ¡Tienen muchísimo valor para mí!

– Aunque sé que tu hermana es una mujer valiente y de hecho, le tengo mucha estima, si su marido viniera a pedirme cincuenta monedas de oro, lo primero que le preguntaría es en qué las iba a emplear.

Si resulta que se quiere hacer mercader y tener una tienda de joyas y de muebles, mi siguiente pregunta sería: "¿conoces bien este oficio? ¿sabes dónde comprar barato?"

Dime, ¿crees que me podría responder a todas estas preguntas?

– No podría porque lo único que ha hecho ha sido ayudarme a fabricar lanzas y también en otras tiendas – admitió Rodan.

– Entonces mi respuesta sería que, aunque su ambición es más que encomiable, no es lógica y por lo tanto, no le prestaría dinero porque su objetivo no es sensato, ya que lo primero que tiene que hacer un mercader es aprender su oficio.

Pero supón que me dice: "Sí, ayudé mucho a los mercaderes y conozco cómo ir a Esmirna para comprar las alfombras que las mujeres tejen, a bajo precio y también conozco a varios de los hombres más ricos de Babilonia que estarían dispuestos a comprarlas y así obtendría grandes beneficios."

Entonces mi respuesta sería: "Veo que tu objetivo es sensato y que va en consonancia con tu ambición, así que si me aseguras que me las devolverás, estaré encantado de prestarte las cincuenta monedas de oro."

– Pero ¿y si te dijera que lo único que te puede asegurar es que es un hombre de honor y que te da su palabra de que te devolverá el dinero?

– Le respondería que no, dado que cada moneda de oro es muy valiosa para mí y si los ladrones le quitan el dinero de camino a Esmirna o las alfombras a la vuelta, no tendría medios para pagarme y yo perdería mi oro.

Como ves, Rodan, el oro es la mercancía del prestamista y es muy fácil prestarlo y difícil de recuperar si se presta con imprudencia.

Un prestamista prudente siempre rechaza una promesa porque la considera un riesgo y prefiere recibir una garantía para asegurarse la devolución del préstamo.

Es bueno ayudar a los que lo necesitan, a los que no tienen suerte y a los que empiezan para que prosperen y se conviertan en buenos ciudadanos, pero hay que hacerlo desde la sensatez porque si no, al igual que el asno deseoso de ayudar a su amigo el buey, cargaremos con un peso que pertenece a otro.

Sé que sigo sin contestar a tu pregunta, así que lo voy a hacer ahora: guarda tus cincuenta monedas de oro porque son la justa recompensa a tu buen trabajo y nadie puede obligarte a compartirlas si no lo deseas.

Eso sí, si decides prestarlas para que te den más oro, hazlo con precaución y en sitios distintos. Personalmente, ni me gusta el oro que duerme ni los grandes riesgos.

¿Cuántos años has trabajado como fabricante de lanzas?

– Tres años.

– ¿Y además del regalo del rey, cuánto dinero tienes ahorrado?

– Tres monedas de oro.

– Es decir, que te has privado de cosas buenas para poder ahorrar una moneda de tus ganancias por cada año que has trabajado, ¿cierto?

– Así es.

– Entonces, si te privas de las cosas buenas podrías ahorrar cincuenta monedas de oro en cincuenta años, ¿es así?

– Sería el fruto del trabajo y el ahorro de toda una vida, pero sí.

– ¿Piensas que tu hermana arriesgaría los ahorros de tus cincuenta años de trabajo para que su marido diera sus primeros pasos como mercader?

– No, visto de este modo, no creo.

– Entonces, dile que has estado tres años trabajando todos los días, de primera hora de la mañana hasta la noche, excepto en los días de ayuno y que gracias a que te has privado de muchas cosas que deseabas ardientemente, por cada año de trabajo y de abnegación, has conseguido reunir una moneda de oro.

Dile que es tu hermana predilecta y que por supuesto que deseas que su marido emprenda un negocio donde pueda prosperar mucho y por eso, estás decidido a prestarle gustosamente tus ahorros de un año entero para que tenga la oportunidad de demostrar que puede tener éxito. Pero que se lo prestarás únicamente, si puede presentarte un plan que a tu amigo Maton le parezca sensato y realizable.

Haz lo que te digo y que demuestre si tiene talento para triunfar porque si falla, no te deberá más de lo que espera devolverte algún día.

Soy prestamista de oro porque tengo más oro del que me hace falta para comerciar y por eso hago que mi excedente de oro trabaje para los demás y me aporte más oro.

Pero esto no hace que me arriesgue a perderlo porque he trabajado mucho y me he privado de muchas cosas para poder ahorrarlo, así que, a menos que la persona que venga a pedirme un préstamo merezca mi confianza y me asegure que me será devuelto no se lo voy a prestar.

Y tampoco se lo prestaré si no tengo el convencimiento claro de que los intereses de este préstamo me serán devueltos rápidamente.

Te he contado algunos de los secretos de mi cofre que te han revelado las debilidades de los hombres y su ansiedad por pedir dinero prestado aunque no siempre tengan la seguridad para devolverlo.

Te habrás dado cuenta de que a menudo estos hombres tienen la falsa esperanza de adquirir grandes ganancias si tuvieran dinero y digo falsa esperanza porque ni tienen la habilidad ni tienen la experiencia necesarias para llevar a cabo sus planes con acierto.

Rodan, ahora que posees el oro que podría producirte más oro y estás muy

cerca de convertirte en un prestamista como yo, si lo conservas, te aportará generosos intereses y se convertirá en una fuente abundante de placeres provechosa para el resto de tus días. Pero si lo dejas escapar, será una fuente constante pero de penas y lamentos que nunca olvidarás.

Ahora dime… ¿Qué es lo que más deseas para tu oro?

– Guardarlo en un lugar seguro.

– Has hablado con sensatez y te felicito porque veo que tu primer deseo es la seguridad.

¿Crees que bajo la custodia de tu cuñado estará seguro y a salvo de cualquier pérdida?

– Me temo que no porque no es prudente a la hora de guardar el oro.

– Entonces no te dejes influir por estúpidos sentimientos que te hagan confiar tu tesoro a cualquier persona. Si quieres ayudar a tu familia o a tus amigos, encuentra otros medios que no sea arriesgar tu oro pues podrías incluso perderlo. No te olvides de que el oro se les escapa rápida e inesperadamente de las manos a aquellos que no saben guardarlo, bien por extravagancia o porque dejan que los otros lo pierdan por ellos.

Ahora dime, además de la seguridad, ¿qué es lo que más deseas para tu oro?

– Que me produzca más.

– Vuelves a hablar con sensatez. Tu oro tiene que darte ganancias y aumentar su volumen y si lo prestas sabiamente, puede duplicarse antes de que te hagas viejo. Así que, si te arriesgas a perderlo, también te arriesgas a perder todo lo que te pueda reportar.

No te dejes influir por los planes fantásticos de hombres imprudentes que dicen conocer la forma de que tu oro produzca extraordinarias ganancias, ya que se tratan de planes forjados por soñadores inexpertos que no conocen las leyes seguras y fiables del comercio.

Sé conservador en cuanto a las ganancias que el oro pueda producirte y en cuanto a lo que puedes ganar y sacarás partido de tu tesoro. Es decir, no inviertas nunca el oro contra una promesa de ganancias usureras porque es ir a perderlo.

Intenta asociarte con hombres hábiles y emprende con ellos negocios cuyo éxito esté asegurado para hacer así que tu tesoro salga ganando en cantidad y en seguridad y evitarás las desgracias que sufren la mayoría de hombres a quienes Dios confía el oro. Y eso sólo lo puedes lograr con tu astucia y experiencia.

Rodan quiso agradecer a Maton su sabio consejo, pero éste no le escuchó y dijo:

– El regalo del rey te procurará mucha sabiduría que necesitarás poner en práctica si decides guardar las cincuenta monedas de oro, ya que tendrás tentaciones de invertir en muchos proyectos, te darán muchos consejos y se te presentarán muchas oportunidades de obtener grandes beneficios.

Recuerda, antes de prestar ninguna moneda de oro, asegúrate de que te será devuelta.

Si quieres más consejos, vuelve a visitarme y te los daré gustosamente.

Y ahora, antes de irte lee lo que grabé en la tapa del cofre y que se puede aplicar tanto al prestamista como al que pide el dinero prestado.

"Vale más prevenir que curar"

CAPÍTULO VII. LAS MURALLAS DE BABILONIA

Mientras el viejo Banzar, en otros tiempos guerrero feroz, hacía guardia en la pasarela que dirigía a la parte más alta de las murallas de Babilonia, valerosos soldados defendían el acceso a las murallas e intentaban preservar la seguridad de sus centenares de miles de habitantes, atemorizados por el sonido de los gritos de los hombres, los cascos de miles de caballos y los arietes golpeando las puertas de bronce.

Los lanceros preparados para impedir la entrada en la ciudad en el caso de que las puertas cedieran, no eran muy numerosos porque los ejércitos principales estaban acompañando al rey en la campaña contra los elamitas y no habían previsto ser atacados por los grandes ejércitos asirios que llegaron del Norte durante su ausencia, con lo cual, el futuro de Babilonia dependía de que las murallas soportaran el ataque.

Alrededor de Banzar se agrupaban numerosos ciudadanos que se informaban ansiosamente de la evolución de los combates y miraban aterrorizados la hilera de soldados muertos o heridos transportados o que bajaban de la pasarela.

Tras rodear la ciudad durante tres días, la batalla estaba llegando a su momento crucial porque el enemigo había concentrado sus fuerzas en aquella puerta de la muralla.

Las defensas mantenían a raya a los que intentaban escalar las paredes de la muralla, echándoles aceite hirviendo o lanceando a los que conseguían llegar arriba y los enemigos respondían a los babilonios con una lluvia de flechas que provenían de su línea de arqueros.

Banzar se encontraba muy cerca del centro de los combates y desde su posición era el primero en percibir los frenéticos del enemigo ataques.

Un comerciante de edad avanzada se le acercó:

–No podrán entrar, ¿verdad? Tengo miedo porque no hay nadie para proteger a mi anciana esposa, ya que mis hijos están acompañando a nuestro rey y no quiero que los enemigos nos roben todos nuestros bienes.

Además, ya estamos demasiado viejos para servir como esclavos y esto hará que nos muramos de hambre, así que por favor, decidme que no podrán entrar en la ciudad.

–Cálmate, buen comerciante, porque las murallas de Babilonia son sólidas y seguras, así que tanto vosotros como los ricos tesoros del rey, no tenéis nada que temer.

Eso sí, intentad permanecer cerca de la muralla para no ser alcanzados por una flecha.

El hombre se retiró más tranquilo y una mujer con un bebé en brazos ocupó su lugar:

–¿Qué noticias hay del combate? Quiero tranquilizar a mi pobre marido que está en cama con una gran fiebre producida por sus terribles heridas, pero aun así, insiste en protegerme con su armadura y su lanza, porque estoy encinta y dice que la venganza del enemigo sería terrible en el caso de que lograse entrar.

–No temáis, las altas y sólidas murallas de Babilonia os protegerán a tus hijos y a ti. ¿Escuchas esos gritos? Son de nuestros defensores cuando tiran calderos de aceite hirviendo a los que intentan escalar los muros.

–Los oigo. Como también oigo los arietes chocando contra nuestras puertas.

–Date prisa en llegar a los edificios, donde estarás más segura y dile a tu marido que esté tranquilo, porque las puertas son fuertes y resistirán el embate de los arietes y que a aquellos que escalan las murallas les espera una lanza.

Banzar se apartó para dejar vía libre a los refuerzos armados que pasaban muy cerca de él, cuando una niña le estiró del cinturón y le dijo:

–Por favor soldado, ¿estamos seguros? Tengo mucho miedo porque oigo ruidos terribles y veo hombres que sangran. ¿Qué será de mi madre, mi hermanito y el bebé?

El viejo militar cerró los ojos y mientras alzaba a la niña levantó la barbilla y le dijo:

–No tengas miedo, pequeña. Las murallas de Babilonia que hace cien años mandó construir la buena reina Semiramis os protegerán a ti, a tu madre, a tu hermanito y al bebé y a más gente como tú. Así que vuelve y diles que no tienen de qué temer.

Desde su puesto, Banzar observaba día tras día cómo los recién llegados subían a la pasarela y combatían hasta que los habían de bajar heridos o muertos y daba la misma respuesta a todos los ciudadanos atemorizados y ansiosos que querían saber si las murallas aguantarían:

–Las murallas de Babilonia os protegerán.

Durante las tres semanas y cinco días en los que continuó el ataque, Banzar se crispaba más y más al ver el lodazal de tierra y sangre en que se había convertido el suelo por el paso incesante de hombres que subían y bajaban heridos y tambaleantes, mientras que los atacantes aniquilados ante las murallas, eran transportados y enterrados por sus camaradas todas las noches.

Era un espectáculo dantesco.

La quinta noche de la última semana disminuyó el clamor y al amanecer, los ejércitos enemigos se batieron en retirada.

Un inmenso grito se alzó entre las tropas apostadas fuera y dentro de la muralla y cómo no, entre los ciudadanos.

La gente salió precipitadamente de las casas, y el sentimiento de miedo reprimido durante semanas se transformó en un grito unánime de alegría.

Una columna de humo azul se alzó en el cielo proveniente desde lo alto de la gran torre de Bel, para llevar bien lejos su mensaje de victoria.

Una vez más, las murallas de Babilonia habían repelido a un enemigo poderoso y feroz, evitando el saqueo de sus ricos tesoros y la condena a la esclavitud que habrían sufrido sus ciudadanos.

Babilonia sobrevivió durante varios siglos más porque estaba completamente protegida por sus murallas, que ilustran a la perfección las necesidades del hombre y su deseo de estar protegido.

Este deseo es inherente a la raza humana y es tan fuerte hoy en día como lo fue en la antigüedad, a pesar de que hemos imaginado planes mejores para llegar a este fin.

Hoy en día, podemos protegernos de las tragedias inesperadas que pueden surgir en cualquier momento, apostados tras los muros inexpugnables de los seguros, de las cuentas bancarias y de las inversiones fiables y no nos podemos permitir vivir sin estar protegidos de manera adecuada.

CAPÍTULO VIII. EL TRATANTE DE CAMELLOS DE BABILONIA

Cuanto más activo se vuelve nuestro cerebro y más sensibles nos volvemos al olor de los alimentos, más nos atenaza el hambre.

Así pensaba Tarkad, el hijo de Azore, que sólo había comido dos pequeños higos de la rama de una higuera que sobresalía del muro de un jardín.

Quería haber comido más, pues tenía hambre, pero los gritos de una enfadada mujer que lo echó de allí, le obligaron a tener quietos los dedos y no intentar coger alguna fruta de las cestas de las mujeres del mercado.

Hasta entonces no se había dado cuenta de la gran cantidad de comida que llegaba al mercado de Babilonia y lo bien que olía.

Tras dejar el mercado, paseó ante la posada con la esperanza de encontrar a alguien que le diera dejar una moneda de cobre con la que pedir una copiosa comida y contentar al austero dueño de la posada. Si no, sabía muy bien que no sería bienvenido.

Sin esperarlo, se encontró cara a cara con el hombre al que más deseaba evitar, Dabasir, el tratante de camellos, que era quien lo hacía sentirse más molesto de entre todos los amigos o conocidos a los que había pedido pequeñas sumas de dinero, pues no había cumplido la promesa de reembolsárselo rápidamente.

El rostro de Dabasir se iluminó al ver a Tarkad:

– ¡Hombre, justo a quien buscaba! Quizá hoy puedas devolverme las dos monedas de cobre que te dejé hace una luna.

Ah, y también la de plata que te dejé anteriormente.

¡Qué bien! Hoy mismo podré hacer uso de esas monedas, ¿o no?

Tarkad enrojeció y empezó a balbucear:

– Lo siento mucho, pero hoy no tengo las dos monedas de cobre ni la de plata que te debo.

– Seguro que puedes encontrar un par de monedas de cobre y una de plata para pagar la generosidad de un viejo amigo de tu padre que te ayudó cuando te hacía falta.

– No te puedo pagar por culpa de la mala suerte.

– ¿La mala suerte? ¿culpas a Dios de tu propia debilidad?

La mala suerte persigue a los hombres que piensan más en pedir que en dejar. Tengo hambre. Ven conmigo y, mientras como, te contaré una historia.

Tarkad se sorprendió ante la franqueza de Dabasir, pero era una invitación para entrar en un sitio donde se comía, así que aceptó.

Dabasir lo empujó hasta un rincón de la sala y se sentaron sobre unas

pequeñas alfombras.

Cuando Kauskor, el propietario, apareció sonriente, Dabasir se dirigió a él con gran familiaridad:

– Lagarto del desierto, tráeme una pierna de cabra muy hecha y con mucha salsa, pan y muchas verduras, tengo mucha hambre y necesito mucha comida y como el día es caluroso, a mi amigo tráele una jarra de agua fresca.

Tarkas se quería morir, ¡tenía que sentarse a beber agua mientras veía cómo aquel hombre devoraba una pierna entera de cabra!

Aun así, no se le ocurrió decir nada.

Dabasir, mientras tanto, sonreía y saludaba con la mano a los demás clientes, a quienes conocía.

– Según he oído de boca de un viajero que acaba de llegar de Urfa, un hombre rico de aquella ciudad coloca en las ventanas de su casa una piedra tan fina que se puede ver a través suya, para impedir que la lluvia entre. Por lo que me ha dicho, como es amarilla, al mirar a través de ella el mundo exterior le pareció extraño y diferente de lo que es en realidad. ¿Qué piensas de esto Tarkad? ¿crees que un hombre puede ver el mundo de diferente color al que tiene en realidad?

– No sabría decirlo – respondió el joven salivando por la pierna de cabra que tenía delante Dabasir.

– Pues es cierto, yo he visto con mis propios ojos el mundo de un color diferente del que en realidad tiene y la historia que te contaré relata cómo volví a verlo de nuevo de su verdadero color.

– Dabasir va a contar una historia – murmuró alguien de una mesa vecina y sin pensarlo, acercó su alfombra hacia ellos, mientras los demás comensales se agruparon en un semicírculo con su comida en la mano.

Tarkad, que era el único que no tenía comida, sufría de ver que comían ruidosamente a su oído y lo tocaban con los huesos de la carne y Dabasir no le propuso compartir con él la pierna de cabra y ni tan siquiera le ofreció el trozo de pan duro que había caído al suelo.

– La historia que te voy a contar – empezó Dabasir llevándose a la boca un buen trozo de carne– relata mi juventud y cómo llegué a ser tratante de camellos. ¿Alguno sabe que hubo un tiempo en el que fui esclavo en Asiría?

Un murmullo de sorpresa que Dabasir escuchó con satisfacción, recorrió el auditorio:

– Desde joven aprendí a fabricar sillas de montar, el oficio de mi padre, y trabajé con él en la tienda hasta que me casé.

Como era joven e inexperto, justo lo necesario para cubrir modestamente las necesidades de mi esposa y, por supuesto, estaba ansioso por obtener aquellas cosas que no me podía permitir.

Rápidamente me di cuenta de que los propietarios de las tiendas me daban crédito aunque no pudiera pagarles a tiempo, sin saber que el que gasta más

de lo que gana, siembra los vientos de la indulgencia y cosecha tempestades de problemas y humillaciones.

De este modo, sin tener el dinero necesario, sucumbí a los caprichos y me compré bellas ropas y objetos de lujo para mi esposa y nuestra casa.

Durante un tiempo fui pagando como pude y todo fue bien, pero un día descubrí que no tenía suficiente para pagar mis deudas y vivir con lo que ganaba.

Mis acreedores empezaron a perseguirme para que pagara mis extravagantes compras y mi vida se tornó miserable.

Empecé a pedir prestado a mis amigos, pero como tampoco se lo podía devolver, las cosas iban de mal en peor.

Mi mujer se volvió con su padre y yo decidí irme a otra ciudad donde pudiera tener más oportunidades.

Durante dos años tuve una vida agitada y sin éxitos, viajando con las caravanas de mercaderes, hasta que decidí formar parte de un grupo de simpáticos ladrones que recorrían el desierto en busca de caravanas no armadas.

Reconocer esto no me llena de orgullo, pero por aquel entonces no me daba cuenta de hasta qué punto me había degradado, ya que veía el mundo a través de una piedra coloreada.

En nuestro primer viaje capturamos un rico cargamento de oro, seda y mercancías de gran valor y lo derrochamos en Ginir.

La segunda vez, después de haber efectuado el robo, no tuvimos tanta suerte y fuimos atacados por los guerreros de un jefe indígena al que pagaban las caravanas para que las protegiera. Mataron a nuestros dos jefes y a los que quedamos, nos llevaron a Damasco y nos vendieron como esclavos.

Un jefe del desierto sirio me compró por dos monedas de plata y como yo era un joven despreocupado, pensaba que aquello no era más que una aventura.

Cuando mi amo me llevó ante sus cuatro mujeres como eunuco, entendí de verdad mi situación. Esos hombres del desierto eran salvajes y guerreros y yo estaba a merced de su voluntad, sin armas y sin esperanza de escapar.

Espantado por las cuatro mujeres que me examinaban, sólo me quedaba esperar alguna compasión por su parte.

Sira, la primera mujer, era más vieja que las otras y me miraba impasible, por lo que me aparté de ella sin esperar nada.

La siguiente, de una belleza despreciativa, me miraba indiferente como si fuera un gusano.

Las otras dos, más jóvenes, reían como si aquello fuese una broma divertida.

No sé cuánto tiempo estuve esperando su veredicto, pero me pareció un siglo.

Finalmente, dijo Sira con voz fría:

– Tenemos muchos eunucos, pero pocos guardianes de camellos que no

sirven para nada. He de ir hoy a ver a mi madre enferma y no tengo ningún esclavo en el que confiar para que se ocupe de mi camello. Pregunta a este esclavo si sabe conducir uno.

Entonces mi amo me preguntó qué sabía de camellos y respondí intentando disimular mi entusiasmo:

"Sé hacer que se arrodillen, cargarlos, y conducirlos durante largos viajes sin cansarme. Y puedo reparar sus arneses en caso de ser necesario."

Mi amo dijo:

"Sira, este esclavo sabe bastante, así que si lo deseas será tu camellero."

Mientras conducía a Sira en un largo viaje en camello al lado de su madre enferma, aproveché para agradecerle su intervención y decirle que no era esclavo de nacimiento sino hijo de un hombre libre, un honorable fabricante de sillas de Babilonia.

Sus comentarios me desconcertaron y me hicieron reflexionar sobre lo que me dijo:

"¿Cómo puedes llamarte hombre libre cuando tu debilidad te ha llevado a vivir esta situación? Si un hombre tiene alma de esclavo, se convertirá en uno, sin importar su cuna y si tiene alma de hombre libre, se hará respetar y honrar en su ciudad aunque no lo haya acompañado la suerte."

Durante un año fui esclavo y viví con esclavos, pero ni podía ni quería convertirme en uno de ellos.

Sira, que se percató de ello, me preguntó un día: "¿Por qué te quedas solo en tu tienda por la noche y no te juntas con los otros esclavos en agradable compañía?"

Y respondí: "Estuve pensando en lo que me dijisteis y me pregunté si tenía alma de esclavo. ¿La respuesta? Que no puedo unirme a ellos y por eso me mantengo al margen."

A lo que Sira me reveló:

"Yo también lo hago. Mi señor se casó conmigo porque yo tenía una gran dote, pero no me desea y el deseo que toda mujer tiene es sentirse deseada. Pero como soy estéril y no tengo hijos, me he de mantener al margen. Si fuera un hombre, antes de ser esclavo, preferiría la muerte pero las leyes de nuestra tribu nos hacen esclavas a las mujeres."

Y le pregunté: "¿Aún seguís pensando de mí que tengo alma de esclavo o que la tengo de hombre libre?"

"¿Quieres devolver las deudas que contrajiste en Babilonia?, me preguntó ella.

"Claro que quiero, pero no veo cómo hacerlo."

"Si dejas que los años pasen sin hacer esfuerzo alguno para devolver ese dinero es porque no te respetas a ti mismo, lo cual quiere decir que tienes alma de esclavo, porque nadie se puede respetar si no paga las deudas que ha contraído."

"¡Pero si soy esclavo en Siria! ¿Qué puedo hacer?"

"Como eres un ser débil, pues sé esclavo en Siria."

"No soy un ser débil", repliqué.

"Pruébalo."

"¿Cómo?"

"Al igual que tu rey combate a sus enemigos con todas las fuerzas que tiene y de todas las maneras que puede, debes combatir a los enemigos que te hicieron huir de Babilonia, que son las deudas que dejaste que se acumularan hasta hacerse demasiado grandes para ti.

Si las hubieras combatido como un hombre, habrías logrado vencerlas y hubieras sido honrado por las gentes de tu ciudad. Pero tu orgullo te ha abandonado y has ido de desgracia en desgracia hasta ser esclavo en Siria porque no tuviste valor para hacerlo."

Estas desagradables acusaciones me hicieron pensar y así fue como concebí diversas teorías exculpatorias para probarme a mí mismo que no era un esclavo, pero desgraciadamente, no tuve oportunidad de utilizarlas.

Tres días más tarde, la sirvienta de Sira me condujo ante ella:

"Mi madre está muy enferma de nuevo, así que unce los dos mejores camellos de mi marido, átales odres llenos de agua y carga las alforjas para un largo viaje. Acude a la tienda de cocina para que la criada te dé la comida."

Cargué los camellos y me extrañó la gran cantidad de comida que me daba la criada, pues el viaje hasta la casa de la madre de mi ama duraba menos de una jornada.

Conduje el camello de Sira mientras que la sirvienta montó en el segundo camello.

Empezaba a hacerse de noche cuando llegamos a casa de su madre y Sira tras despedir a la criada y me dijo: "Dabasir, ¿tienes alma de hombre libre o de esclavo?"

"Alma de hombre libre", respondí.

"Pues ahora es tu oportunidad de demostrarlo pues tu amo ha bebido mucho y sus hombres están embotados, así que coge los camellos y huye.

En ese saco hay vestidos de tu amo para disfrazarte y no te preocupes por mirar atrás, diré que has robado los camellos y has huido mientras visitaba a mi madre enferma."

"Tenéis alma de reina. ¡Cómo me gustaría poder haceros feliz!"

"Huir de mi marido para buscar la felicidad en tierras lejanas entre extranjeros, no es la solución, así que toma tu propio camino y que te protejan los dioses del desierto, durante la larga ruta sin comida ni agua que te espera."

No me lo tuvo que decir dos veces, se lo agradecí calurosamente y partí en medio de la noche.

No conocía aquel extraño país y tan solo tenía una pequeña idea de en qué dirección tenía que partir para llegar a Babilonia, aun así me adentré valientemente en el desierto en dirección a las colinas, montado en un camello y aviando al otro.

Viajé una noche y el día siguiente completo, sin descansar y lleno de ansiedad, ya que conocía la suerte reservada a los esclavos que roban propiedades de sus amos e intentan escapar.

Casi de noche ya, llegué a un país tan árido e inhabitable como el desierto donde no encontré hombre ni bestia alguna y que me hizo comprender con facilidad por qué evitaban aquella tierra inhóspita, mientras las piedras herían las patas de mis camellos que lentamente y con gran esfuerzo elegían la ruta.

A partir de ahí, el viaje aún se volvió más duro, pues me quedé sin agua ni comida bajo el calor despiadado del sol.

Al final del noveno día de viaje infernal, resbalé de mi montura y como estaba muy débil para volver a montar y pensé que, con toda seguridad, moriría en aquel país deshabitado, así que sin fuerzas para más, me tendí en el suelo y dormí hasta que las primeras luces del alba me despertaron.

Había un nuevo frescor en el aire de la mañana, mis camellos estaban tumbados cerca de allí y ante mí se extendía un vasto país cubierto de rocas y arena, con lo cual, nada indicaba que hubiera algo que pudieran beber o comer un hombre o un camello.

Pensé que mi fin me llegaría en aquella tranquila paz. Pero lo extraño de aquella situación era que a pesar de que tenía los labios resecos y sangrantes, la lengua áspera e inflada y el estómago vacío, ya no sentía el molesto dolor del día anterior y mi mente estaba más clara de lo que lo había estado nunca.

Y ante la inmensidad del desierto, me pregunté una vez más: ¿tengo alma de hombre libre o de esclavo? Y entonces comprendí que si tenía alma de esclavo me tumbaría en la arena y moriría, pero que si la tenía de hombre libre debería encontrar el camino hacia Babilonia, devolver el dinero a los que habían confiado en mí, hacer feliz a mi mujer y llevar la paz y la satisfacción a mis padres.

"Tus deudas son tus enemigos y te han hecho huir de Babilonia", había dicho Sira. Y era cierto, porque no me mantuve firme como un hombre y permití que mi mujer volviera con su padre.

Entonces algo extraño ocurrió. El mundo entero me pareció ser de un color diferente, como si hasta ese momento lo hubiera visto a través de una piedra coloreada que despareció en ese momento y por fin comprendí los verdaderos valores de la vida.

¿Morir en el desierto? ¡Jamás!

Y de nuevo una visión me hizo ver todas las cosas que tenía que hacer.

Primero, debía volver a Babilonia y dar la cara ante todos aquellos con los que había contraído deudas para decirles que tras años de errores y desgracias, había vuelto para pagarles tan rápido como me lo permitiera Dios.

Después, debía construir un hogar para mi mujer y convertirme en un ciudadano del que mis padres pudieran estar orgullosos.

Mis deudas son mis enemigos, pero los hombres que me han prestado dinero son mis amigos, pues han tenido confianza y han creído en mí y aunque me tambaleaba por el hambre y la sed, no me importaba pues tan solo eran obstáculos en mi camino hacia Babilonia.

Fue entonces cuando surgió en mí el alma de un hombre nuevo que iba a conquistar a sus enemigos y a recompensar a sus amigos.

Estremecido ante la idea del gran proyecto, ordené a mis camellos con voz ronca que se levantaran y estos lo hicieron con gran esfuerzo y después de varios intentos para dirigirme hacia el norte, donde algo me decía que encontraríamos Babilonia, con una conmovedora perseverancia.

Y así fue como atravesé un país fértil donde crecían la hierba y los frutales, encontré agua y hallé el camino de Babilonia, gracias a que entendí que el alma de un hombre libre mira la vida como una serie de problemas que resolver y los resuelve, mientras que el alma de un esclavo gimotea: "¿Qué puedo hacer si tan solo soy un esclavo?"

¿Y a ti, Tarkad, el estómago vacío hace que tu mente sea más clara?

¿Ya has tomado el camino que te llevará a respetarte a ti mismo?

¿Ya logras ver el mundo de su verdadero color y deseas pagar tus deudas y convertirte así en un hombre respetado en Babilonia?

Las lágrimas asomaron a los ojos del joven, que se arrodilló:

– Me has mostrado el camino y ahora sé cómo encontrar mi alma de hombre libre.

– Dabasir, ¿qué pasó cuando regresaste? – Preguntó un oyente interesado.

– Cuando se está determinado a hacer algo, se encuentran los medios y yo lo estaba, por eso me puse en marcha para encontrar los medios.

Primero visité a todos los hombres a los que les debía y les supliqué que fueran indulgentes hasta que pudiera ganar el dinero con el que les pagaría.

La mayoría me acogieron con alegría, otros me insultaron y otros más, me ofrecieron su ayuda. De hecho, uno de ellos me dio justamente la ayuda que necesitaba, era Maton, el prestamista de oro, que al enterarse de que había sido camellero en Siria, me envió a ver al viejo Nebatur, el tratante de camellos al que el rey había encargado comprar varias manadas de camellos para una gran expedición.

Con él puse en práctica mis conocimientos sobre camellos y así fue cómo, poco a poco, fui devolviendo cada moneda de cobre o plata hasta que pude caminar con la cabeza bien alta y sentirme un hombre honorable entre los hombres.

Dicho esto, Dabasir se inclinó de nuevo sobre su comida y gritó lo bastante fuerte para que le oyeran en la cocina:

– ¡Eh, Kausbor, caracol! La comida está fría. Tráeme más carne recién asada y

dale un buen trozo a Tarkad, el hijo de mi viejo amigo, que tiene hambre y hoy comerá conmigo.

Así acaba la historia de Dabasir, el tratante de camellos de la antigua Babilonia, que fue capaz de encontrar su camino en cuanto entendió una gran verdad que ya habían descubierto y aplicado los hombres sabios desde mucho antes de esa época y que ha ayudado a muchos hombres a superar las dificultades, alcanzar el éxito y seguirá haciéndolo con todos y cada uno de los que comprendan su fuerza mágica.

Cualquiera que lea estas líneas la poseerá.

"Cuando se está determinado, se encuentran los medios."

CAPÍTULO IX. LAS TABLILLAS DE BARRO DE BABILONIA

St. Swithin's College
Nottingham University
Newark-on-Trent
Nottingham

21 de octubre de 1934

Sr. Profesor Franklin Caldwell
Expedición Científica Británica
Hillah, Mesopotamia

Querido profesor:

Han llegado en el mismo barco que su carta las cinco tablillas de barro que desenterró durante sus recientes excavaciones en las ruinas de Babilonia.

He de confesarle que me han fascinado y he pasado numerosas y agradables horas traduciendo sus inscripciones.

Sé que tendría que haber contestado su carta con más celeridad, pero he esperado hasta haber completado las transcripciones adjuntas.

Las tablillas han llegado sin daño alguno gracias al excelente embalaje y al uso juicioso de sistemas de conservación y sin duda alguna, usted quedará tan asombrado de la historia que relatan, como nosotros los del laboratorio.

Uno espera que un pasado tan lejano y oscuro esté lleno de romance y aventura, algo así como Las mil y una noches, pero luego se da cuenta de que los problemas del mundo antiguo, de hace cinco mil años, no son tan diferentes de los de ahora, tal y como podrá constatar por usted mismo, una vez termine con la lectura de estos textos, que cuentan las dificultades que encontró un personaje llamado Dabasir para pagar sus deudas.

¿Sabe? Es curioso, pero como dicen mis estudiantes, estas viejas inscripciones me cogen en fuera de juego, pues como profesor de universidad que soy, se me supone una persona que piensa y que tiene conocimientos sobre la mayoría de los temas. Y ahora, un individuo salido de las polvorientas ruinas de Babilonia, llega y nos da un método para pagar las deudas al tiempo que consigues más dinero para tu cartera, que jamás había visto ni oído.

Debo decir que, dado que se trata de una idea que me gusta y que considero interesante probar si funciona igual de bien en nuestros días que en la antigua

Babilonia, tanto mi mujer como yo, proyectamos aplicarla a nuestras cuestiones económicas que, todo sea dicho, necesitan evidentes mejoras.

Le deseo la mejor de las suertes en su valerosa empresa y espero con impaciencia una nueva ocasión de ayudarlo.

Su afectísimo

Alfred H. Shrewsbury

Departamento de Arqueología

Tablilla N° 1

En esta noche de luna llena, yo, Dabasir, que acabo de salir de la esclavitud en Siria, he decidido convertirme en un hombre rico y digno del respeto en mi ciudad natal de Babilonia tras pagar todas mis deudas y por ello, grabo en el barro este informe permanente de mis negocios para que me sirva de guía y me ayude a cumplir mis mayores deseos.

Siguiendo el consejo de mi sabio amigo Maton, el prestamista de oro, me he decidido a seguir el plan preciso que permite a los hombres honorables liberarse de sus deudas y vivir en la riqueza y en el respeto a sí mismos y que incluye tres objetivos que forman parte de mi esperanza y mi deseo:

Primero, el plan me permitirá gozar de una cierta prosperidad y para ello, apartaré la décima parte de todo lo que gane y lo conservaré.

Maton habla sabiamente cuando dice:

"El hombre que guarda en su bolsa todo el oro que no necesita gastar, es bueno para con su familia y leal a su rey. El hombre que sólo tiene unas cuantas monedas de cobre en su bolsa, es insensible respecto a su familia y a su rey. Pero el hombre que no tiene nada en su bolsa, es cruel con su familia y desleal a su rey, pues su corazón es amargo."

Todo hombre que desee triunfar debe tener en su bolsa dinero y en su corazón amor para su familia y lealtad a su rey.

En segundo lugar, el plan prevé que cubra mis necesidades y las de mi mujer, que ha vuelto conmigo de casa de su padre, ya que quien cuida de su esposa tiene su corazón lleno de respeto a sí mismo y gana fuerza y determinación para sus proyectos, según dice Maton.

Por lo tanto, usaré siete décimos de lo que gane para comprar una casa, ropas, comida y otros gastos necesarios para que nuestras vidas no estén exentas de placeres y satisfacciones.

Pero según Maton me ha recomendado, no debo gastar en estos honorables conceptos más que los siete décimos de lo que gano.

El éxito del plan está en vivir con esa porción y nunca tomar o comprar más de lo que podamos pagar con ella.

Tablilla N° 2

En tercer lugar, el plan prevé que pague mis deudas con lo que gane.

Cada luna, dividiré justa y honorablemente las dos décimas partes de mis ganancias entre todos los que confiaron en mí dejándome dinero y así será hasta que llegue el momento en que todas mis deudas sean liquidadas.

Para dar fe de ello, grabo aquí el nombre de todos los hombres con los que estoy en deuda y la cantidad de lo que les debo:

Farra el tejedor, 2 monedas de plata, 6 de cobre.

Sinjar el fabricante de colchones, 1 moneda de plata.

Ahmar, mi amigo, 4 monedas de plata, 7 de cobre.

Akamir, mi amigo, 1 moneda de plata, 3 de cobre.

Diebeker, amigo de mi padre, 4 monedas de plata, 1 de cobre.

Alkahad, el dueño de la casa, 14 monedas de plata.

Maton el prestamista de oro, 9 monedas de plata.

Birejik el agricultor, 1 moneda de plata, 7 de cobre.

(A partir de aquí la placa está gastada, el texto es indescifrable)

Tablilla N° 3

Entre todos estos acreedores debo la suma total de diecinueve monedas de plata y ciento cuarenta y una de cobre.

Estas cantidades me hicieron que, en mi locura por no ver manera alguna de pagarlas, permitiera que mi mujer volviera a la casa de su padre y abandonara mi ciudad natal buscando en otro lugar un bienestar fácil, encontrando el desastre que me llevó hasta ser vendido vergonzosamente como esclavo.

Ahora que Maton me ha enseñado cómo ir devolviendo mis deudas en pequeñas cantidades que tomaré de lo que gane, comprendo hasta qué punto estaba loco al escapar de las consecuencias de mi extravagancia.

He visitado a mis acreedores para explicarles que no tenía otros recursos para pagarles, más que mi capacidad de trabajar y que mi intención era la de dedicar dos décimas partes de lo que ganara a liquidar mis deudas con ellos de modo justo y honorable.

También les he dicho que no podía pagar más que eso y que si eran pacientes, llegará un día en el que cumpla enteramente con las obligaciones contraídas con ellos.

Ahmar, a quien creía mi mejor amigo, me insultó duramente haciendo que me fuera de su casa humillado.

Bijerik el agricultor pidió ser el primero en cobrar, debido a que necesitaba ayuda.

Alkahad, el propietario de la casa, me advirtió de que de no arreglar mi cuenta con él bien pronto, tendría problemas.

Todos los demás aceptaron mi proposición gustosos y ahora estoy más decidido que nunca a pagar mis deudas, pues estoy convencido de que es más fácil pagarlas que evitarlas y aunque no pueda satisfacer las necesidades y demandas de algunos de ellos, trataré con imparcialidad a todos mis acreedores.

Tablilla N° 4

Vuelve a ser luna llena.

He trabajado duro y con la mente liberada y cuento con el apoyo de mi buena esposa en el proyecto de pagar a mis acreedores.

Gracias a nuestra sabia determinación, durante la pasada luna he ganado la suma de diecinueve monedas de plata con la compra de unos robustos camellos para Nebatur y las he repartido según el plan:

He guardado una décima parte para ahorrarla, he compartido siete décimos con mi buena esposa para nuestras necesidades y las dos décimas partes restantes, han sido divididas entre mis acreedores en monedas de cobre y de manera tan ecuánime como ha sido posible.

No he visto a Ahmar, pero le he dado las monedas de cobre a su mujer.

Bijerik estaba tan contento que me habría besado la mano.

Tan solo el viejo Alkahad ha gruñido porque quiere que le pague más rápido, a lo que he replicado que sólo podré pagarle si estoy bien alimentado y tranquilo.

Todos los demás me han dado las gracias y han alabado mis esfuerzos.

Gracias a esto, mi deuda se ha reducido en cuatro monedas de plata en tan solo una luna y ahora poseo casi dos monedas más que nadie puede reclamarme. Esto me hace sentirme más ligero de lo que he estado en mucho tiempo.

La luna llena brilla una vez más, he trabajado duro pero con escasos resultados, ya que tan solo he podido comprar unos pocos camellos y he ganado once monedas de plata.

Sin embargo, nos hemos atenido al plan y aunque no nos hayamos comprado nuevos vestidos y sólo hayamos comido un poco de sémola, he vuelto a guardar la décima parte y hemos vivido con las siete décimas.

Me he sorprendido cuando Ahmar ha alabado mi pago aunque era pequeño, al igual que Birejik.

Alkahad se ha enfadado, pero cuando le he dicho que me devolviera su parte si no la quería, la ha aceptado.

Los otros han estado contentos, como anteriormente.

Vuelve a brillar la luna llena y mi alegría es grande porque descubrí una buena

manada de camellos y compré algunos robustos, con lo que mis ganancias han sido de cuarenta y dos monedas de plata.

Esta vez nos hemos comprado sandalias y ropas que necesitábamos hace tiempo y hemos comido carne y aves.

También hemos pagado más de ocho monedas de plata a nuestros acreedores y ni tan siquiera el cascarrabias de Alkahad ha protestado.

Este plan es formidable porque además de que nos libera de las deudas, nos permite crear un tesoro que es sólo nuestro.

Ya hace tres lunas que empecé a grabar esta tablilla y en cada una de ellas me he quedado con una décima parte de lo que había ganado, mi buena esposa y yo hemos vivido con las siete décimas partes e incluso, he pagado a mis acreedores las dos décimas partes.

Ahora guardo en mi bolsa veintiuna monedas de plata que son mías y eso me permite andar con la cabeza alta y con orgullo junto a mis amigos.

Mi mujer puede cuidar bien de la casa, va bien vestida y somos felices de vivir juntos.

Este plan tiene un inmenso valor porque ha hecho de un antiguo esclavo un hombre honorable.

Tablilla N° 5

Brilla de nuevo la luna llena y ya hace doce lunas que grabé mi primera tablilla, pero no por eso desatenderé el informe, ya que hoy mismo he pagado mi última deuda.

Hoy es el día en que mi buena esposa y yo festejamos el triunfo de nuestra determinación.

Durante mi última visita a mis acreedores han ocurrido algunas cosas que recordaré durante mucho tiempo:

Ahmar me suplicó que perdonara sus feas palabras y me dijo que deseaba especialmente mi amistad.

El viejo Alkahad no es tan malo pues me dijo: "Antes eras como un trozo de barro blando que podía ser apretado y moldeado por cualquier mano, pero ahora eres como una moneda de cobre que se puede sostener sobre su canto. Cuando necesites plata u oro, no dudes en venir a verme."

Pero lo mejor es que no es el único que me respeta, muchos otros me hablan con deferencia y mi buena mujer me mira con un brillo en los ojos que hace que me sienta confiado.

Pero no he sido yo, sino el plan el que me ha dado el éxito, ya que me ha hecho ser capaz de devolver el dinero de mis deudas y ha hecho tintinear el oro y la plata en mi bolsa. Es por ello por lo que lo recomiendo a todos aquellos que quieran prosperar, pues si ha conseguido que un esclavo pagara sus

deudas, ¿por qué no ayudará a un hombre a encontrar su libertad?

Tanto es así que he decidido, junto con mi esposa, no abandonarlo pues estoy convencido de que si lo sigo llevando a cabo, me hará un hombre rico entre los hombres.

St. Swithin's College
Nottingham University
Newark-on-Trent
Nottingham
7 de noviembre de 1936

Sr. Profesor Franklin Caldwell
Expedición Científica Británica
Hillah, Mesopotamia

Querido profesor:

Si en sus próximas excavaciones en las ruinas de Babilonia encuentra el fantasma de un viejo tratante de camellos llamado Dabasir, hágame un favor: dígale que aquello que escribió en unas tablillas de barro hace ya mucho tiempo, le han valido la gratitud eterna de ciertas personas de una facultad de Inglaterra.

Seguramente recordará mi carta de hace un año, en la que le decía que mi mujer y yo teníamos la firme intención de seguir su plan para liberarnos de nuestras deudas y al mismo tiempo, tener algo de dinero en nuestros bolsillos.

Como habrá adivinado, estas deudas nos avergonzaban desesperadamente por mucho que las intentáramos esconder a nuestros amigos.

Desde hacía años estábamos terriblemente humillados por ciertas deudas e intranquilos hasta la enfermedad, por miedo a que algún comerciante desatara un escándalo tal que nos obligase a dejar la facultad.

Gastábamos cada chelín de nuestros ingresos, apenas suficientes para mantenernos a flote y nos veíamos obligados a comprar donde nos dieran crédito, sin importarnos si los precios eran más elevados.

La situación fue entrando en un círculo vicioso que lejos de mejorar, se agravó cada vez más. Nuestros esfuerzos se tornaron desesperados y no podíamos mudarnos a un sitio más barato porque debíamos alquileres al propietario. Así que todo indicaba que no podríamos hacer nada para mejorar nuestra situación.

Fue entonces, cuando apareció su nuevo amigo, el viejo tratante de camellos de Babilonia, con un plan capaz de realizar justo lo que nosotros deseábamos cumplir y nos animó amablemente a seguir su sistema.

Hicimos una lista de todas las deudas que teníamos y se la mostré a todos nuestros acreedores.

Les expliqué que, tal como iban las cosas, era imposible que les pagara, tal y como ellos mismos podían constatar mirando los números. Entonces les dije que la única manera que veía de poderles pagar todo, era apartando el veinte

por ciento de mis ingresos mensuales y dividiéndolo equitativamente entre ellos para, de este modo, devolverles lo que les debía en algo más de dos años.

Durante este intervalo todas nuestras compras las haremos al contado.

Todos fueron verdaderamente correctos.

Nuestro tendero, un viejo razonable, aceptó esta manera de pagarle la deuda, ya que según nos dijo: "si pagan al contado todo lo que compran y van pagando lo que me deben poco a poco, es mejor que si no me pagan nada." Pues no le habíamos pagado desde hacía tres años.

Finalmente, guardé en lugar seguro una lista con sus nombres y una carta en la que, de mutuo acuerdo, les pedía que no nos importunaran mientras fuéramos desembolsando el veinte por ciento de nuestros ingresos y comenzamos a trazar planes para idear cómo vivir con el setenta por ciento de lo que ganábamos.

Y además de todo esto, estábamos decididos a ahorrar el diez por ciento restante para hacerlo tintinear en nuestras bolsas. La idea de la plata y posiblemente la del oro, eran de las más seductoras.

Este cambio en nuestra vida fue toda una aventura.

Aprendimos a disfrutar calculando y evaluando cómo vivir cómodamente con el setenta por ciento que nos quedaba.

Empezamos por el alquiler y nos las arreglamos para obtener una buena reducción.

Después examinamos nuestras marcas favoritas de té y otros productos y quedamos sorprendidos de ver que podíamos encontrar mejor calidad a más bajo precio.

Es demasiado largo para contarlo por carta pero, de todos modos, no ha resultado ser tan difícil.

Nos acomodamos a esta nueva situación con el mejor de los humores y el alivio de comprobar que nuestros asuntos económicos ya no se encontraban en un estado que nos hiciera sufrir por las viejas cuentas impagadas.

No obstante, hablando del diez por ciento que estábamos obligados a hacer sonar en nuestras bolsas, sólo lo hicimos sonar durante un cierto tiempo, no demasiado.

¿Sabe? Esa es la parte divertida.

Es fantástico comenzar a acumular dinero que uno no quiere gastar, se siente más placer gestionando una cantidad así que gastándola.

Pero después de haberla hecho sonar para nuestro disfrute, le encontramos una utilidad más provechosa: elegimos un plan de inversiones que podíamos pagar con este diez por ciento todos los meses.

Esta decisión se ha manifestado como la más satisfactoria de nuestra regeneración y es la primera cosa que pagamos con mi nómina.

Saber que nuestros ahorros crecen sin cesar de aquí hasta que se acabe mi

carrera académica, es un sentimiento de lo más satisfactorio y más sabiendo que estos ahorros deberán constituir una suma suficiente para que sus rentas nos basten a partir de ese momento.

Y todo con el mismo salario.

Difícil de creer pero cierto, pagamos nuestras deudas gradualmente al mismo tiempo que nuestros ahorros aumentan. Además, ahora nos arreglamos mejor que antes en el campo económico. ¿Quién habría dicho que había tanta diferencia entre seguir un plan y dejarse llevar?

A finales del año que viene, cuando hayamos pagado todas nuestras facturas, podremos invertir más y ahorrar para poder viajar.

Estamos decididos a que nuestros gastos corrientes no superen el setenta por ciento de nuestros ingresos.

Ahora puede usted entender por qué nos gustaría expresar nuestro agradecimiento personal a ese individuo cuyo plan nos ha salvado de ese infierno en la tierra.

Él lo conocía porque había pasado por todo eso y quería que otros sacaran provecho de sus amargas experiencias. Por ello pasó fastidiosas horas grabando su mensaje en la arcilla.

Tenía un mensaje auténtico para dar a sus compañeros de sufrimientos, un mensaje tan importante que, al cabo de cinco mil años, ha salido de las ruinas de Babilonia tan vivo y verdadero como el día en que fue enterrado.

Alfred H. Shrewsbury

Departamento de Arqueología

CAPÍTULO X. EL BABILONIO MÁS FAVORECIDO POR LA SUERTE

Sharru Nada, el príncipe mercader de Babilonia, encabezaba su caravana con orgullo. Al vestir ropas caras y favorecedoras y montar con agilidad en su semental árabe, era difícil adivinar su avanzada edad y, más complicado aún, sospechar que estaba atormentado interiormente.

El viaje a Damasco había sido largo y con muchas dificultades, numerosas debido a que las feroces tribus árabes estaban ávidas de saquear sus ricas caravanas, algo que no le daba ningún miedo porque estaba seguro gracias a sus numerosas tropas de guardia.

Sin embargo, la presencia de Hadan Gala, el joven que traía con él de Damasco y que era el nieto de Arad Gula, su socio de hacía años y a quien debía una eterna gratitud, le trastornaba bastante ya que quería hacer alguna cosa por él, pero cuanto más pensaba en ello, más difícil le parecía por causa del joven.

– Luce joyas porque piensa que son adecuadas para los hombres – pensó mirando los anillos y pendientes del joven– y sin embargo, tiene el rostro enérgico de su abuelo, aunque él no llevaba ropas de colores tan llamativos. Lo he invitado a venir conmigo con la firme intención de ayudarle a hacerse una fortuna y huir del derroche con que su padre ha gastado su herencia.

Hadan Gula puso fin a sus reflexiones cuando el joven le preguntó:

– ¿Siempre trabajáis tan duramente, de un lado a otro con vuestra caravana haciendo largos viajes y sin tomaros un tiempo para gozar de la vida? ¿para qué lo hacéis entonces?

– ¿Gozar de la vida dices? ¿si estuvieras en mi lugar, qué harías tú para gozar de la vida?

– Si tuviera vuestra fortuna, lo que haría para gozar la vida es vivir como un príncipe, nunca atravesar el desierto, gastar los shekeles tan rápido como cayeran a mi bolsa y llevar las ropas y joyas más raras. Eso sería para mí, gozar una vida que merece la pena de ser vivida – los dos rieron.

– Tu abuelo no llevaba joyas. Y dime, en esa vida que quieres gozar, ¿no dejarías un tiempo para trabajar?

– ¿Trabajar? El trabajo está hecho para los esclavos. Trabajar, jajajaja.

Sharru Nada no respondió y condujo en silencio hasta que el camino los llevó a una cuesta, donde frenó su montura y señaló hacia el lejano valle verde.

– Mira más lejos del valle y podrás ver las murallas de Babilonia. Aquella torre es el templo de Bel y si tienes buena vista, podrás ver el humo del fuego eterno en lo más alto.

– ¿Aquello es Babilonia? Siempre he deseado ardientemente ver la ciudad más rica del mundo, donde mi abuelo empezó a levantar su fortuna. Si estuviera vivo todavía, no estaríamos tan dolorosamente oprimidos.

– ¿Por qué deseas que su espíritu permanezca en la tierra más tiempo del que le correspondía, cuando tu padre y tú podéis culminar su trabajo?

– Desgraciadamente no es así, ya que ninguno de los dos contamos con sus dones y tampoco conocemos el secreto para atraer los shekeles de oro.

Sharru Nada no respondió, aflojó las bridas de su montura y bajó pie a tierra para después, pensativo, descender por el sendero hasta al valle seguido de la caravana.

Cuando llegaron al camino real, tomaron rumbo hacia el sur, donde comenzaron a atravesar irrigadas tierras.

Tres viejos que estaban trabajando en un campo llamaron la atención de Sharru Nada porque le parecieron familiares, algo que le resultó entre extraño y ridículo, porque pasar cuarenta años más tarde por un campo y encontrarte con los mismos labradores, no es nada habitual.

Sin embargo, algo le decía que eran los mismos.

Mientras uno de ellos sostenía débilmente el arado, los otros dos, se esforzaban pegándoles a los bueyes en vano para que continuaran avanzando.

Hace cuarenta años él habría envidiado a esos hombres y gustoso les habría cambiado su lugar. Pero ahora, ya no. Y terminado de pensar esto, se volvió para contemplar con orgullo su caravana de camellos y asnos bien elegidos y cargados hasta los topes con valiosas mercancías provenientes de Damasco.

¡Era una enorme satisfacción para él pensar que todos aquellos bienes menos uno le pertenecían!

Señaló a los labradores y le dijo al joven Hadan Gala:

– ¿Ves a esos hombres? Aran el mismo campo desde hace cuarenta años.

– ¿Qué os hace pensar que son los mismos? Deben ser otros que se parezcan a ellos.

– Ya los había visto aquí -respondió Sharru Nada mientras los recuerdos recorrían rápidamente su pensamiento.

¿Por qué no podía enterrar el pasado y vivir en el presente?

Entonces vino a su mente la imagen de la cara sonriente de Arad Gula y eso hizo que la barrera que había entre aquel joven cínico que estaba a su lado y él, cayera.

¿Cómo podría ayudar a ese joven tan soberbio con sus ideas de lujo y las manos cubiertas de joyas?

Podía ofrecer abundante trabajo a hombres dispuestos a trabajar, pero con los que consideraban que el trabajo era indigno de ellos, como aquel joven, poco o nada podía hacer. Pero se lo debía a Arad Gula. Por tanto, debía actuar para que su acción fuese algo más que una tentativa a medias, como habrían hecho Arad Gula y él. Pero claro, ellos estaban hechos de otra madera.

De repente, se le ocurrió un plan que no sería nada fácil de llevar a cabo. Sabía que considerar a su familia y su propio estatus sería cruel y haría daño, pero

como era un hombre acostumbrado a tomar decisiones rápidas, abandonó sus objeciones y actuó de inmediato.

– ¿Te gustaría saber cómo formamos tu abuelo y yo una ventajosa sociedad?

– ¡Eso es!. Lo único que necesito saber es cómo conseguiste los shekeles de oro. – replicó el joven.

– Comencemos por esos hombres que están arando -continuó Sharru Nada ignorando su respuesta– . Yo tendría más o menos tu edad cuando la columna de hombres de la que yo formaba parte se acercaba a ellos y oí cómo Megido, el agricultor, se burló de la manera en que labraban.

Megido estaba encadenado a mi lado y me dijo:

– Mira a esos tipos qué perezosos que son. ¿Cómo pueden esperar tener una buena cosecha trabajando tan mal? El que aguanta el arado no hace fuerza para labrar profundamente y los otros no vigilan que los bueyes no salgan del surco.

– ¿Habéis dicho que Megido estaba encadenado a vuestro lado? – Preguntó con sorpresa Hadan Gula.

– Así es, llevábamos un collar de bronce alrededor del cuello del que salía la pesada cadena que nos unía unos a otros, organizándonos de cuatro en cuatro de manera que pudiéramos avanzar en columna. Cerca de Megido estaba Zabado, el ladrón de corderos que conocí en Harrun y en la punta, un hombre al que llamábamos Pirata, porque no quería decir su nombre y pensábamos que era marinero por sus tatuajes de unas serpientes enroscadas que lucía en el pecho, tal cual lo hacen los hombres de mar.

– ¿Ibais encadenado como un esclavo? preguntó Hadan Gula incrédulo de lo que estaba oyendo.

– ¿No te dijo tu abuelo que lo fui durante un tiempo?

– Me hablaba muy a menudo de ti, pero nunca hizo alusión a eso.

– No me extraña, tu abuelo era un hombre en el que podías confiar los más íntimos secretos. ¿Y tú, también eres un hombre en el que se puede confiar?

– Podéis contar con mi silencio, pero dada la sorpresa de lo que me acabo de enterar, contadme cómo llegasteis a ser esclavo.

– Por desgracia, cualquiera puede encontrarse en esa situación. En mi caso, una casa de juego y la cerveza de cebada me llevaron a la ruina, pues tuve que pagar los delitos de mi hermano que mató a su amigo durante una pelea y para que no fuera perseguido por la ley, mi desesperado padre me entregó a la viuda y como mi padre no pudo conseguir dinero suficiente para liberarme, ella se enfadó y me vendió en el mercado de esclavos.

– ¡Vergonzoso e injusto! – Protestó Hadan Gula– . ¿Y cómo recuperasteis vuestra libertad?

– En un momento te lo cuento, pero todavía no. Continuemos con la historia.

Cuando pasamos los labradores, se mofaron de nosotros hasta el punto que

uno de ellos se quitó el sombrero y nos saludó inclinándose y diciendo:

"Bienvenidos a Babilonia, invitados del rey. Os espera en las murallas de la ciudad, donde el banquete a base de ladrillos de barro y sopa de cebolla ya está servido" y se echaron a reír a carcajadas.

Pirata les maldijo enfurecido y yo pregunté:

"¿Qué quiere decir eso de que el rey nos espera en las murallas?"

"En las murallas de la ciudad tendremos que llevar ladrillos hasta que se nos quiebre el espinazo, o quizá, antes de eso, nos peguen hasta la muerte."

"¿Quién quiere trabajar duramente? Esos labradores son listos porque sólo hacen ver que trabajan y no se rompen la espalda." Comentó Zabado.

Megido replicó diciendo:

"Si labras una hectárea, habrás completado una buena jornada de trabajo ya sea que tu amo lo sepa o no. Pero si sólo haces la mitad, eres un gandul y no se puede prosperar siendo un gandul. Yo no lo soy, porque me gusta trabajar y hacerlo bien y considero que el trabajo es mi mejor amigo conocido, ya que ha sido quien me ha dado mi granja y mis vacas, mis cosechas y toda las cosas buenas que tengo."

"¿Y dónde están todas estas cosas ahora?" se burló Zabado. "Creo que es más provechoso ser inteligente y pasar inadvertido sin trabajar. Cuando nos vendan, transportaré agua o haré alguna otra tarea fácil y tú, como te gusta trabajar, te partirás el espinazo transportando ladrillos" y echó a reír estúpidamente.

Esa noche, aterrorizado, no podía dormirme, así que me acerqué a la línea de guardia mientras los otros dormían y le dije a Godoso, uno de esos tunantes árabes que hacía el primer turno:

"Godoso, ¿tú crees que seremos vendidos cuando lleguemos a las murallas de Babilonia?"

"¿Para qué lo quieres saber?", preguntó prudentemente.

"Porque no quiero ser hostigado o azotado hasta la muerte. Soy joven y quiero vivir. Dime, ¿tengo alguna posibilidad de tener un buen amo?"

"Como eres un buen tipo y no me das problemas voy a decirte algo, cuando vengan los compradores diles que te gusta trabajar duro y para un buen amo. Si no los animas a comprarte, el día siguiente estarás llevando ladrillos."

Después se alejó y me quedé mirando las estrellas y pensando en el trabajo tumbado sobre la arena caliente.

Megido había dicho que el trabajo era su mejor amigo y aquello me hizo preguntarme si también sería el mío y llegué a la conclusión de que lo sería si me ayudaba a liberarme.

Esperé a que Megido se despertase para susurrarle la buena noticia y un brillo de esperanza renovada nos acompañó de camino a Babilonia.

Conforme nos acercábamos a las murallas, pudimos ver las filas de hombres parecidos a hormigas negras escalando por los escarpados senderos.

¡Había miles de ellos trabajando!

Unos cavaban los fosos, otros transformaban la tierra en ladrillos de barro y la gran mayoría cargaba ladrillos en grandes cestas y los subían hasta donde se encontraban los albañiles, por aquellos empinados caminos mientras que los vigilantes insultaban a los rezagados y chasqueaban sus látigos en la espalda de los que se salían de la fila.

Algunos, tambaleándose por el agotamiento, acababan cayendo bajo las pesadas cestas y si los latigazos no les hacían ponerse en pie de nuevo, los apartaban a un lado de las filas, hasta que caían cuesta abajo, hasta reunirse con los cuerpos de más que esperaban una sepultura sin bendecir.

Al ver esto, un escalofrío recorrió mi espalda al pensar que aquello era lo que me esperaba si no tenía éxito en el mercado de esclavos.

Tal y como me dijo Godoso, cruzamos las puertas de la ciudad y nos dirigimos a la prisión de esclavos, hasta la mañana siguiente cuando nos condujeron al recinto del mercado.

Allí, los demás se apretaban unos contra otros asustados y sólo se movían para que los vieran los compradores a fuerza de látigo. Mientras tanto, Megido y yo hablábamos animadamente con todos los hombres que nos lo permitían.

El vendedor de esclavos mandó que encadenaran a Pirata y en cuanto protestó, le pegaron brutalmente. Sentí pena por él cuando se lo llevaron.

Megido presintiendo que nuestra separación era inminente, me hablaba seriamente cuando no teníamos compradores cerca para hacerme comprender lo importante que sería el trabajo en mi futuro:

"Algunos hombres lo detestan y lo hacen su enemigo, pero es mucho mejor que lo trates como a un amigo.

No te preocupes si es duro, al igual que cuando quieres construirte una buena casa, no te importa si las vigas son pesadas o si está lejos el pozo del que sacas el agua para el yeso.

Prométeme que si tienes un amo, trabajarás para él tanto como puedas, sin inquietarte porque no aprecie tu trabajo. Recuerda siempre que el trabajo bien hecho hace bien al que lo realiza y lo convierte en un hombre mejor."

Aquí paró de hablarme porque un corpulento agricultor vino a la valla para mirarnos con interés.

Megido le preguntó sobre su granja y sus cultivos y lo convenció de que le sería de gran utilidad.

Tras un duro regateo con el vendedor de esclavos, el granjero sacó una gran bolsa de oro de entre sus ropas y poco después era el nuevo amo de Megido.

Otros hombres también fueron vendidos durante esa mañana y hacia el mediodía, Godoso me dijo que el vendedor estaba harto y no pasaría una noche más allí, por lo que su intención era llevar al resto de esclavos al comprador del rey al atardecer.

Yo ya estaba empezando a desesperarme cuando un hombre gordo y de

aspecto amable se acercó al muro y preguntó si había entre nosotros algún pastelero.

Y le dije acercándome:

"¿Para qué necesita un buen pastelero como vos un pastelero de calidad inferior? ¿no sería más fácil enseñar a alguien de buena voluntad como yo los secretos de vuestro oficio? Soy joven, fuerte y me gusta trabajar. Por favor, dadme una oportunidad y os prometo que haré todo lo que esté en mis manos para hacer que vuestra bolsa se llene de oro."

El hombre quedó impresionado por mi buena voluntad y regateó con el vendedor que, aunque nunca se había fijado en mí desde que me compró, ahora alababa fervientemente mis virtudes, mi buena salud y mi buen carácter.

Aquella situación me hizo sentirme como un buey cebado al que vendían a un carnicero.

Por fortuna, el trato se cerró y me fui con mi nuevo amo, Nana-Naid, sintiéndome el hombre más afortunado de Babilonia.

Mi nueva casa me gustaba y mi amo me enseñó a moler la cebada en un cuenco de piedra, hacer un fuego en el horno y moler muy fina la harina de sésamo para hacer los pasteles de miel.

Mi dormitorio era el granero en que guardaba el cereal y una vieja esclava, la criada Swasti, se encargaba de alimentarme bien, porque estaba muy contenta de que le ayudara a hacer las tareas más difíciles.

Era la oportunidad de ser útil a mi amo que tantas veces había deseado y en ella esperaba encontrar una vía para ganar mi libertad.

Pedí a Nana-Naid que me enseñara a amasar y cocer el pan y lo hizo de muy buena gana, ya que estaba muy contento por mi buena voluntad.

Cuando dominé estas técnicas le pedí que me enseñara a hacer los pasteles de miel y muy pronto sabía hacer toda la pastelería.

Mi amo estaba contento de no tener que hacer nada, pero Swasti, al ver la situación sacudía la cabeza en signo de desaprobación y decía: "Estar sin trabajar no es bueno para ningún hombre."

Sentí que había llegado el momento de ganar las monedas para comprar mi libertad y como acababa mi trabajo a mediodía, pensé que Nana-Naid estaría de acuerdo en que buscara un empleo provechoso para las tardes, del que podríamos compartir los beneficios.

Así que tuve una idea: ¿por qué no hacer más pasteles de miel y venderlos en las calles de la ciudad?

Fui a ver a Nana-Naid y le conté mi plan de la siguiente manera:

"Si una vez haya terminado la pastelería dispongo de mis tardes para haceros ganar más dinero a vos, ¿no sería justo que compartierais parte de las ganancias conmigo, para así tener un dinero propio y poder comprarme las cosas que deseo y necesito?"

"Ciertamente es bastante justo", admitió muy contento. Y me dijo:

"Esto es lo que vamos a hacer. Los venderás a razón de un céntimo el par y me devolverás la mitad de lo que ganes, como pago por la harina, la miel y la leña necesarias para cocerlos. Por lo tanto, yo me quedaré con la mitad de la otra mitad y el resto será para ti."

Aquella generosa oferta de darme la cuarta parte de mis ventas me puso tan contento que aquella misma noche trabajé hasta tarde fabricando una bandeja para colocar los pasteles.

Nana-Naid me regaló uno de sus vestidos usados y Swasti me ayudó a arreglarlo y lavarlo para que tuviera un aspecto decente.

Al día siguiente más pasteles de miel de la cantidad habitual y comencé a anunciar mi mercancía por la calle.

A pesar de que los pasteles tenían aspecto de estar bien cocidos y ser apetitosos, al principio nadie parecía interesado y esto me desanimó, pero aun así continué anunciándolos y más tarde, cuando los hombres tuvieron hambre, empezaron a comprármelos y pronto vaciaron la bandeja.

Nana-Naid, muy contento por mi éxito, me pagó gustoso mi parte y esto me hizo estar encantado de tener algún dinero.

¡Cuánta razón tenía Megido cuando decía que el amo siempre aprecia los trabajos de un buen esclavo!

Aquella noche apenas pude dormir debido a la excitación por mi éxito, así que intenté calcular cuánto podía ganar en un año y cuántos años serían necesarios para comprar mi libertad.

Pronto tuve clientes que visitaban regularmente mi bandeja de pasteles y entre ellos no estaba otro que Arad Gula, tu abuelo.

Por aquel entonces, él era vendedor de alfombras e iba de un extremo a otro de la ciudad acompañado de un burro cargado de alfombras y de un esclavo negro que lo cuidaba, para vendérselas a las amas de casa.

Tu abuelo siempre me compraba dos pasteles para él y dos para su esclavo y todos los días se entretenía a hablar conmigo mientras se los comían.

Un día me dijo una cosa que recordaré por siempre:

"Me gustan tus pasteles, muchacho, pero aún me gusta más el ardor con que los vendes. Ese espíritu te llevará muy lejos en el camino del éxito."

¿Puedes comprender, lo que significaron esas palabras de aliento para mí, un joven esclavo que estaba solo en una gran ciudad y que luchaba contra sí mismo para encontrar una puerta de salida a su humillación?

A medida que pasaban los meses, mi bolsa iba engrosando y ya empezaba a tener un peso reconfortante y tal y como como predijo Megido, el trabajo se había convertido en mi mejor amigo.

Pero a pesar de que yo estaba feliz, Swasti se mostraba intranquila:

"Tu amo pasa demasiado tiempo en las casas de juego y temo por él", me dijo.

Un día me encontré con mi amigo Megido en la calle, hecho que me puso muy feliz.

Él se dirigía al mercado con tres asnos cargados de verduras. Me dijo:

"Estoy muy bien, mi amo aprecia mi trabajo y ya soy capataz.

Además, como puedes comprobar, me confía los productos que vende en el mercado e incluso ha reclamado a mi familia.

Como ves, amigo mío, el trabajo me está ayudando a recuperarme de mi gran desgracia y algún día lo hará también para comprar mi libertad y volver a tener una granja propia."

Pasó el tiempo y Nana-Naid cada día tenía más prisa por verme llegar después de mi venta.

Esperaba mi vuelta, contaba el dinero impaciente y lo dividía.

Pero ahora algo había cambiado, me presionaba para que buscara nuevos clientes y aumentar así mis ventas.

Con el afán de contentar a mi amo, a menudo iba a buscar a los vigilantes de los esclavos que construían las murallas de la ciudad. Detestaba volver a ver aquellas desagradables escenas, pero los vigilantes eran generosos compradores.

Un día vi a Zabado esperando en fila para llenar su cesto de ladrillos.

Estaba flaco y encorvado y su espalda era un mar de cicatrices y llagas producidas por los látigos de los vigilantes.

Me dio pena y le di un pastel que aplastó ansioso contra su boca y tuve que salir corriendo antes de que pudiera atrapar mi bandeja.

Un día, tu abuelo me preguntó:

"¿Por qué trabajas tan duramente?"

Como ves, es casi la misma pregunta que tú me has hecho hoy, ¿te acuerdas?

Le dije lo que me contó Megido sobre el trabajo y cómo había terminado siendo mi mejor amigo. Le enseñé orgullosamente mi bolsa de monedas y le dije que eran mis ahorros para comprar mi libertad.

"¿Y qué piensas hacer cuando seas libre?", me preguntó.

"Quiero hacerme mercader", respondí.

Y entonces me confió algo que yo jamás habría sospechado:

"Yo también soy esclavo y socio de mi amo."

– ¡Calla! – Ordenó Hadan Gula– No escucharé más mentiras difamatorias sobre mi abuelo. ¡Él no era ningún esclavo!

Sus ojos brillaban de cólera mientras Sharru Nada permanecía en calma.

-Así es, y lo honro por haberse elevado desde su desgracia y haberse convertido en un gran ciudadano de Damasco. Pero ahora la pregunta es si tú, su nieto, estás hecho de la misma madera. Dime, ¿eres tan hombre como tu

abuelo para hacerle frente a la realidad o prefieres seguir viviendo con falsas ilusiones?

Hadan Gula se irguió y respondió con profunda emoción:

– Mi abuelo era amado por todos, debido a sus incontables buenas acciones como cuando llegó el hambre y compró grano en Egipto para transportarlo en su caravana y distribuirlo entre la gente evitando que murieran de hambre. ¿Por qué decís entonces que no era más que un despreciable esclavo de Babilonia?

– Tal vez habría sido despreciable si siempre hubiera sido un esclavo, pero gracias a su esfuerzo se convirtió en un gran hombre de Damasco, por tanto, estoy seguro de que Dios le perdonó sus desgracias y lo honró con su respeto – respondió Sharru Nada– .Tras decirme que era un esclavo me contó hasta qué punto ansiaba recobrar su libertad, pero ahora que poseía el suficiente dinero para hacerlo, le preocupaba su futuro. Sus ventas ya no eran tan buenas y temía el momento en que ya no tuviera el apoyo de su amo.

Me indigné por su indecisión:

"No te ates más a tu amo y disponte de nuevo a sentir la sensación de ser libre. Actúa como tal y triunfa como tal. Decide qué quieres conseguir y el trabajo hará el resto para ayudarte a conseguirlo."

Tu abuelo continuó su camino y me dijo que estaba contento de que lo hubiera avergonzado por su cobardía.

Un día, fuera de las murallas, me extrañó ver un gran gentío y cuando pregunté qué pasaba me dijeron que habían llevado ante la justicia a un esclavo fugitivo que había matado a un guardián y que iba a ser flagelado hasta la muerte, llegando a ser presenciado incluso por el rey en persona.

El gentío era tan grande cerca del poste de flagelación, que temí acercarme más por miedo a que volcaran mi bandeja de pasteles de miel.

Entonces subí a la muralla inacabada para poder mirar por encima de las cabezas y vi a Nabucodonosor avanzando en su carro dorado. Jamás había visto semejante magnificencia, ni ropas y paños de tejido dorado guarnecidos de terciopelo como aquellos.

No vi la flagelación, pero pude escuchar los desgarradores gritos del pobre esclavo, mientras me preguntaba cómo alguien tan noble como nuestro rey aceptaba contemplar un sufrimiento tal.

Este pensamiento se desvaneció en cuanto vi que el rey reía y bromeaba con sus nobles. Fue entonces cuando supe que era cruel y entendí por qué imponían aquellas inhumanas tareas a los esclavos que construían las murallas.

Una vez muerto el esclavo, lo colgaron de una pierna en el poste para que todo el mundo pudiera verlo y cuando se dispersó la muchedumbre, me acerqué y reconocí sobre su pecho el tatuaje de las dos serpientes abrazadas. ¡Era Pirata!

Cuando volví a ver a Arad Gula, era un hombre lleno de entusiasmo:

"Tienes ante ti al esclavo libre. Tus palabras fueron mágicas y mis ventas y

beneficios están aumentando cada vez más. Mi mujer, la sobrina de mi amo, está encantada porque ella era una mujer libre y su deseo es que nos mudemos a un pueblo donde nadie sepa de mi pasado como esclavo. Así, nuestros hijos estarán a salvo de todo reproche sobre la desgracia de su padre.

Amigo mío, sin duda el trabajo ha sido mi mejor ayuda para recuperar la confianza en mí y la habilidad para vender."

Aunque sólo hubiera sido para devolverle los ánimos que él me había dado, yo estaba encantado de haberle podido ayudar.

Swasti vino una noche a verme completamente angustiada:

"Tu amo tiene problemas y temo por él. Hace unos meses perdió mucho dinero en el juego y tanto el granjero como el prestamista están enfadados y le amenazan, porque ya no les paga ni la harina ni la miel."

"No entiendo por qué debemos preocuparnos por sus locuras. No somos sus guardianes." Dije sin pensar.

"¡No comprendes nada! Le ha dado al prestamista tu título como aval y según la ley, este puede reclamarte y venderte. No sé qué hacer. Sé que es un buen amo y no entiendo por qué se ha de abatir una desgracia así sobre él."

Los temores de Swasti se cumplieron a la mañana siguiente.

Mientras hacía los pasteles, llegó el prestamista con un hombre que llamado Sasi, que me miró y le dijo que le parecía buen trato.

El prestamista no esperó la llegada de mi amo y le dijo a Swasti que le dijese que me habían llevado con ellos, así que me obligaron a alejarme de los pasteles sin acabar, sin más equipaje que la ropa que llevaba puesta y mi bolsa fuertemente atada a mi cinturón.

Me alejaron en un momento de mis deseos más profundos y de nuevo una casa de juego y la cerveza de cebada me volvían a causar desgracias.

Sasi era brusco y tosco, pero aun así, mientras me conducía a través de la ciudad, le conté el buen trabajo que había hecho para Nana-Naid y que esperaba hacer lo mismo por él.

Su respuesta no me dio ningún ánimo:

"No me gusta ese trabajo, ni tampoco a mi amo, a quien el rey le ha ordenado que me envíe a construir una parte del Gran Canal. Mi amo me ha mandado comprar esclavos que trabajen duro y que acabe esa tarea rápidamente. ¿Cómo se puede acabar rápidamente un trabajo tan enorme?"

Imagina cómo lo pasé en el desierto, sin árboles, con tan solo pequeños arbustos y un sol tan ardiente que hacía que el agua de nuestros barriles se calentara tanto que nos costaba beberla.

Imagina también las filas que formábamos los hombres, bajando a un profundo agujero y arrastrando pesados cestos llenos de tierra mientras subíamos por senderos polvorientos, de sol a sol.

Imagina que comíamos como cerdos, ya que nos servían la comida en

abrevaderos.

Imagina lo mal que dormíamos, ya que no teníamos tiendas donde guarecernos ni paja para las camas.

En esta situación me encontré.

Tuve la precaución de enterrar mi bolsa en un sitio marcado con la incerteza de saber si algún día saldría de allí.

Al principio trabajé con buena voluntad, pero a medida que pasaron los meses, sentí que mi alma se quebraba.

La fiebre hizo mella en mi contusionado y maltrecho cuerpo y al perder el apetito, no podía comer el cordero y las verduras que nos daban.

Esta situación me hacía dar vueltas en mi camastro sin poderme dormir por las noches.

Me llegué a preguntar si no era mejor el plan de Zabado, holgazanear e intentar no partirse el espinazo trabajando. Pero me vino a la mente la última vez que lo había visto y descarté de inmediato su plan.

También pensé en Pirata y me planteé seriamente si no era preferible luchar y matar, pero la visión de su cuerpo ensangrentado me recordó que su plan era peor que el de Zabado.

Entonces me acordé de que las manos de Megido eran profundamente callosas a fuerza de trabajo, pero la ligereza de su corazón y la felicidad que emanaba su rostro, me hicieron ver que su plan era el mejor.

Sin embargo, si yo estaba tan dispuesto a trabajar como Megido, ¿por qué mi trabajo no me proporcionaba la felicidad y éxito como a él?

¿Acaso era el trabajo lo que había dado la felicidad y el éxito a Megido o quizá estos eran bienes en manos de Dios?

¿Tendría que trabajar el resto de mi vida sin poder satisfacer mis deseos, ni tener éxito ni felicidad?

Como comprenderás, estaba totalmente confuso, ya que estas preguntas se agolpaban en mi mente sin encontrar respuesta alguna.

Días más tarde, estaba al límite de mis fuerzas y sin embargo, mis preguntas continuaban sin respuesta y fue entonces, cuando Sasi me dijo que mi amo había hecho venir a un mensajero para que me llevara de vuelta a Babilonia.

Al enterarme de aquella grandiosa noticia, cavé para recuperar mi precioso saquito, lo escondí entre mis harapos y partí hacia la gran ciudad mientras aquellos pensamientos seguían pasando por mi cerebro febril, haciéndome sentir como si un huracán diese vueltas a mi alrededor y pensaba que estaba viviendo la extraña letra de una canción de Harrun, mi ciudad natal:

"Mira al hombre que se comporta como un torbellino, como la tormenta y que en su carrera nadie puede seguir y su destino nadie puede predecir."

¿Era mi destino ser castigado sin saber por qué?

¿Qué miserias y decepciones me esperaban en adelante?

Imagina la sorpresa que me llevé cuando llegué al patio de la casa de mi amo y vi que me estaba esperando Arad Gula, quien me abrazó como a un hermano perdido hace tiempo y me ayudó a entrar.

Iba a seguirle como un esclavo sigue a su amo, pero no me lo permitió. Pasó su brazo por encima de mis hombros y me dijo:

"Te busqué por todas partes y cuando ya había perdido toda esperanza de encontrarte, Swasti me contó la historia del prestamista que a su vez, me condujo hasta tu noble amo. Él ha negociado con dureza y me ha hecho pagar un precio desorbitado, pero no me importa porque sé que tú lo vales, ya que tu filosofía y tu audacia han inspirado mi éxito actual."

"Esa filosofía es de Megido, no mía." Interrumpí.

"Gracias a los dos, ahora nos vamos a Damasco porque te necesito como socio. ¡Dentro de un momento serás un hombre libre!"

Diciendo esto, sacó del interior de su ropa mi título grabado en una tablilla de barro. La levantó por encima de su cabeza y la rompió con fuerza contra el pavimento de piedra haciéndola mil pedazos que pisó con alegría hasta que los redujo a polvo.

Infinidad de lágrimas de agradecimiento brotaron de mis ojos, porque sabía que era el hombre más afortunado de Babilonia, ya que en el momento de mayor angustia, el trabajo resultó de nuevo ser mi mejor amigo.

Mi buena voluntad de trabajar me libró de ir con los esclavos que construían las murallas e impresionó hasta tal punto a tu abuelo, que quiso hacerme su socio.

¿Entonces, la clave secreta de los shekeles de oro de mi abuelo era el trabajo? – Preguntó Hadan Gula.

– Cuando yo lo conocí era la única que tenía. Como a tu abuelo le gustaba trabajar, Dios apreció sus esfuerzos recompensándolo generosamente.

Hadan Gula dijo mientras pensaba:

– Empiezo a entenderlo todo. Gracias a su trabajo logró atraer a numerosos amigos que admiraban el éxito que le proporcionaba su perseverancia. El trabajo fue quien le dio los honores que apreciaba tanto en Damasco y le aportó todas esas cosas de la que he disfrutado. ¡Y yo pensando que el trabajo era sólo para los esclavos! ¡Cuán errado estaba!

– La vida está llena de infinidad de placeres de los que podemos gozar y cada uno tiene su lugar. Yo me alegro mucho de que el trabajo no esté reservado únicamente a los esclavos porque si fuese así, me vería privado de mi mayor placer. Evidentemente que me gustan muchas cosas, pero nada reemplaza al trabajo.

Sharru Nada y Hadan Gula llegaron a las macizas puertas de bronce de las murallas de Babilonia y a su llegada, los guardias de la puerta se pusieron firmes y saludaron respetuosamente al honorable ciudadano.

Sharru Nada condujo con la cabeza bien alta su larga caravana a través de las

calles de la ciudad.

– Siempre he querido ser un gran hombre como mi abuelo – le dijo Hadan Gula– . Pero jamás había entendido qué clase de hombre era, así que os agradezco enormemente que me lo hayáis mostrado, pues ahora que lo entiendo, aún lo admiro mucho más y siento más determinación para lograr convertirme en un gran hombre como él. A partir de hoy usaré la auténtica clave de su éxito. Empezaré humildemente, como él porque pienso que será más acorde con mi verdadera condición que las joyas y las bellas ropas. Espero poderos pagar alguna vez, todo cuanto habéis hecho por mí contándome vuestra historia y haciéndome ver qué es lo que hizo triunfar a mi abuelo.

Y diciendo esto, Hadan Gula se quitó los anillos que lucía en sus dedos y los pendientes de sus orejas, aflojó las riendas de su caballo y retrocedió unos pasos para colocarse tras el jefe de la caravana rindiéndole así un profundo respeto.

CAPÍTULO XI. UN RESUMEN HISTÓRICO DE BABILONIA

Babilonia ha sido ciudad más atractiva que ha existido a lo largo de la historia sin duda alguna.

De hecho, con solo pronunciar su nombre, nos vienen a la mente imágenes de riqueza y esplendor y sus enormes y fabulosos tesoros de oro y joyas.

Pero al contrario de lo que podríamos pensar, acerca de que una ciudad así debería estar emplazada en un maravilloso lugar y rodeada de ricos recursos naturales como bosques o minas y disfrutando de un excelente clima tropical, no era el caso.

Babilonia se extendía en un valle árido y plano a lo largo del curso de los ríos Tigris y Éufrates y a su alrededor no había bosques ni minas, ni tan siquiera piedra para la construcción, tampoco estaba en una vía comercial natural y las lluvias eran insuficientes para la agricultura.

Babilonia es el mayor ejemplo de la capacidad del hombre para alcanzar grandes objetivos usando los medios que tiene a su alcance, ya que todos los recursos que poseía fueron desarrollados por el hombre y todas sus riquezas, fruto del trabajo humano.

Tan solo poseía dos recursos naturales: una tierra fértil y el agua del río. Y gracias a una de las más grandes demostraciones técnicas de todos los tiempos, los ingenieros babilonios lograron desviar las aguas del río por medio de diques e inmensos canales que atravesaban el árido valle para llevar agua al fértil suelo.

Estas obras fueron uno de los primeros trabajos de ingeniería de la historia y permitieron, gracias al sistema de regadío, que las cosechas fueran más abundantes de lo que lo habían sido nunca.

Durante su larga existencia, Babilonia fue gobernada por reyes que se dedicaron ocasionalmente a las conquistas, a los saqueos y las guerras que llevaron a cabo, fueron locales o para defenderse de los ambiciosos conquistadores de otros países que codiciaban sus fabulosos tesoros.

Los extraordinarios dirigentes de Babilonia pasaron a la historia por su sabiduría, audacia y justicia y no por sus ansias de conquistar el mundo conocido y forzar a las naciones a someterse.

Babilonia ya no existe como ciudad, pues se convirtió rápidamente en una desierta ruina cuando desaparecieron los humanos que construyeron y mantuvieron la ciudad durante miles de años.

Situada en Asia, a unos mil kilómetros del canal de Suez, justo al norte del Golfo Pérsico, poseía un clima caliente y seco, semejante al de Arizona.

Aunque en otros tiempos fue una próspera región agrícola, en la actualidad, el valle del Éufrates es una llanura árida barrida por el viento donde las escasas

hierbas y los arbustos del desierto, luchan contra la arena y el viento.

Ya no existen aquellos fértiles campos, grandes ciudades y largas caravanas de ricos comerciantes y los únicos habitantes del valle son las tribus árabes nómadas que lo habitan desde la era cristiana y subsisten gracias a sus pequeños rebaños.

La región está totalmente salpicada de lo que durante siglos fueron consideradas colinas, pero los fragmentos de alfarería y ladrillos gastados por las ocasionales lluvias, llamaron la atención de los arqueólogos y estos organizaron campañas para realizar excavaciones bajo la financiación de museos europeos y americanos, que demostraron que aquellas colinas eran las ruinas de antiguas ciudades entre las que se encuentra Babilonia.

Las murallas se han desintegrado por las inclemencias del tiempo y el paso de los siglos y ello ha hecho que la rica ciudad de Babilonia no fuese conocida hasta que se retiraron los escombros acumulados durante siglos en sus calles, templos y palacios.

Algunos científicos consideran que las civilizaciones más antiguas de las que se tiene conocimiento son la babilónica y las de las otras ciudades del valle.

De hecho, se ha demostrado que algunas fechas relacionada con estas ciudades, datan de hace 8.000 años de antigüedad, como se pudo constatar en las descripciones que se descubrieron sobre un eclipse solar visible en Babilonia y así, los astrónomos modernos calcularon fácilmente cuándo tuvo lugar dicho eclipse, pudiendo establecer la relación entre su calendario y el nuestro.

Así fue cómo se pudo calcular que hace 8.000 años, los sumerios ocupaban Babilonia y vivían en ciudades fortificadas. Sin embargo, no se ha podido confirmar todavía desde cuándo existen dichas ciudades, habitadas por personas cultivadas e inteligentes que vivían en el interior de murallas protectoras y que son consideradas como los primeros ingenieros, astrónomos, matemáticos, financieros y el primer pueblo que poseyó una lengua escrita.

Ya hemos hablado de los sistemas de riego, mediante el cual lograron transformar el árido valle en un vergel cultivable y cuyos vestigios son aún visibles aunque la mayoría están llenos de arena.

Algunos eran tan grandes que, cuando no llevaban agua, una docena de caballos podían galopar de frente en su interior y son comparables en amplitud con los canales más anchos de Colorado y Utah.

Además de regar la tierra, los ingenieros babilonios llevaron a cabo otro proyecto grandioso: recuperar por medio de un sistema de drenaje una inmensa región pantanosa en la desembocadura del Éufrates y hacerla cultivable.

Heródoto, historiador y viajero griego, visitó Babilonia en su apogeo y dejó la única descripción conocida hecha por un extranjero que nos describe pintorescamente la ciudad y algunas de las extrañas costumbres de sus habitantes.

Por ejemplo menciona las abundantes cosechas de trigo y cebada que recogían

gracias a la notable fertilidad de la tierra.

Aunque la gloria de Babilonia se apagó, su sabiduría ha sido conservada gracias a los archivos, afortunadamente, ya que aunque en aquellos tiempos el papel no había sido inventado aún, en su lugar grababan sus escritos en tablillas de arcilla húmeda, aproximadamente seis por ocho pulgadas y una pulgada de espesor, que después cocían y quedaban duras.

Los arqueólogos recuperaron bibliotecas enteras de estas tablillas, cientos de miles de ellas, que contenían leyendas, poesía, historia, transcripciones de decretos reales, leyes del país, títulos de propiedad, billetes e incluso cartas que eran enviadas mediante mensajeros hacia ciudades lejanas.

Gracias a ellas hemos podido conocer asuntos íntimos de la gente, como con la tablilla proveniente de los archivos del almacenero del país que cuenta: "un cliente cambió una vaca por siete sacos de trigo, tres entregados en el momento y los otros cuatro a conveniencia del cliente."

Las inmensas murallas que rodeaban la ciudad eran una de las extraordinarias maravillas de Babilonia y por ello, los antiguos las comparaban a las pirámides de Egipto y las situaron entre las siete maravillas del mundo.

El mérito de la construcción de las primeras murallas, hechas de ladrillos cocidos y protegidas por un profundo foso de agua, se le atribuye a la reina Semiramis, pero los arqueólogos modernos no han encontrado vestigios de éstas, ni tampoco han podido establecer su altura exacta que se estima que estaba entre unos cincuenta y sesenta pies en la parte exterior, según los escritos de los antiguos.

Las murallas más recientes y célebres fueron ordenadas construir por el rey Nabopolasar unos 600 años antes de Cristo y su construcción fue tan colosal, que no pudo vivir para ver el final de las obras y tuvo que ser su hijo Nabucodonosor, cuyo nombre aparece en la Biblia, quien las terminara.

La altura y la longitud de estas murallas más recientes son algo increíble, alrededor de cincuenta y dos metros de altura (como un edificio moderno de quince plantas), una longitud total de entre quince y diecisiete kilómetros y la anchura era tal, que en su parte superior podía correr un carro tirado por seis caballos, según informó una autoridad fiable.

Desgraciadamente, no queda prácticamente nada, excepto una parte de los cimientos y el foso, debido a los destrozos de la naturaleza y a que los árabes se llevaron los ladrillos para construir en otras partes.

Los ejércitos de casi todos los conquistadores de ese periodo no eran despreciables, los historiadores hablan de fuerzas de 10.000 caballeros, 25.000 carros y 1.200 regimientos de infantes de 1.000 hombres cada uno y cuando se enfrentaron contra las murallas de Babilonia todo fue en vano.

La organización de Babilonia era prácticamente igual que la de una ciudad moderna. Había calles y tiendas, vendedores ambulantes ofreciendo sus mercancías en los barrios residenciales, sacerdotes que oficiaban en los templos y los palacios reales estaban en el interior de la ciudad aislados del resto por un muro más alto que los de la ciudad.

Los babilonios eran hábiles artesanos en su mayoría dedicados a la escultura, la pintura, el tejido, el oro y la fabricación de armas de metal y maquinaria agrícola. Muestra fehaciente del gusto exquisito con que trabajaban los joyeros, son las muestras recuperadas de las tumbas de ricos ciudadanos y que se exponen en museos de todo el mundo.

Mientras el resto del mundo cortaba árboles con hachas de piedra o cazaba y luchaba con lanzas y flechas con punta de piedra, los babilonios usaban hachas, lanzas y flechas de metal, eran maestros financieros y comerciantes inteligentes y por lo que sabemos, inventaron los billetes y los títulos de propiedad escritos, como moneda de cambio.

Babilonia fue conquistada por sus enemigos unos 540 años antes de Cristo. Pero no porque fueran tomadas las murallas.

La historia de la caída de Babilonia es extraordinaria.

Cuentan que Ciro, uno de los grandes conquistadores de la época, proyectaba atacar la ciudad. Nabónidus, rey de Babilonia, fue persuadido por sus consejeros para que librara batalla ante Ciro sin esperar a que la ciudad estuviera asediada.

La consecuencia de esta mala decisión fue que el ejército babilonio se alejó de la ciudad tras consecutivas derrotas y Ciro entró por las puertas abiertas de la ciudad, tomándola sin apenas resistencia.

Este hecho hizo que el poder y el prestigio de Babilonia fueran en declive gradualmente, hasta que unos siglos después fue abandonada a merced de vientos y tormentas que la devolvieron al desierto.

Babilonia había caído para no volverse nunca a levantar y los siglos han reducido a polvo las paredes de sus templos, pero su sabiduría aún pervive entre nosotros.

F I N